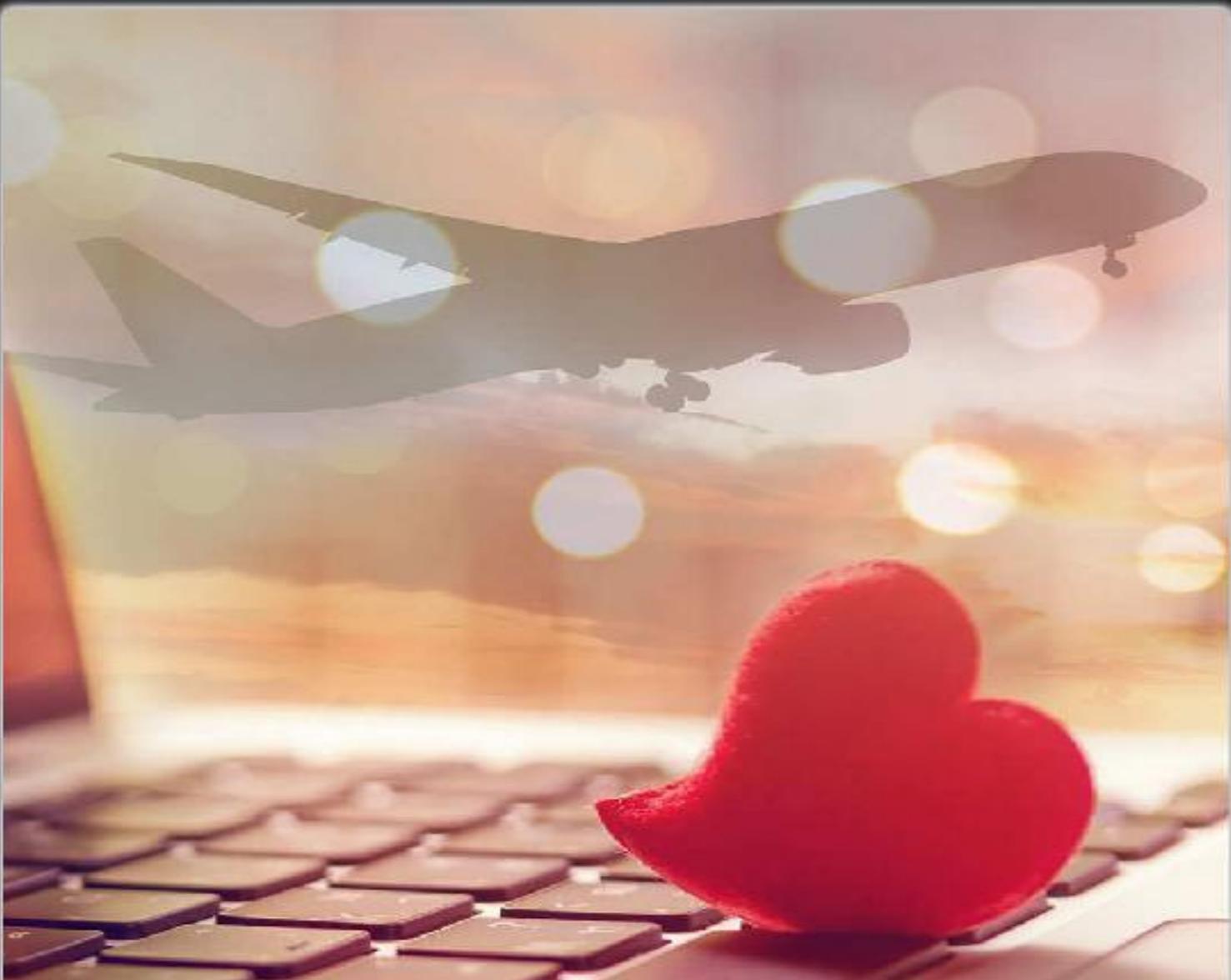


Selección RNR



Tenía que ser yo
Chris de Wit



Romance Actual

Selección RNR



Tenía que ser yo

Chris de Wit



Romance Actual

Tenía que ser yo

Chris de Wit



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para ti, mi amor

CAPÍTULO 1

Ciudad de Oro Verde, Argentina

—Pero ¿cómo se supone que debo hacer eso? —preguntó María Cristina con ojos asombrados.

—No lo sé. Yo no soy muy versado con la tecnología.

—Pues tampoco yo, Aníbal. Daniel te será de mayor utilidad; es un genio con las computadoras y con todo aquello que se asemeje.

María Cristina observó anonadada como su jefe negaba con la cabeza.

—No. Tú eres la que se encarga del tema de la electroforesis^[1] y solo tú puedes hablar con el mundo acerca de lo que necesitamos. Además, eres la única que tiene un inglés más o menos aceptable.

—¡Por Dios, Aníbal! En realidad, es horrible. En la escuela me resultaba difícil prestar atención en las clases que nos daba una profesora inglesa y me la pasaba cortando figuritas para pegarlas en los deberes porque si no me aburría.

—No importa. Tú puedes hacer hablar hasta a las piedras, María Cristina. Confío en tu poder de comunicación.

Y sin decir más, el muy maldito desapareció por detrás de la puerta de su despacho.

«Mierda», pensó desesperada.

¿Cómo pretendía Aníbal que ella explicase a personas del resto del mundo lo que le urgía saber a su equipo cuando era tan ineficaz con los ordenadores? Podía sentarse frente a uno y manejar los programas necesarios para

desarrollar la tarea diaria, pero era bastante torpe con el teclado y ni hablar del manejo de internet. Aun cuando era una chica joven que pertenecía a la generación digital, siempre se había sentido intimidada por todo eso. Y no hacía mucho por superarlo. Lo máximo a lo que se había atrevido era a buscar alguna información en Google o a contestar muy de vez en cuando algún correo del laboratorio. Por eso no entendía por qué su jefe la había elegido para llevar a cabo semejante tarea. ¡Y en inglés!

Aníbal debía estar chiflado. Adoraba a su jefe y le debía mucho. Cuando ella se había recibido de ingeniera agrónoma hacía dos años, había buscado trabajo por todos lados sin éxito y, cuando había llegado a pensar que debía tirar la toalla, Aníbal Galloni había surgido de la nada y le había ofrecido una oportunidad de trabajo inestimable en el laboratorio de la Facultad de Ingeniería Agronómica de la UNER[2] . Y ella había aceptado con los ojos cerrados.

Aníbal era un ingeniero exigente al extremo, lo cual había sido un gran estímulo debido a que a ella le gustaban los desafíos. Era buena para concretar cosas y relacionarse con la gente cara a cara. Adoraba estudiar y aprender con extremo detalle. Eso había valido para ganarse un buen lugar en su trabajo ya que, sin quejarse, era capaz de pasarse jornadas de más de quince horas sentada frente a un microscopio o a los geles de electroforesis analizando las proteínas de las diferentes muestras de semillas que las compañías de cereales de varias provincias del país les enviaban, o haciendo los complicados análisis estadísticos o innumerables pruebas para detectar la calidad y la pureza genética. Pero en el terreno digital, era un verdadero desastre. Internet y las redes sociales no le atraían y, además, le resultaban insoportables.

Entendía que la gente había perdido el poder de la palabra, del armado de las frases y hasta de las buenas lecturas, a causa de haber elegido idiotizarse frente a un ordenador o a la pantalla de un teléfono móvil. Hombres y mujeres de todas las edades se pasaban horas interminables con el traste

atornillado a una silla, donde la comunicación con el otro parecía consistir en decir cualquier estupidez, incluso mentir de forma descarada. Y ella se negaba a eso, aunque varios la consideraran un sapo de otro pozo.

Adoraba viajar, meditar, leer, tener amigos, conocer gente de alrededor del mundo e incluso, muy de vez en cuando, disfrutar de algún compañero con derecho a roce. Pero siempre cara a cara. No quería ser esclava de nada, menos que menos de una computadora o de un teléfono o de cualquier cosa de esa índole.

Por eso, el pedido de Aníbal le resultaba atemorizante. Debía navegar en internet para encontrar a alguien en el mundo que la ayudase con el encargo de su superior.

La puerta del recinto se abrió y la voz de su amigo y colega Daniel la sacó de sus pensamientos.

—¡Hola, Crissy! ¡Estás preciosa hoy!

Se dio vuelta y le devolvió el cumplido con una enorme sonrisa. La había llamado por su apodo como solo la gente muy allegada a ella lo hacía.

Daniel Borrás tenía veintiséis años y se había recibido de ingeniero agrónomo unos años antes que María Cristina y, desde el primer instante en que se vieron, habían congeniado. Se habían cruzado varias veces por los pasillos de la universidad, en donde habían mantenido grandes tertulias que, con el tiempo, habían dado lugar a una linda amistad.

—Por favor, Dani, necesito de tu ayuda —suplicó María Cristina casi con voz desfalleciente.

—¿Qué te sucede? —Su amigo se acercó y se detuvo a su lado.

—Adivina. —Y señaló a la pantalla.

Daniel emitió una carcajada.

—No me digas que Aníbal te ha pedido hacer lo que nadie ha logrado.

—No sé por qué te hace tanta gracia, cuando sabes que soy pésima en esto. Quizás tú puedas llevar adelante la solicitud que me hizo.

—¡Ni loco! —contestó y volvió a reír.

—¡Pero es que no sé ni por dónde empezar!

Su colega se sentó y la miró con cierta compasión.

—Te ayudaré con el inicio del programa, pero no más. Después deberás continuar por ti misma, Crissy. Este es un momento apoteótico en la historia del laboratorio ya que, por fin, te dignarás a aprender a manejar un programa de redes sociales, donde quizás encuentres a la persona que nos ayude a resolver semejante lío en el que estamos metidos. No puede ser que te cueste manejar un teclado en los tiempos que nos rodean. Tampoco puedes seguir con tu bloc de notas, anotando con un bolígrafo lo que te resulta útil. Parece que hubieses utilizado el teletransportador del capitán Kirk de la nave Enterprise y hubieses regresado de la prehistoria al siglo XXI.

—Eres un ingrato —refunfuñó María Cristina.

—No, querida. Pero si quieres seguir creciendo en el laboratorio, deberás dejar de lado tus pruritos y acomodarte a la tecnología moderna.

—¡Me sé manejar con ella! —protestó.

—Solo si se trata de las cuestiones cotidianas que llevas a cabo. Te falta aprovechar mucho más el uso de internet y las inestimables ventajas que tiene. Hay un montón de información útil disponible, además de ofrecerte la posibilidad de hallar gente con la que podrías dialogar sobre temas de nuestra profesión, como es el caso de lo que Aníbal te ha encomendado.

—Para que no te quejes, intentaré hacerlo. Pero al menos dime en dónde debo ingresar para comunicarme con personas de alrededor del mundo.

—Prende la computadora.

María Cristina lo miró con recelo.

—Sé muy bien cómo se hace. No hace falta que te hagas el sabelotodo conmigo.

Se acomodó en el asiento y apretó el botón de encendido del aparato que tenía frente a ella bajo la estricta mirada de Daniel.

Al cabo de unos segundos, el visor se había llenado de la imagen de un tigre blanco.

—¿Aquí también? —preguntó Daniel.

—Es mi animal favorito.

—Ya lo sé, mi amor. Si tienes la casa llena de cuadros y estatuillas de ese animal.

—Bueno, deja de distraerme y dime cómo sigo.

—Escribe tu contraseña.

—Espera que la busco.

María Cristina se levantó ante la expresión asombrada de su amigo y del interior de la cartera extrajo una libretita.

—¿No te la sabes de memoria? —inquirió Daniel perplejo.

—Cállate —advirtió ella, mientras escudriñaba en su anotador—. ¡Aquí está! —Y con sumo cuidado tecleó las letras y los números de la contraseña.

—Abracadabra —dijo su colega cuando aparecieron los diferentes íconos en la pantalla—. Ahora verás. —Y escribió el nombre de algo que dio lugar a una página que María Cristina no tenía idea de qué se trataba.

—No pretenderás que entienda eso —refunfuñó.

Daniel sonrió y asintió con la cabeza.

—Te he dado entrada a un programa de mensajería instantánea que te permitirá hallar usuarios de todo el mundo con los cuales podrás departir acerca de lo que necesites. Puedes incluso rastrearlos por categorías como oficios, profesiones, sexo, países y edades. Es muy completo.

Dicho esto, Daniel se levantó y se dirigió a la puerta del laboratorio. María Cristina lo miró con la cara desencajada.

—¡No esperarás que haga esto sola! —chilló desde su asiento.

—Es de la única manera que aprenderás, amor. ¡Nos vemos!

Y por segunda vez en la mañana, María Cristina fue abandonada a su suerte.

«Juro que los mataré», prometió furiosa.

Miró la pantalla y permaneció quieta durante un tiempo que le pareció eterno hasta que se obligó a suspirar. Tenía que lograrlo. Era una chica fuerte

capaz de aceptar los desafíos que la vida le presentaba y este era uno que debía vencer. O no se llamaba María Cristina Cipriani.

CAPÍTULO 2

Se despatarró sobre la silla, agotada. Hacía ocho horas que intentaba comprender el manejo del programa y, por fin, María Cristina se atrevía a afirmar que había ganado la batalla. Si bien al principio había sido una tortura debido a su escaso dominio del inglés, con el paso de las horas había logrado comunicarse con ingenieros e ingenieras de diversas partes del mundo a los que les había presentado el problema que aquejaba a su equipo. Para ello, María Cristina había confeccionado un mensaje tipo en el que había detallado el pedido de ayuda para estandarizar una nueva técnica de electroforesis de semillas, la cual les había estado dando muchas dificultades. Las respuestas no habían tardado en aparecer y, al cabo de unas horas, María Cristina había dialogado con profesionales de Estados Unidos, Canadá, Inglaterra y Holanda, aunque la mayoría le había explicado de modo muy amable que la estandarización de esa técnica había estado trayendo problemas a muchos otros laboratorios lo cual significaba que, por el momento, encontrar una solución definitiva se hacía muy difícil.

Agotada y hambrienta, María Cristina se dirigió al baño. Le dolía la cabeza por el esfuerzo que había hecho por entender tantas cosas nuevas, no obstante se sentía satisfecha con su maltrecho inglés. Si bien había contado con la ayuda extra de un diccionario bilingüe en papel que tenía más años que Matusalén, también sus pobres conocimientos del idioma habían hecho lo suyo, ya que una tarea que en un principio había considerado imposible, se había transformado en una capaz de ser llevada a cabo.

Luego de tirar la cadena del sanitario, se lavó las manos y volvió al recinto. Apenas había ingresado, miró el reloj colgado en la pared que marcaba las seis de la tarde lo cual indicaba que había trabajado demasiado y era hora de regresar a su apartamento.

Empacó sus pertenencias y cuando iba a apagar el equipo, fijó la atención en la lista de profesionales que el programa había emitido, donde figuraban los nombres, el país de residencia y el correo de cada uno de ellos. A causa del tiempo que había tardado en entender el manejo del sistema, solo había conversado con seis o siete de esas personas, pero había un nombre que le había atraído de manera muy notoria desde el principio y que se había obligado a ignorar, debido a su deseo de respetar el orden de aparición de los diferentes profesionales para dialogar con ellos.

—Niko —balbuceó. Y sonrió.

Había algo en ese nombre que la inquietaba y no entendía el porqué. Y de súbito recordó lo que había leído en sus libros de metafísica acerca de la *sincronicidad de la vida*, que estipulaba que todo lo que sucedía en la existencia tenía una razón de ser y que debía ser posible descubrirse si se prestaba especial atención a las señales que la misma se encargaba de transmitir. Y en ese segundo, María Cristina decidió que ese nombre que titilaba ante sus ojos podía ser el del individuo que la ayudaría a obtener la tan ansiada respuesta que el personal del laboratorio necesitaba.

Dejó la cartera y los apuntes sobre la mesa y se sentó de nuevo. Recuperó el mensaje modelo que ella había enviado a los anteriores profesionales y se lo mandó a ese Niko. Mientras esperaba que el hombre (suponía que lo era debido al nombre, pero nada impedía que pudiese tratarse de una mujer) contestase, se dispuso a buscar alguna información sobre él en el programa. Y lo que localizó no la desanimó. Niko era un ingeniero electrónico danés de treinta y dos años que vivía en Jylland[3] .

Suspiró profundo y rogó que, aunque no fuese ingeniero agrónomo o químico, pudiese ayudarla con alguna información que fuese capaz de

utilizar. Debía existir una razón para que el nombre le hubiese atraído tanto. ¡Ese sujeto debía tener algo para ella!

Apenas terminó de pensar en eso, apareció una respuesta en inglés:

“Hola, ahí. No puedo ayudarte. Necesito tomarme una taza de café. Quizás podamos hablar después”.

A medida que leía, las mejillas se le iban poniendo más rojas.

—Pero qué educado —exclamó con ironía.

Aunque era consciente de que el mundo estaba repleto de personas descorteses, no pudo evitar su enojo. La había despachado sin más, como si fuese una verdadera molestia. Sin duda, lo de la sincronicidad no había funcionado con ese tipo. Y le fastidiaba.

—Idiota —siseó y recogió sus bártulos por tercera vez.

Al echar una ojeada al aparato se dio cuenta de que ni siquiera le interesaba apagarlo. Ante la falta de uso, la computadora acabaría la sesión por sí sola hasta la mañana siguiente. Cuando estaba a punto de abrir la puerta para retirarse, escuchó un sonido. Si bien se parecía al que le había taladrado el cerebro todo el día y que había provenido de los correos de la gente con la que había hablado, este no era en exacto igual. Se acercó a la pantalla y al leer lo allí escrito, se quedó con la boca abierta por completo. Una vez más arrojó las cosas sobre la mesa y se sentó con furia.

«¡Ya vas a ver!», prometió.

Sacó el diccionario y empezó a teclear con el inglés que apenas le salía a raíz de la cólera que sentía:

“Señor Niko X:

Acabo de recibir su increíble misiva por internet.

Déjeme decirle que, si bien agradezco la honrosa consideración de su parte al querer invitarme a participar de un evento sobre sexo entre mujeres y animales, también me gustaría expresar mi opinión al respecto y de lo que pienso de usted.

Sin ninguna duda su generosa propuesta me confirma que es un tremendo idiota, mal educado y degenerado, que no solo se ha negado a hablar conmigo usando como excusa una cita con una estúpida taza de café, sino que, además, se ha hecho el gracioso y me ha mandado un monstruoso y aberrante correo que un mero psicópata podría haberse atrevido a escribir. Estoy agradecida de que, por exclusivo mérito suyo, jamás hayamos llegado a intercambiar más palabras que estas, por lo que me permito, antes de despedirme, sugerirle que se meta el mensaje que me ha remitido entre medio de sus nalgas, bien adentro, y que nunca más en la vida ose comunicarse conmigo. De hacerlo, le prometo que someteré el caso a un escándalo internacional.

Sin otro particular, lo saluda,

María Cristina Cipriani

Ingeniera agrónoma. Laboratorio de electroforesis.

Facultad de Agronomía de Oro Verde, Entre Ríos”.

Llena de satisfacción, apretó el botón de enviar y con una sonrisa de oreja a oreja se levantó, recogió de nuevo sus pertenencias y se dirigió hacia la puerta. Al abrirla, se chocó con la silueta de Daniel que ingresaba al laboratorio.

—Venía a ver cómo te estaba yendo —dijo, pero apenas le vio la expresión de su cara, la de él se tornó taciturna—. ¿Qué te pasa? —preguntó—. Te conozco y estás que hierves.

—Tuve problemas con un estúpido.

—¿Cómo? Por favor, dime qué sucedió.

María Cristina inició el relato, segura del impacto que ocasionaría. Y así fue, porque a medida que detallaba el episodio, el rostro de Daniel se desencajaba un poco más. De seguro debía de estar tan furioso como ella con el imbécil europeo. Cuando culminó, esperó los exabruptos de su amigo contra el tipito.

—¿Y le mandaste esa ridícula contestación? —cuestionó en cambio

mientras comenzaba a moverse de un lado a otro de la habitación.

María Cristina lo miró ofendida.

—¿Por qué me hablas así?

—¡Porque la escribiste con el distintivo de nuestro laboratorio! —gruñó su colega con rabia.

—¿Y qué tiene? —gritó enfurecida de que la mirase como si fuese una infradotada—. ¡Ese danés me insultó!

Daniel sacudió la cabeza de un lado a otro.

—¡No! Ese danés, como lo llamas, no te ha ofendido, sino que tú lo has hecho con él.

—Ah, bueno. ¡Ahora estamos bien! —chilló María Cristina fuera de sí—. ¿Y qué creías? ¿Qué me iba a quedar callada ante semejante despropósito?

—¡Sí! Porque ese tipo jamás te remitió una invitación.

—¿Cómo te atreves a decir eso?

—Porque el que lo hizo fue el mismísimo internet.

Ante las palabras de su amigo, María Cristina se quedó muda. ¿De qué mierda le estaba hablando?

—Me estás confundiendo, Daniel. ¡Explícate!

—Ven. —Y la obligó a sentarse frente a la computadora, con él a su lado. Como ella no había apagado el ordenador, todo estaba allí, salvo el correo que le había despachado a Niko—. Mira —dijo Daniel y señaló la pantalla con el dedo.

—¿Qué?

—Aquí está la supuesta invitación obscena.

—Sí. Y arriba está el nombre de Niko —indicó ella.

—Pues mira. —Daniel tomó el ratón, cliqueó sobre el texto pornográfico y, con un arrastre de la mano, lo apartó del mensaje que había debajo y que correspondía al que Niko le había enviado con el tema de la taza de café.

—¿Qué pasó? —murmuró sorprendida.

—Que dos mensajes diferentes se superpusieron y tú, del apuro, creíste que

era uno solo. Al quedar el nombre del susodicho un poco por encima del aviso porno, a primera vista parece que fuese de él. Pero no es así, Crissy.

—¿Me estás diciendo que el sujeto nunca redactó nada insultante?

—No. Lo que recibiste fue una publicidad de internet. Nada más.

El corazón de María Cristina se detuvo. Había sido un patético error y ella, que representaba al laboratorio, había emitido una nota agresiva a un ingeniero de Dinamarca.

—Daniel, escucha —dijo ocultando su desesperación—. ¿Quién diablos conoce Dinamarca? ¡Si apenas aparece en el globo terráqueo! Estoy segura de que lo que escribí jamás arribará a destino.

Su amigo sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No podemos permitirnos cometer un error de ese tipo. Mandaste al hombre a meterse el mensaje en el culo, ¡por Dios! ¡Y quizás crea que es con consentimiento del laboratorio! —exclamó levantando los brazos a los costados.

Daniel tenía razón. Ella, una vez más, actuaba impulsada por sus rabietas. Tendría que hablarlo con su gurú del momento para que la ayudase a comprenderse más a sí misma. ¿Por qué cuando explotaba era tan inconsciente?

—Ya te dije que no llegará. Tranquilízate.

Pero su amigo parecía no escuchar razones.

—Crissy, tendrás que solicitar unas disculpas a ese ingeniero.

—¿CÓMO? —gritó apabullada. Aquello no le gustaba nada. Ella nunca haría eso. Puede que ese Niko no le hubiese remitido el aviso pornográfico, pero bien que la había despachado como a las mejores. ¡Ni loca!

—Lo que te dije.

—Esta noche lo haré desde mi casa —aseveró, sabiendo que no lo haría—. Ahora me quiero ir a descansar. He tenido un día muy largo.

Daniel la miró con desconfianza.

—No quiero más líos con internet.

—Por favor, esperemos hasta mañana.

—Crissy...

—Te lo suplico, dame esta chance. Si aparece alguna respuesta del danesito, entonces te prometo que le escribiré pidiéndole perdón.

Daniel la miró y, por fin, ella pudo ver un poco de vulnerabilidad en sus ojos. Parecía que las súplicas habían resquebrajado un poco la furia de su amigo.

—Está bien. Mañana —asintió muy serio.

María Cristina le dio un beso en la mejilla y se fue, pensando en que esa noche se acostaría haciendo afirmaciones acerca de que todo saldría bien y que ese Niko, a partir de ese instante, desaparecería de su vida para siempre.

CAPÍTULO 3

—Una verdadera mierda. —Se lamentó María Cristina frente a las dos mujeres sentadas en el sofá.

—Pero querida, yo pienso como tú. Ese correo nunca llegará a destino. — La consoló su tía Moni mientras se tomaba el último sorbo del vino blanco y frío que su amiga Cleo y ella degustaban en el apartamento de la mujer mayor.

Cuando hacía poco más de dos años María Cristina se había separado de Matías Lavalle, su marido durante escasos once meses, había tenido bastantes dificultades para localizar un sitio estable donde vivir. Si bien había logrado alojarse por un tiempo en la casa de su hermana Anastasia, había sido el llamado de la tía Moni, su madrina de confirmación elegida por ella misma, la que le había dado la posibilidad de hallar ese lugar: un apartamento en el quinto piso del edificio donde Moni y Cleo habitaban y que recién se había desocupado. Y María Cristina, llena de felicidad, lo había alquilado de inmediato. Como los apartamentos de su tía y Cleo, respectivamente, pertenecían al octavo piso, las tres solían encontrarse casi todas las noches en el comedor de Moni para compartir la cena, además de momentos de enorme camaradería.

María Cristina observó a su madrina y sonrió. De setenta años, aunque parecía de cincuenta y cinco, Moni Cipriani era de una personalidad tan alegre, generosa e irresistible, que cualquier persona entre cero y cien años que la conocía era bienvenida a disfrutar de una comida, una taza de café e

incluso de una cerveza o una copa de vino en su hogar. Todo el mundo amaba a Moni. Y Cleo y María Cristina eran las habitués que disfrutaban de su compañía.

Por su parte, Cleo era una de las mejores amigas de María Cristina. Rectora de una escuela, tenía el cabello rubio, casi blanco, ojos verdes de gata y una figura excepcional, además de ser la persona que siempre lograba que pusiese los pies sobre la tierra. En tanto María Cristina parecía una mariposa que volaba de flor en flor, Cleo era la que, aun desde el humor, la hacía sentar cabeza. El gurú de ambas le había dicho a María Cristina que la estructura de pensamiento de Cleo era absolutamente perfecta y ella no había podido estar más de acuerdo con él. Las reflexiones de su amiga eran profundas y dichas siempre con palabras bien elegidas, aunque no por ello resultaban menos contundentes. Era atenta, de buen vocabulario y rara vez decía una mala palabra. Y adoraba los zapatos. Sea la hora que fuese, los pies de Cleo lucían enfundados en unos stiletos^[4] , siempre impecables, bellísimos y de las marcas más renombradas. Podía dejar de invertir en peluquería o en teléfonos celulares, pero jamás en un buen par de ese calzado que, sin lugar a duda, era su debilidad.

—Ojalá. Sino tendré que rectificar mi error.

—No te preocupes, Crissy. —La consoló Cleo—. Hay tantas cosas que suceden hoy en día con internet, que esta será una anécdota más.

—Eso espero... De todas maneras, hasta mañana no sabré nada —concluyó y miró a su tía—. ¿Hay boda este fin de semana? —preguntó intentando cambiar de tema.

—Sí. Al ramo de novia tenemos que armarlo el mismo sábado, mi amor —contestó Moni.

Cleo y María Cristina hacía tiempo que ayudaban a la tía con el trabajo profesional que esta llevaba a cabo. Confeccionaba buqué de flores para novias y adornos florales para decorar el salón de fiestas y la iglesia.

Moni había empezado desde muy joven y, gracias a su habilidad con las

manos y a su distinguido buen gusto, había llegado a forjar con el tiempo un prestigioso renombre que le había abierto las puertas a un mercado exigente y exclusivo, cuya incondicional clientela le había permitido contar con una interesante fuente de ingresos. Pero cuando su marido había caído enfermo de gravedad y se había dado cuenta de que la obra social médica no cubriría la totalidad de los gastos de medicamentos y tratamientos a los cuales sería sometido, Moni había debido recurrir a los ahorros que le quedaban. Por eso, al quedar viuda y casi sin dinero en las manos, al menos había logrado salvar el apartamento en el que continuaba viviendo en la actualidad. Y una pequeña pensión que había conseguido mantener de su difunto esposo la había ayudado a vivir con dignidad, aunque sin derroche. A todo esto, el amor por los ramos de novia nunca había desaparecido y Moni había continuado con su pasión hasta el día de la fecha.

—¿Hay que buscar las flores?

—Sí. Los lirios blancos arribarán a la florería de mi amigo Oscar el sábado.

—Estamos muy ajustadas de tiempo.

—Tranquila, sobrina. Si no llegan, tengo otro florista que me ha prometido guardar unos quince blancos por las dudas, pero me gustan más los de Oscar porque sus pétalos son enormes y más duraderos.

—¿Y los lirios rosados?

—Me los trae mi prima Marisa que los consiguió en la ciudad de Santa Fe.

—Este trabajo es un poco estresante cuando debe ser hecho sobre la hora y con flores que hay que traerlas desde lugares diferentes.

—Hace más de cuarenta años que trabajo en esto, sobrina mía, y siempre ha sido así. El buqué debe estar listo una hora antes de ser entregado.

—¿Qué otro tipo de flor llevará el ramo?

—*Gypsophilas*^[5] blancas.

—¡Por supuesto! —exclamó Cleo y brindó golpeando la copa con las de las demás.

—Y tendremos que hacer algunos centros de mesa.

—¿En qué consistirán? —preguntó María Cristina.

—En hojas verdes y carnosas, que juntaré del jardín de Marisa, salpicadas de las *gypsophilas* que nos queden, acompañadas de velas para darle el aspecto romántico clásico de esas flores.

—Suena bien, tía.

—Gracias. A veces me da un poco de pena tener que pedirles que me ayuden, pero la verdad es que, sin ustedes, el trabajo me resultaría muy difícil.

—¡Madrina!

—¡Moni! —gritaron Cleo y María Cristina a la vez. Ninguna dudaría jamás en colaborar con la tía. Esta les abría las puertas de su casa y les daba amor a manos llenas mientras que las chicas le retribuían con el mismo sentimiento, además de acompañarla y ayudarla con el trabajo sin cobrar un centavo. Cleo y María Cristina tenían sus propias fuentes de ingresos y no necesitaban de nada más.

CAPÍTULO 4

Esa mañana, María Cristina llegó a su trabajo un poco más temprano de lo normal. Había dormido inquieta, un poco afectada por la orden de Daniel.

Eran las siete en punto y estaba segura de que no había nadie en la facultad. Ingresó en el laboratorio, no sin antes desconectar el sistema de alarma y luego de dejar su abrigo en el guardarropa, se preparó un café con un poco de leche y miel. Con la taza en la mano, se sentó frente al ordenador y lo prendió. Al mismo tiempo que esperaba que la bandeja de entrada de los correos se abriese, sorbía el café y reflexionaba acerca del hecho poco probable de que Niko hubiese recibido su escrito. No dejaba de repetirse a sí misma que, en el peor de los casos, no creía que el tipo hubiese invertido tiempo para leerlo y, encima, contestarlo.

En ese instante, el corazón de María Cristina comenzó a latir aprisa. Entre los correos recibidos había uno cuyas letras en negrita hacían titilar el nombre de un tal Nikolaj Skovlund, al cual no pudo dejar de asociar con el apodo de “Niko”.

«¡Debe ser él!», pensó mortificada y al hacerlo, se obligó a respirar hondo.

Buscó el diccionario guardado en el cajón de su mesa de trabajo y leyó el mensaje:

“Buenos días, Ing. María Cristina Cipriani:

He recibido un correo procedente de su laboratorio que me ha dejado muy sorprendido. Al principio pensé que se trataba de una broma, pero cuando me fijé en el nombre de la persona que me lo había enviado, me di cuenta

de que coincidía con el de la mujer que se había comunicado conmigo unas horas antes solicitando ayuda para la estandarización de una técnica química de electroforesis. Esa mujer es usted.

La sorpresa me la llevé al leer que me acusaba en forma abierta de haberla invitado a un evento donde se desarrollaban prácticas... ¿cómo llamarlas?... quizás no muy tradicionales. Desde ya quiero aclararle que ese mensaje no era mío. Soy un hombre de valores, que aboga por el honor y la vida en familia, además de ser gran amigo de los animales, aunque, por supuesto, no de la manera en que usted ha imaginado. Por eso, me gustaría creer que ha habido un error de interpretación de su parte acerca del origen del mensaje que, con muy mala fortuna, ha llegado a su casilla de correos y usted ha confundido como mío.

Debido a que el tema deberíamos dejarlo zanjado de una vez por todas, me permito preguntarle: ¿cómo es la República Argentina? Siempre he tenido la intención de visitar su país, aunque nunca haya surgido la oportunidad de hacerlo. ¿Cómo es su clima? ¿Y las famosas Pampas? Por favor, si no le resulta inconveniente me gustaría contar con su respuesta debido a que de esta manera podría ir recopilando información sobre su tierra que, en un futuro mediato, me ayudaría a tomar la decisión de visitarla.

Por otra parte, y por lo que usted puede deducir, he preferido ignorar su sugerencia de adónde colocar en mi anatomía el supuesto mensaje de mi procedencia. Supongo que comprenderá el porqué.

Tampoco espero que mi respuesta llegue a provocar un conflicto internacional ya que me gustaría pensar que este desafortunado episodio quedará resuelto entre usted y yo.

Gracias y que tenga un buen día.

Nikolaj Skovlund

Especialista superior en investigación
de tecnología de seguridad de energía eólica,

Dinamarca”.

Al culminar la lectura, María Cristina todavía permanecía con la boca abierta. Niko no solo había recibido su mensaje, sino que también lo había leído y se lo había respondido de un modo elegante, aunque bastante irónico. Y no podía reprochárselo.

Un intenso rubor le cubrió el rostro y se sintió mal. Estaba por completo avergonzada, y Daniel tenía razón. Debía disculparse.

Aclaró la garganta y se levantó para hacerse un nuevo café con leche y miel. ¿Qué le contestaría? ¿Y cómo explicaría algo acerca del país? Su inglés era tan precario que apenas si estaba a la altura de escribir frases sencillas.

Suspiró. Debía elegir las palabras más adecuadas para explicar lo que él con tanta amabilidad le solicitaba. Usaría el popular traductor de internet que, si bien no era de lo mejor, la ayudaría al menos con los textos más largos, y su viejo diccionario le permitiría completar las palabras que el programa no pudiese traducir con corrección. Sería un trabajo bastante engorroso y lento que la confrontaría con aquello que tanto detestaba, pero era el precio que debería pagar luego del lío que había armado en nombre del laboratorio.

Se sentó y comenzó a escribir:

“Estimado Nikolaj:

Muchas gracias por su respuesta. Tal como ha supuesto, ha habido una terrible equivocación de mi parte con respecto a su persona. A raíz de mi ignorancia, no he sabido darme cuenta de que la bochornosa invitación que había llegado a mi correo provenía en realidad de una página web para adultos y no de usted.

Me siento muy avergonzada y por eso quiero pedirle disculpas. Sepa que, aunque haya mandado el escrito con el logo del laboratorio, su contenido proviene únicamente de mi persona y no de parte del resto del equipo, quien es ajeno al problema que he ocasionado.

Por lo demás, me gratifica saber que no ha atendido a mi inaudita

sugerencia sobre dónde colocar su supuesto mensaje y le aseguro que no habrá ningún conflicto internacional ya que, como bien ha mencionado, este malentendido queda resuelto entre usted y yo.

Por otra parte, me gustaría responder a sus preguntas. Sin ninguna duda, visitar estas tierras podría significar para usted vivir una maravillosa experiencia. Por eso, déjeme contarle que el clima de Argentina...”.

En la siguiente hora y media, María Cristina se dedicó a describir paisajes, climas y diversidades del país y, a pesar de que le costó armar la mayoría de las frases, quedó muy satisfecha con el producto final. Una vez que lo hubo remitido, se recostó contra el respaldo de la silla y respiró hondo. Por suerte, ya no habría más contacto con el famoso Niko.

El sujeto, después de todo, había resultado ser agradable, con sentido del humor y, por lo visto, poco proclive a armar conflictos. Ella debería aprender algo de esto, en especial a no apresurarse a actuar sin primero reflexionar un poco.

El ruido de la puerta interrumpió sus pensamientos.

—¡Crissy! —exclamó Daniel, que parecía asombrado de toparse con ella desde tan temprano en el laboratorio. Su horario de entrada era de alrededor de las nueve y treinta de la mañana, por lo que su amigo debía estar bastante sorprendido.

—Hola y siéntate —contestó María Cristina, palmeando la silla ubicada al lado de la suya—. Quiero mostrarte una cosa.

Daniel así lo hizo y una vez que terminó de leer, le sonrió.

—Me alegro muchísimo, Crissy. Anoche llegué a casa y no puedo negarte que me sentía un poco preocupado por el desenlace de este hecho, pero, por lo visto, ha quedado reducido a una serie de disculpas y charlas agradables.

—Es un hombre muy amable.

—Calmó a la fiera. Eso habla muy bien de él —contestó Daniel y se echó a reír.

María Cristina lo hizo también.

—Bueno, amigo, ahora sigamos con lo nuestro, ¿sí?

Había trabajado unas cuatro horas, cuando llegó el turno de la merienda. María Cristina se levantó de la silla y se dirigió a la cantina de la facultad. Allí se encontró con otros colegas que, como ella, se sentaron en una mesa para comer y charlar un rato.

Además del laboratorio, María Cristina se ocupaba de dar clases de Genética en el cuarto año de la carrera, por lo que su almuerzo se vio interrumpido varias veces por algunos alumnos que le preguntaban acerca de lo que tenían que estudiar y, de paso, confraternizar un poco con ella. María Cristina era atractiva y, por lo común, los hombres se sentían afectados por su presencia. Por esta razón y también a que la diferencia de edad con sus alumnos no era demasiada, debía cuidar el diálogo con ellos para evitar que confundiesen su amabilidad y predisposición natural con otra clase de interés.

—Hola, profe, ¿vas a bailar mañana a la noche? —Quiso averiguar uno de los chicos de su clase.

—No lo tengo decidido.

—La mayoría de los muchachos y chicas de Genética iremos así que, si vienes y quieres, te tomas unas copas con nosotros. Serías nuestra invitada.

Ella sonrió y agradeció el gesto.

—Pues de hacerlo me acercaré a ustedes. ¡Gracias de nuevo! —El muchacho asintió y se alejó contento.

—¡Ay, Crissy! —Daniel movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué?

—¡Como te gusta romper corazones!

—Deja de decir pavadas. ¡Esos chicos no me tienen que soportar todos los días! Te aseguro que puedo ser un verdadero incordio. —Y sonrió una vez más—. Debo regresar al laboratorio.

—Sí, claro. Yo también debo leer una investigación sobre la poliploidía[6] del *Paspalum dilatatum*[7].

—Suena interesante —dijo ella.

—Ya te contaré.

—Ok, ¿nos vemos!

Cuando María Cristina abrió la puerta de su oficina se apresuró a sentarse frente al ordenador. Como nunca le había sucedido, sentía una extrema curiosidad por saber si Nikolaj le había vuelto a escribir. Al abrir la bandeja de entrada, el corazón comenzó a latirle a toda prisa porque, en efecto, había otro mensaje de él. Buscó de inmediato el diccionario y empezó a leer con cierta dificultad a causa de varias palabras que no entendía.

“Hola, María Cristina:

Muchísimas gracias por su correo. Su respuesta me ha dado mucho gusto, porque gracias a la interesante información que me ha hecho llegar, ha logrado despertar aún más mi entusiasmo y curiosidad por conocer a su país. Pero antes de proseguir, me gustaría proponerle que nos tuteemos de aquí en más, lo cual espero no sea interpretado como una intromisión de mi parte.

Bien, te decía que siempre me he mostrado muy atraído por la cultura latina y Argentina es una tierra que me ha llamado la atención desde siempre. Me gustaría que me cuentes un poco de su política, de la historia y, sobre todo, de las costumbres. Tú sabes, saber sobre dichos aspectos de una nación, implica comprenderla un poco mejor.

A propósito, me encantaría que me cuentes sobre ti. ¿Tienes familia? ¿Esposo? ¿Hijos?

Yo soy divorciado y tengo tres pequeños: Iben, la única niña, de ocho años; Jørn, de cinco; y David, de tres. Viven conmigo semana de por medio ya que con mi exesposa compartimos la patria potestad. Soy ingeniero electrónico y trabajo en una empresa generadora de energía eólica.

Siento mucho no haber podido ayudarte cuando me escribiste por primera vez; el tema me era por completo desconocido, pero aun así quiero decirte que puedes contar conmigo de aquí en más. Puedo tratar de buscar artículos referidos a ese asunto o bien contactarte con personas que puedan darte una mano, como muestra de que tú y yo hemos hallado la paz.

Me despido de ti y espero que tengas un buen día.

Nikolaj”.

CAPÍTULO 5

Cleo y María Cristina se hallaban sentadas en el sofá del apartamento de Moni, a la que esperaban para almorzar. La tía había salido a hacer unos mandados, pero sabían que si se había encontrado con amigos o conocidos en la calle su llegada podría demorar.

—¡Estoy anonadada! —exclamó María Cristina—. Nikolaj no para de escribirme y lo que empezó como un terrible malentendido, con los días se ha ido trasformando en algo así como una amistad.

—¿Cuántos correos te escribe por día? —interrogó Cleo antes de dar un sorbo a su té.

—Dos o tres.

—Desde hace casi un mes.

María Cristina asintió con una radiante sonrisa.

—¡Es tan encantador! Te juro que nunca había tratado a un hombre que me hable de una manera tan dulce y que se muestre tan interesado en saber de mi vida. Es muy formal, casi como un príncipe salido de una novela: íntegro, amante de los valores, en extremo respetuoso y de una curiosidad elegante y refinada.

—¿No será gay, Crissy?

María Cristina se detuvo un instante. En realidad, ella varias veces se había hecho la misma pregunta que su amiga, debido a lo diferente que Nikolaj parecía de los varones que había tratado hasta ese momento.

—No me animo a preguntarle.

—La verdad es que esta historia se está poniendo cada vez más interesante. Quizás esté destinada a transformarse en algo importante.

El ruido de la llave en la cerradura de la puerta las interrumpió.

—¡Tía Moni! —María Cristina se levantó y se acercó a la mujer para darle un beso en la mejilla.

—Dime que es mentira —advirtió esta, intranquila.

—No te entiendo.

La tía Moni se sentó en el sofá y miró a su sobrina con gravedad.

—Hablo de tu idea descabellada, muchachita.

—Perdona, pero sigo sin entender.

—Sé que tienes la tonta ilusión de querer presentarme al padre viudo de tu amiga Renata.

María Cristina miró con recelo a Cleo cuyo rostro se cubrió de una aureola de pesar.

«¿Acaso no le había dicho que no dijera nada?», pensó, fastidiada.

Renata era una de sus amigas más entrañables; se habían conocido desde muy jovencitas cuando María Cristina había vivido seis años en la ciudad de Rosario, ubicada a unos doscientos kilómetros de distancia de Paraná, la capital de la provincia de Entre Ríos, donde ellas vivían.

—Tía, escucha...

—No, Crissy —interrumpió esta, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Yo ya no estoy para esos trotes. Tengo setenta años y no tengo ninguna intención de relacionarme con un hombre que a ti se te ha ocurrido pueda llegar a ser un *amigo* para mí.

—Ese hombre del que hablas —puntualizó María Cristina mientras se acomodaba al lado de su tía— es ajeno a todo esto. Renata está organizando un viaje para venir a visitarme, pero ni siquiera sabemos para cuándo. Y por supuesto que quiere traer a su papá. Yo siempre he soñado con que ustedes se conozcan.

Moni negó con un brillo especial en los ojos.

—Mira, mi amor, sé que deseas lo mejor para mí, pero dejemos bien en claro lo siguiente: si el padre de tu amiga...

—Vicente. —Le recordó María Cristina.

—OK. Si Vicente llega a venir, puedes invitarlo a tomar un café aquí, pero nada más. No estoy interesada en otra cosa, ¿me has oído?

—Sí, tía.

Cleo se echó a reír y exclamó:

—Pero, Moni, Crissy conoce a Vicente desde hace más de dieciséis años. La misma cantidad de años que lleva siendo amiga de Renata.

—Él es como un segundo padre para mí —recalcó María Cristina.

—Lo sé, mi amor —contestó Moni más apaciguada.

—Y tú, tía, siempre has entregado tu vida a los demás. Te casaste muy joven y nunca pudiste tener un hijo. El tío José murió siendo no demasiado mayor y cada minuto de su vida lo has cuidado con absoluta dedicación. Lo mismo has hecho con tus padres, tus primos, y los hijos de estos. Eres la oreja y el consuelo de muchos. ¿Cuándo vas a permitir que alguien vele por ti?

—Yo estoy muy bien así, mi querida.

—De acuerdo, pero lo único que te pido es que cuando Renata y Vicente lleguen de Rosario, seas amorosa. En especial con él. Me refiero a que no te pongas distante porque tu sobrina alguna vez haya tenido la loca idea de presentarlos con intenciones un poquito ilusorias.

Moni sonrió y le acarició la mejilla.

—Serán tus invitados y por supuesto que seré cordial. Ellos significan mucho para ti y eso es sagrado para mí.

María Cristina la abrazó fuerte.

—Sabía que podía contar contigo.

Luego ambas se repantigaron en el sofá.

—A propósito, ¿has recibido noticias de tu galán europeo?

Cleo y María Cristina se miraron y soltaron una carcajada.

—Justo antes de que llegaras le estaba diciendo a Cleo que recibo correos

de Nikolaj todos los días. Pero lo más extraño es... —Y se detuvo.

—¿Qué? —preguntó la tía con curiosidad.

—Que cada día que pasa me levanto esperando recibir noticias tuyas. ¡Y se interesa tanto por lo mío! Incluso ha sido curioso con mi meditación. También me ha mandado fotos de los lugares que sus hijos y él visitan cuando salen a pasear; ayer, por ejemplo, me llegaron varias de un parque en donde viven ciervos en libertad. Es como que le gusta hacerme partícipe de su vida. Hasta me ha descrito la personalidad de cada uno de sus niños en detalle.

—¿Te ha mostrado alguna foto de él? —interrogó Moni.

—Jamás le pedí una.

—Él tampoco a ti.

María Cristina negó con la cabeza.

—¿Y de sus tres pequeños?

—Nunca.

—O sea que las imágenes son de paisajes.

—Sí.

—¿Crees que esto es real? —preguntó Cleo.

María Cristina la miró. Sabía que su amiga era capaz de ser muy aguda con los interrogatorios y con sus apreciaciones.

—¿A qué te refieres?

—A que si cada día lo empiezas con el anhelo de encontrar correos de ese hombre y su nombre surge en tus conversaciones con mayor frecuencia, entonces puede ser que esté sucediendo algo sobre lo cual deberías reflexionar para saber cómo enfrentarlo. —A medida que Cleo expresaba sus pensamientos, las mejillas de María Cristina se iban poniendo más coloradas —. Sabes que me encanta que te relaciones con la gente —continuó diciendo —, pero la cuestión es: ¿estás empezando a sentir algo por Nikolaj? Y si es así, ¿tienes idea de lo que le pasa a él?

María Cristina suspiró.

—Has tocado un punto clave, Cleo. Y no sé qué responderte. Te juro que jamás me he topado con alguien como Nikolaj. Aunque quizás esto sea debido a que se encuentra detrás de una pantalla y no supone ningún riesgo para mí. Sabes que después de mi divorcio, he tenido dificultades para relacionarme con el sexo opuesto a raíz de las heridas que aún permanecen abiertas. —Cleo asintió con una mirada tierna. Conocía de memoria lo tormentosa que había sido su relación con Matías y lo mal que había culminado—. Pero Nikolaj —prosiguió María Cristina—, es tan dedicado y tan curioso con respecto a mí, que me conmueve. Puedo contarle muchas cosas sin que emita ninguna opinión desconcertante o fuera de lugar. Es en extremo respetuoso, tanto, que me impresiona. Parece un hombre... —Y se detuvo para buscar la mejor palabra para describirlo—... aristocrático.

La tía Moni y Cleo se miraron.

—Pues tendrás que averiguar qué es lo que hay detrás de esa amistad —dijo la diosa rubia con suspicacia.

—¿Por qué te parece tan importante que deba hacerlo?

—Porque si te conformases con eso, estaría todo bien. El problema surgiría si llegases a abrigar otra clase de sentimientos por Nikolaj.

María Cristina sacudió la cabellera de un lado a otro.

—No, Cleo. Quédate tranquila que solo seremos amigos. Es verdad que me escribe a diario, pero nunca me ha dado indicio de que espere algo más de los dos. Y yo lo respeto. Lo único que deseo es disfrutar de su compañía.

Cleo asintió.

—Sabes que, pase lo que pase, estoy a tu lado.

—Y yo también —aseveró la tía Moni.

María Cristina susurró emocionada:

—Gracias. Las quiero con el alma.

CAPÍTULO 6

“¿Así que te gusta la meditación, María Cristina? Si te debo ser sincero, no es una práctica que haga a conciencia, pero me atrevería a decirte que lo que experimentas me recuerda mucho a lo que me sucede cuando cuido mi jardín. Adoro atender mis árboles, cortar el pasto, sacar las malas hierbas, acondicionar las casitas de los pájaros, hacer compost, en fin, tareas que me insumen bastante tiempo de mis pocos ratos libres, pero que me ofrecen una enorme paz. Encuentro en la naturaleza un lenguaje único al cual respeto y entiendo. Me inspira y me sorprende. Es agresiva, no se detiene ante nada, le gusta conquistar, adueñarse de lo que se interpone frente a ella, y a mí me gusta confrontarla y demostrarle que en mi casa y en mi jardín el que manda soy yo. A la vez, me siento muy agradecido cuando soy capaz de captar el delicado balance que resulta de lo que brindo a las plantas, a los animales y a los diferentes elementos y de lo que recibo a cambio por parte de ellos. Me conecta con lo mejor de mí y creo que se parece al equilibrio interior que tú, según me has contado en tus mensajes, necesitas para continuar tu día a día. ¿Estás de acuerdo en llamar a lo que vivo una especie de meditación? Espero impaciente tu respuesta.

Ah, ¿sabes? Sé que adoras la cultura maya, así que ayer entré en una librería y compré dos libros que tratan sobre ella. Me interesa mucho saber acerca de lo que te gusta. Es una manera de sentirme más cerca de ti.

Te mando un beso y, aunque no me las has pedido, también unas fotos

mías para que sepas cómo se ve la persona con la que estás hablando. A propósito, me gustaría muchísimo que me remitas una tuya. Nikolaj”.

María Cristina, que se encontraba sentada frente a la computadora de su casa, clavó las pupilas en los archivos adjuntos que venían adosados al correo. Comenzó a sudar a la vez que el corazón le palpitaba a toda velocidad. ¿Y si Nikolaj era gordito y con gafas? ¿O un hippie al que le faltaba un diente? ¿Quizás era guapo, pero con mirada arrogante? Se revolvió en la silla y suspiró. Por encima de todo, ella creía en el poder de la belleza interior de la gente, pero aun así se sentía nerviosa. ¿Y si se topaba con un hombre que no le despertaba ningún tipo de atracción física? Quizás en el fondo Cleo tenía razón y ella estaba empezando a desarrollar sentimientos por un hombre que podía ser su ideal masculino como persona, pero tal vez no en el aspecto físico.

Contuvo la respiración y se obligó a clicar el botón del ratón. Apenas lo hizo, el rostro de María Cristina empalideció ante lo que apareció ante sus ojos. Y recordó lo que había sucedido cuatro meses atrás.

Cleo, la tía Moni y María Cristina sonreían satisfechas. En medio de un ambiente cargado de flores, aromas y colores, el buqué de novia en el que habían estado trabajando durante toda la tarde descansaba en un balde con agua fría, y los doce centros de mesas estaban a punto de ser terminados.

—Anoche soñé contigo, Crissy.

—¿En serio? ¿Se puede saber qué? —preguntó curiosa a Cleo, mientras luchaba con unas margaritas que se resistían a incrustarse en la base esponjosa de uno de los ornatos de la mesa.

—Te veías contenta y me pedías que te hiciese acordar del sueño que habías tenido hacía un año atrás.

—¿Cuál de ellos?

—El del muchacho especial.

María Cristina levantó la mirada de lo que estaba haciendo y la clavó en la

de su amiga.

—¿Hablas del guapo que me abrazaba en el campo de mis padres?

—Exacto —contestó Cleo.

—A ver, chicas, ¿de qué hablan? —Quiso saber Moni que sacaba unas rosas blancas de otro balde.

Cleo rio.

—Vamos, Crissy, recuérdale a la tía de lo que estoy hablando.

María Cristina asintió y miró a Moni.

—Hace un año atrás —comenzó a decir—, soñé con un muchacho que tenía el pelo negro, bastante largo y lacio, que vestía una campera gruesa de color pardo y usaba anteojos de leer oscuros. Ambos estábamos en el campo de mis padres y debajo del árbol de mora que se encuentra a la entrada de la casa, se hallaba mi vehículo detenido y, apoyados contra la puerta del acompañante, él me sostenía abrazada de los hombros. Yo me sentía la mujer más feliz del mundo. Y lo que más me impactaba de él era...

—¡La sonrisa! —completó la tía Moni con ojos resplandecientes—. ¡Ahora me acuerdo! Nos dijiste que te derretías con solo evocarla, porque era amplia, coronada por unos labios gruesos y los dientes blancos y grandes parecían los de los modelos de propaganda de dentífricos.

—Tal cual, tía.

—Pues he cumplido con avisarte —dijo Cleo, cortando el tallo de una rosa con una tijera.

—Tus sueños siempre tienen un mensaje —susurró María Cristina.

—Entonces estate atenta.

Al contemplar las tres fotos que Nikolaj le había mandado, el sueño de su amiga Cleo cobraba sentido por completo. El hombre que la miraba a través de ellas se parecía muchísimo al *muchacho especial* con el que ella misma había soñado hacía más de un año. Presentaba el mismo aspecto, con el cabello negro y los labios gruesos, pero no sonreía. Y tampoco llevaba lentes.

Acercó una mano a la pantalla y con la yema de los dedos rozó las

imágenes con mucha delicadeza. A medida que lo hacía, imprimía en su mente cada rasgo del rostro esculpido de modo tan bello.

Suspiró. En la primera foto se veía a Nikolaj en un jardín. Llevaba el pelo revuelto y un poco húmedo, y vestía una camiseta negra sin mangas, que permitía apreciarle los brazos musculosos, aunque no exagerados, donde en el bíceps de uno de ellos había impreso el tatuaje de la cabeza de un unicornio. Por el aspecto de Nikolaj, la fotografía parecía haber sido sacada cuando había estado trabajando, quizás en el jardín del que tanto le había hablado.

En la segunda, Nikolaj aparecía sentado a la mesa con un plato de lasaña y miraba a la cámara con una expresión adusta en el rostro. En la oreja izquierda se insinuaba un aro, no obstante era difícil apreciar la forma y el material.

En la tercera se distinguía la cara, en cuya ceja izquierda había una tira sanitaria adhesiva. Los ojos eran alargados, de un color entre miel dorada y verde, y la mirada era tan dulce que, decididamente, pasó a ser la fotografía preferida de María Cristina. Allí se vislumbraba mejor el aro, una pequeña argolla que hubiese jurado era de oro.

Estudió las tres imágenes al compás del estruendoso galopar de su corazón y supo de inmediato lo que necesitaba ver de ese hombre. Y escribió desde su ordenador:

“Mi querido Nikolaj:

¡Me encantaron las fotos! Pero antes de decirte más, me gustaría pedirte un favor: ¿puedes mandarme una en donde pueda apreciarse tu sonrisa?

Un beso enorme,

María Cristina”.

Apenas apretó el botón de enviar, se permitió respirar hondo. Lo único que podía hacer era esperar. En ese mismo instante, el sonido del teléfono móvil interrumpió sus pensamientos.

—¡Cleo!

—Hola, cariño. Quería preguntarte si subes a comer. Acabo de llegar de mi trabajo y ya estoy en lo de Moni.

—Enseguida voy.

—¿Alguna novedad de Nikolaj?

—He recibido tres imágenes de él.

—¿QUÉ? —pegó un grito Cleo del otro lado del teléfono, que la dejó un poco sorda.

—Sí.

—¿Y cómo es?

—Impresionante.

—¿De feo o de lindo? —Quiso saber con la voz preocupada.

—¡Es hermoso!

—Ay, Dios. Me da el síncope. ¡Te lo juro!

—Le he escrito diciéndole que quiero que me mande una foto sonriendo. Estoy esperando su correo de respuesta.

—Crissy, escucha —pidió Cleo—. Hay sistemas muchos más eficientes que el correo electrónico de la computadora, ¡por favor! Necesitas bajarte una aplicación a tu teléfono, donde puedas ver a Nikolaj a través de una camarita. Deja ya de pertenecer a la época de los dinosaurios y actualízate, amiga, por favor. Así tendrás un contacto más directo con él.

—No exijas de mí algo que no me resulta fácil. ¡No sé de dónde viene mi incapacidad para la tecnología! —exclamó María Cristina un poco frustrada.

—Cuando vengas te descargaré dicha aplicación. Está muy difundida en el mundo y después no podrás vivir sin ella.

—¡Dame una tregua, Cleo! Y ahora debo darme una ducha rápida para poder subir lo antes posible.

—Apresúrate, porque no puedo con la curiosidad. Ya mismo le cuento a la tía Moni, que está al lado mío y me hace señas para saber de las nuevas noticias. ¡Te esperamos!

Antes de dirigirse al baño, María Cristina miró de nuevo la pantalla de su ordenador y se dio cuenta de que había un mensaje de Nikolaj con un archivo adjunto. ¿Sería lo que le había solicitado?

Se acercó y pulsó el botón.

CAPÍTULO 7

—¡Es él! —gritó a viva voz María Cristina cuando ingresó al apartamento. Su tía y Cleo la miraron con los ojos grandes como platos.

—Por Dios, querida, ¿de verdad lo dices? —exclamó Moni.

—¡Sí! ¡Nikolaj es el mismo chico que vi en mis sueños!

Deslumbradas, las tres se apoltronaron en el sofá.

—¡Entonces ahí tienes la respuesta! —Se maravilló la tía.

—¡Dios mío, tengo que pensar! —profirió María Cristina—. Nikolaj me ha pedido una foto mía, pero no tengo ninguna digital, salvo la que me sacaron aquella vez en la casa de mis padres cuando hablaba con el sacerdote de Ecuador.

—¡No pretenderás mandarle esa fotografía tan espantosa! —bramó Cleo—. Además, estabas borracha.

—¡Pobre Crissy! —La tía Moni miró a Cleo como si pidiese clemencia de su parte y tratase de recordar el porqué de la embriaguez de su sobrina en ese entonces—. El padre Evan no paraba de hablar de los pecados del mundo y, encima, bebía muchísimo. Crissy, que lo acompañaba en ese momento, no quería que se sintiera solo y tomaba a la par de él. Craso error porque terminó tan mamada como él.

—Era muy simpático. —Recordó María Cristina con una sonrisa.

—¿Se acuerdan del evento episcopal? Atrajo la atención de la gente de toda América.

La tía se refería a un congreso internacional de la Iglesia católica, que se

había llevado a cabo en la ciudad de Paraná. Las diferentes jerarquías eclesiásticas del continente se habían reunido en la urbe, y como la cantidad de sacerdotes y monseñores que habían arribado había excedido la capacidad hotelera, las familias creyentes habían ofrecido sus propios hogares para recibir a los miembros del clérigo. Y en la casa de Carlos y Alfonsina, los padres de María Cristina, había ido a parar un cura llamado Evan Glenn, de origen escocés, pero que misionaba en Ecuador. Hablaba un español aceptable por lo que María Cristina había asistido a varias cenas en donde había podido dialogar con él acerca de la religión católica y sus costumbres.

La última noche en la casa de sus padres y antes de viajar a Ecuador, el sacerdote se había quedado con María Cristina sentado a la mesa durante más tiempo debido a que ella le había confesado que era divorciada y que por eso se había alejado de la iglesia. Al enterarse, el religioso había tratado de hacerle entender que la iglesia no tenía la idea de excluir a los divorciados, sino todo lo contrario. Como a María Cristina aquel debate le había resultado muy interesante, había pasado varias horas junto al eclesiástico, con vino de por medio, discutiendo acerca de su regreso o no a la religión en donde había sido bautizada. En vista de ello, ambos habían tomado más de la cuenta y habían culminado en una terrible borrachera donde el cura y ella habían terminado brindando por la posibilidad de que, alguna vez, María Cristina volviese a las misas domingueras. Entretanto, Carlos, su padre, les había tomado una fotografía que, después, se había encargado de hacérsela llegar a su correo. En esta, María Cristina aparecía sonriendo junto a Evan y debido a la escasa luz del ambiente cuando había sido sacada, su rostro no evidenciaba la ebriedad que en verdad había tenido.

—No se te ocurrirá mandar semejante bazofia, Crissy —advirtió Cleo—. Es oscura, apenas se ven tus rasgos y, además, es chiquita de tamaño.

—Si Nikolaj se interesa por mí, será porque le caigo bien y no porque le guste mi apariencia.

—¡Pero la calidad de la foto es un espanto! Déjame enviarte alguna de las

que tengo en la galería de imágenes en el teléfono.

—Me gustaría hacer las cosas a mi manera —dijo María Cristina con terquedad.

—Cleo tiene razón, Crissy —insistió Moni—. ¿Qué dirá ese chico, por Dios?

—Tía, está decidido. Es la única foto digital que tengo en mi ordenador y, por ende, es la única que Nikolaj recibirá.

—¡Casi no se te ve la cara!

—No importa.

—¡Ay, Dios! Esta chiquilla... qué obstinada —protestó Moni—. Pero ¿qué más te ha dicho Nikolaj en su mensaje?

María Cristina respiró hondo, agradecida de que cambiasen de tema.

—Que había comprado dos libros sobre la cultura maya porque como sabía que a mí me gustaba, quería aprender sobre ella porque era un modo de sentirse más cerca de mí.

—Ese hombre está interesado en ti —exclamó la tía.

—Te lo dije —aseveró Cleo mirando a Moni.

—Y está tomando clases de español por internet —susurró María Cristina.

—Ha puesto la mira en ti, mi amor.

—No sé. Es curioso y le gusta hablar conmigo. Nada más.

—¿Y si le preguntas? —Cleo la miró con aquellos preciosos ojos que tenía.

—¿Estás loca? Sabes lo tímida que puedo ser con el sexo opuesto. Yo no voy por ahí buscando a los hombres.

—Por Dios, Crissy, no lo estás haciendo, simplemente estás queriendo saber si él tiene el suficiente interés como para que ustedes puedan encontrarse alguna vez.

María Cristina negó con firmeza.

—Primero, esa posibilidad es inexistente ya que no tengo dinero y segundo, Nikolaj jamás ha insinuado una cosa así.

—Pues hazlo tú.

—Estás chiflada, amiga —contestó María Cristina pasmada.

Cleo sonrió.

—Quizás Nikolaj es de esos tipos que escriben, te entusiasman, y después no concretan nada. Se pueden pasar la vida entera así.

—Pues bien...

—O tal vez sea de los que necesiten un empujoncito para actuar —continuó Cleo sumergida en sus propios pensamientos—. ¿Y si estás desperdiciando una oportunidad por ser tan reservada? Inténtalo, Crissy. Después de todo, ¿qué pierdes? Si Nikolaj te dice que no, entonces podrás seguir con esta amistad como lo has hecho hasta ahora, pero si acepta, quizás tengas la chance de descubrir en él lo que hace mucho estás buscando. —María Cristina volvió a negar, nerviosa—. Tampoco es que te estés rebajando a nada —insistió Cleo—. Hace más de un mes y medio que se están escribiendo, te envía más de dos correos por día y parece que seguirá así si no haces algo.

—No sé...

—Prueba a ver qué sucede. —La estimuló.

—Temo presionarlo.

—Vive a dieciséis mil kilómetros de distancia. ¿De qué hablas? —inquirió su amiga que elevó las manos al aire.

—¿Y qué quieres que le diga?

—Invítalo a un encuentro.

—¡Me moriría de la vergüenza! —exclamó María Cristina ruborizada.

—Tantea el terreno, Crissy. ¡Quizás nos llevemos una sorpresa!

CAPÍTULO 8

Martes, 7:00.

“Hola, María Cristina:

Anoche me quedé pensando durante un buen rato acerca de la charla que tuvimos acerca de nuestras exparejas. Te expliqué cómo había sido mi matrimonio con Clara y el motivo de que colapsara. A la vez me quedé bastante sorprendido por lo corto que fue el tuyo, pero no voy a negar que me alegra que hayas tenido las agallas para finalizar una relación que no les hacía bien ni a ti ni a él.

Yo llevo divorciado alrededor de tres años al igual que tú. Ambos hemos aprendido, mi dulce María Cristina. Como te dije alguna vez, Clara y yo tenemos la patria potestad de nuestros hijos compartida, por lo que viven una semana con ella y otra conmigo. Si bien es un sistema bastante exigente para los niños debido a que deben cambiar de ambiente cada semana, Clara y yo estamos llevando las cosas relativamente bien de manera que el balance en la vida de cada uno de nosotros, poco a poco, comienza a recuperarse. Luego del divorcio, el nexa con Clara no había quedado en las mejores condiciones, pero con el tiempo empezamos a comunicarnos mejor para enfocarnos en el bienestar de nuestros hijos.

Me preguntaste si yo había tenido algún vínculo estable con una mujer después de Clara, y debo decirte que no. He estado solo, dedicado a mis hijos y a mi trabajo por completo. Cuando Clara y yo nos separamos, ella decidió comprar una casa por su cuenta y yo me quedé en esta, que es la que yo había adquirido al principio del matrimonio para constituir nuestra familia. Apenas nos separamos, le ofrecí la vivienda, pero ella prefirió

irse a vivir a una que no tuviese tantos recuerdos. Yo no tengo el mismo problema, así que le compré su mitad y me quedé aquí. Además, adoro el jardín. Ya lo sabes.

Me entristeció mucho saber que la separación con tu exmarido culminó en los peores términos y que al principio te habías sentido extraña, debido a que eras muy joven. Estoy seguro de que esa experiencia te ha servido para crecer y agradezco que no te haya hecho el daño suficiente como para cerrarte a una nueva oportunidad. En verdad, María Cristina, los dos venimos un poco apaleados, pero, gracias a Dios, contamos con las agallas para salir adelante.

¡Ah! Acabo de recibir la señal de que un correo tuyo ha llegado. Voy a leerlo y te respondo lo antes posible.

Un beso, hermosa.

Nikolaj”.

Martes, 7:20.

“Hola de nuevo, María Cristina:

¡He recibido una foto tuya! La verdad es que estoy muy emocionado porque por fin puedo saber cómo eres. Estoy utilizando el zoom de la computadora al máximo para ser capaz de mirar mejor tu rostro. La imagen está bastante oscura, pero alcanzo a apreciar que tus ojos son grandes y bellos, y que a tu boca la adornan unos labios muy hermosos. ¡Y eres rubia! Te imaginaba de cabello oscuro, debido a que siempre creí que las mujeres latinas respondían a esa característica. Tienes un pelo largo muy bonito, María Cristina. De verdad eres una chica muy hermosa. Muchas veces me cuestiono acerca de cómo te diviertes los fines de semana. ¿Qué bebes cuando sales? Yo adoro la cerveza, aunque también puedo disfrutar de un buen coñac. Me gusta el café, pero de noche no lo bebo porque me trae problemas para dormir.

No puedo negarte que cuando pienso en ti, divirtiéndote en alguna disco, me imagino estar a tu lado, donde aprovecho a invitarte a tomar un trago

para quedarnos hablando hasta altas horas de la madrugada. Creo que nos reiríamos mucho. Tienes muy buen humor y me has dicho que adoras bailar. Yo, en realidad, no soy muy bueno en mover el cuerpo, pero igual lo intentaría para tener la posibilidad de abrazarte.

Ahora tengo que continuar con mi trabajo, pero déjame decirte una vez más, que me has parecido preciosa. En realidad, lo eres por fuera y por dentro. Ahora sí lo puedo confirmar.

Otro beso,
Nikolaj”,

Martes, 7:50.

“Querido Nikolaj:

¡Cómo he disfrutado tu correo! Quiero decirte que yo también me he preguntado muchas veces cómo sería divertirnos juntos. Adoro el tequila, pero siempre tengo bastante cuidado porque una borrachera con él puede llegar a ser demoledora. Una vez me pasó y juré que jamás lo repetiría. Como no soy de consumir mucho alcohol, cuando tomo más de dos copas puedo acabar ebria de un santiamén. Pero me gustaría intentarlo a tu lado. Creo que me protegerías en caso de que me excediera. ¿O me equivoco?
¡Y por supuesto que querría bailar contigo! Te enseñaría pasos de salsa y estoy segura de que serías mi alumno preferido.

Otro beso,

María Cristina.

P.D.: puedes llamarme Crissy si lo deseas. Es mi apodo y es la manera en que la gente más cercana se dirige a mí.

Y una última consulta: ¿eres alto o bajo? Yo mido un metro ochenta centímetros”.

Martes, 8:10.

“Querida Crissy:

Gracias por considerarme alguien cercano a ti. No podías haberme dado

un regalo más bello en el día de hoy. Tu apodo me resulta muy tierno y suena muy bonito a mis oídos.

¡Claro que te protegería! Si estuvieses a mi lado, no permitiría que nada te ocurriese. Y por supuesto que sería tu mejor alumno de salsa. Es más, al pensarlo, me dan ganas de bailar.

Antes de seguir con ese tema, déjame hacer un breve paréntesis para contarte que vivo muy cerca del mar de Kattegat o Categat en tu idioma. Y muchas veces, cuando me levanto y voy a correr a la playa, imagino que sería maravilloso que tú y yo nos subiésemos a un bote y navegásemos en el mar con una rica comida y, si quieres, con tequila también (o agua, no me importa, con tal de que pueda disfrutar de tu compañía); nos reiríamos muchísimo y, si quieres, también nos emborracharíamos mientras disfrutamos del amanecer. Añoro el día en que podamos hacerlo, Crissy.

Me deleita que seas alta. Yo también lo soy: mido un metro noventa centímetros, así que estoy seguro de que haríamos una linda pareja, ¿no te parece?

Quiero pedirte que me mandes más imágenes tuyas. Convengamos que la que tengo es muy pequeña y apenas puedo verte. Solo si tú quieres.

Un beso enorme,
Nikolaj”.

Martes, 8:30.

“Querido Nikolaj:

Disfruté mucho la descripción de la imagen que tienes de nosotros arriba del bote. Apenas leí que tu ciudad está rodeada por el mar de Categat, me fui a investigar en el Atlas Mundial y me maravillaron las estampas que descubrí. Ojalá algún día pueda nadar en sus aguas.

Por otra parte, te envió más fotos mías. Este fin de semana fuimos con mi hermana Anastasia al club que frecuentamos para ver un partido de tenis y le pedí que me sacara algunas. Había un sol precioso así que, como verás,

llevo ropa muy informal y fresca. ¡Espero que te agraden!

Otro beso,

Crissy”.

Martes, 8:50.

“Mi dulce Crissy:

Me has dejado con la boca abierta. Puedo verte de cuerpo entero y tienes todo aquello que un hombre puede añorar. ¡Me encantas de verdad! Quiero confesarte que no pasa un instante sin que piense en cuándo llegará otro mensaje tuyo. ¡Me alegras tanto la vida!

Hay algo que quiero contarte y me atrevo a hacerlo porque tú eres espiritual y crees en cosas y situaciones que muchos no están abiertos o dispuestos a aceptar. Y causó mucho asombro en mí apenas vi tus últimas fotos.

Me fascina la pintura; es un pasatiempo que me entretiene y que me desestresa del trabajo. Hace cinco años atrás, cuando todavía estaba casado con Clara, me encontraba frente al lienzo en blanco pensando en qué iba a crear, cuando se me presentó la imagen muy nítida de una mujer con cabellera rubia y llena de bucles a la que quise inmortalizar. Al plasmarla sobre el lienzo, creé un ángel. Así lo sentí, Crissy. Te lo juro.

Pues hete aquí que, entre tus nuevas tomas, hay una que me dejó por completo impactado. En ella se te ve a ti de una manera que responde con exactitud al ángel que yo he pintado. Incluso los pliegues de tu blusa coinciden con los de la túnica que le dibujé. ¿Y cuál crees que era su color?

Crissy: ese ángel eres tú. ¡No tengo dudas! He quedado pasmado y necesitaba contártelo. ¿Es que acaso siempre te presentí? El universo, como lo llamas tú, ¿me avisaba de tu llegada? Me gustaría mucho saber tu opinión al respecto. Te envió una foto de la pintura para que la veas. Y después me dirás.

Un beso enorme,

Nikolaj”.

CAPÍTULO 9

—¡Hola, tía!

Larita, la hija menor de la hermana de María Cristina se aferró a sus piernas apenas abrió la puerta del apartamento. Tenía seis años y era la mimada de la familia González Ortega. Sus hermanos, Xavier de ocho y Axel de diez, la estrechaban del mismo modo.

La historia de amor de Anastasia y Armando González Ortega aún era recordada por la familia. Se habían conocido en el viaje de estudios del último año de la escuela secundaria y, con tan solo diecisiete años, se habían enamorado perdidamente uno del otro lo que significó que desde ese instante no se hubiesen separado nunca más. Cuando ambos habían contado con veintitrés años, se habían casado y, casi de inmediato, Anastasia había quedado embarazada de Axel. Y con los otros dos, tampoco habían perdido tiempo.

El amor de la pareja había sido maravilloso hasta que, tres años atrás y de forma inesperada, Armando había fallecido de un ataque cardíaco lo cual había dejado a la familia González Ortega sumergida en una profunda tristeza. En ese momento, María Cristina, recién separada de su esposo Matías, había tomado la decisión de ir a vivir a la casa de su hermana para ayudar a los niños y a ella a transitar tan terrible tragedia.

Como María Cristina y Anastasia se llevaban siete años de diferencia, no habían crecido muy allegadas; mientras una vivía una etapa de la vida, la otra lo hacía en otra muy diferente. Sumado a esto, como Anastasia era en

extremo inteligente e iba un año adelantada en la escuela, a la edad de diecisiete años ya había emigrado a la ciudad de Rosario para estudiar Medicina. A raíz de que su hermana disfrutaba del estudio y era muy exigente consigo misma, los viajes al hogar familiar habían sido muy esporádicos en los años en que había durado la carrera, por ende, María Cristina había crecido junto a sus padres casi como si hubiese sido hija única.

Apenas recibida de médica, Anastasia se había casado con Armando y habían permanecido unidos hasta el día en que él falleció. Durante el primer año de viudez de Anastasia, ambas se habían acompañado en las buenas y en las malas y, con el tiempo, habían llegado a crear una unión inquebrantable. A su vez, la relación con sus sobrinos se había plasmado con tal fuerza, que María Cristina había llegado a considerarlos casi como si fuesen hijos propios.

—Mis bebés, ¡qué linda sorpresa! —exclamó devolviendo el achuchón de los tres. Levantó la cabeza y le dio un beso a su hermana que ingresaba al apartamento.

—Vamos, pequeños. ¡La tía no puede estar todo el día siendo estrujada por ustedes! —puntualizó Anastasia guiñando un ojo.

—¿Cuándo vas a ir a dormir a casa? —preguntó Larita con los ojos abiertos como los de un cervatillo.

—¡Yo ya tengo cien cartas de los Pókemon! —explicó Xavier.

—Y mamá ha hablado con la escuela para que me adelanten un año. —Axel la miraba orgulloso de sí mismo.

—Hijos, no hablen a la vez que van a aturdir a su pobre tía.

María Cristina se sentó en el sofá con los tres sobrinos y Anastasia en un sillón reclinable frente al televisor. A medida que las criaturas narraban los diversos sucesos acaecidos desde la última vez que se habían visto, la sonrisa de María Cristina se había vuelto cada vez más enorme. Y en medio del barullo, sonó el timbre del apartamento.

—Voy yo, hermana, tú sigue entretenéndote con los peques.

Apenas Anastasia abrió la puerta, Moni y Cleo la saludaron con efusividad. Si bien Cleo era amiga de María Cristina, con Anastasia se tenían un enorme cariño y también habían comenzado a forjar una linda amistad.

—¡Pero qué hermosa sorpresa, mi querida! —Se alegró Moni, quien luego de dar un sonoro beso en la mejilla a su sobrina mayor, se dirigió a saludar a los niños con Cleo por detrás.

Anastasia buscó dos sillas de la mesa del comedor y las colocó al lado del sillón reclinable con lo cual conformó un círculo para que los presentes pudiesen hablar sin dejar de mirarse a la cara.

—Bueno, ya que estamos aquí, me gustaría que Crissy nos contara un poco más acerca del caballero del otro lado del océano Atlántico.

—¡Por favor, tía! —gritó Lara—. Quiero saber si ustedes están enamorados.

María Cristina, cuyas mejillas se volvieron rojo granate, miró a su hermana como si quisiera asesinarla.

—¡Ellos lo saben! —Se defendió Anastasia. Cuando tú y yo hablamos, todos en casa se terminan enterando.

—Sí, tía. Tal como tú nos enseñaste: somos uno —dijo Xavier muy serio.

María Cristina no pudo evitar sonreír ante las palabras de su sobrinito. La familia González Ortega acostumbraba a meditar los jueves junto con ella, una tradición que María Cristina había instaurado en el hogar de su hermana y que había aprendido de uno de los grupos de meditación a los cuales había pertenecido. Y Xavier repetía uno de los conceptos que ella muchas veces les había explicado hasta que, poco a poco, cada uno de los integrantes de la casa los había ido incorporando a su rutina diaria.

María Cristina asintió, a la par que Anastasia miraba a su hijo del medio con enorme orgullo.

—Está bien —acordó y a partir de ese instante, se dedicó a relatar en forma bastante detallada acerca de los correos que Nikolaj y ella habían estado intercambiando. Al finalizar y mostrar la foto de la pintura del ángel que él

había pintado, los ojos de los allí reunidos se fueron abriendo cada vez más y un prolongado silencio se instauró entre ellos.

Hasta que la voz de Anastasia lo rompió.

—¡Ese ángel eres tú, Crissy! —exclamó señalándola con el dedo índice.

—Te juro que me estremece lo que has contado, mi niña —dijo la tía Moni, que se restregó los brazos, cuyos bellos de la piel se le habían erizado.

—Fíjense. —Mostró Anastasia mientras comparaba la foto de su hermana con la de la pintura—. El pelo, los bucles, ¡la túnica! Como dice Nikolaj, tiene los mismos pliegues que los de tu blusa y ambas son de color marrón. —Anastasia levantó la mirada de las fotos y clavó los ojos en los de su hermana—. Tú, más que nadie en esta familia, crees en las señales. ¿No te parece obvio que hay que hacer algo?

—No lo sé —susurró María Cristina.

—Ese hombre está muerto contigo —aseguró Cleo.

—Nosotros pensamos lo mismo, tía —dijeron los tres chicos casi a la vez.

—Es que no me atrevo a preguntarle nada —contestó María Cristina apesadumbrada—. Y es verdad que creo en señales, pero quizás Nikolaj no está preparado para escuchar una propuesta mía. Además, yo tampoco sé si lo estoy. Después de lo ocurrido con Matías, no he estado en serio con nadie. Y tampoco es que Nikolaj me asegure que va tras de algo estable. No soy una de las amazonas de las novelas románticas que la tía Moni lee y que son capaces de hacer cualquier cosa para conquistar al protagonista.

—¡Por favor, amiga! —insistió Cleo—. Tú eres valiente.

—Lo mismo pienso yo —aseveró la tía.

—Y yo. —Se sumó Anastasia.

—¡Nosotros también! —corroboró Axel, que se puso de pie y miró a sus otros hermanos que asentían con la cabeza.

—¡Quiero tener un tío! —gimió Larita y suspiró—. ¡Qué romántico!

Xavier puso los ojos en blanco y refunfuñó por lo bajo.

—Pero ¿qué sugieren? —Quiso saber María Cristina, impotente ante tantas

personas preocupadas por su futuro con Nikolaj.

—¡Ya te lo dije antes! —dijo Cleo—. Que le digas que deseas conocerlo en persona.

—Eso —asintió Anastasia.

—Insisto en que es precipitado —murmuró María Cristina.

—Quizás, pero lo importante es saber si ese tipo es un lírico que solo escribe a una chica un montón de palabras bonitas sin que tenga la intención de nada más o es un hombre que en verdad tiene ganas de encontrar a alguien para vivir una nueva historia de amor. Después de todo, está sin pareja. Y la pintura...

—¿Pero has visto el aspecto de Nikolaj? —interrumpió María Cristina a Cleo—. ¡Un tipo como él debe tener muchas chicas alrededor! Es muy guapo. ¿Qué posibilidades tengo yo cuando estamos tan lejos uno del otro? ¡Ninguna!

—Existen los aviones, te lo recuerdo por las dudas —dijo Anastasia con tono irónico.

—Sí, claro, con la cantidad de dinero que tengo. Con otra de las tantas crisis económicas del país, los investigadores universitarios estamos muertos. No tengo un centavo.

—Yo te presto —ofreció Anastasia, categórica.

—Ni se te ocurra. Tú tienes lo tuyo con los niños.

—La tía Moni y yo también colaboraríamos para comprarte un pasaje —agregó Cleo.

Los ojos de María Cristina se llenaron de lágrimas, conmovida por el amor que todos le demostraban. Si bien jamás aceptaría el dinero que le ofrecían, no dejaba de considerarse afortunada por las personas maravillosas y generosas que la rodeaban. Y se sintió humilde.

—Gracias de corazón —susurró limpiándose las mejillas mientras los demás se levantaban y la rodeaban en un tumultuoso abrazo—. Les prometo que le insinuaré algo —anunció en voz muy baja.

Un jolgorio unánime le impidió seguir diciendo una palabra más.

CAPÍTULO 10

Miércoles, 7:00.

“Querida Crissy:

Hoy he estado pensando mucho en ti y, al hacerlo, he recordado un párrafo de un poema de Robert Frost, que se llama *El camino no elegido* y que a continuación te transcribo:

Debo estar diciendo esto con un suspiro

De aquí a la eternidad:

Dos caminos se bifurcaban en un bosque y yo,

Yo tomé el menos transitado,

Y eso hizo toda la diferencia.

Te ruego que leas el poema entero. No tiene desperdicio.

Un beso enorme, y espero que comprendas lo que he intentado decirte.

Nikolaj”.

Miércoles, 8:00.

“Querido Nikolaj:

Me he quedado tan impactada como tú al mirar las fotos de tu pintura del ángel. Al compararla con una de las mías, estoy de acuerdo en que existe un enorme parecido entre ambas. Y me ha hecho reflexionar acerca de una cosa que me gustaría compartir contigo.

Desde el primer día en que nuestros caminos se cruzaron, Nikolaj, no he dejado de sorprenderme de la forma muy curiosa en que ha sucedido. Empezó con tu apodo Niko que me llamó la atención desde el primer instante en que lo vi y siguió con la horrorosa confusión generada a partir del desopilante cartel de internet. En la mayoría de los casos, algo así

hubiese sido causa suficiente para que las personas se hubiesen alejado de inmediato, pero a ti y a mí, por el contrario, nos ha acercado. Y en este tiempo, me has permitido, de una manera muy amorosa y gentil, ir conociendo al hombre íntegro y lleno de valores que hay en ti.

Y cuando acabé de leer el párrafo del hermosísimo poema que me enviaste, me apresuré a buscarlo y leer en toda su extensión lo que Frost había escrito. Al finalizar no pude dejar de pensar en que quizás tú, a través de dicho poema, intentabas advertirme de que lo convencional puede llegar a desviarnos de una senda que, aun cuando parezca difícil de ser abordada, en caso de hacerlo podría significar una verdadera diferencia en nuestras vidas. Entonces, Nikolaj, a una persona como yo, que no solo cree en la magia de la vida sino también en que hay que saber descubrirla, estas palabras no le pasan desapercibidas. Tampoco las fotos que me has enviado, ni tu recordatorio permanente acerca de la alegría que sientes por mi presencia en tu vida. ¡Y el ángel, Nikolaj! Por eso, me atrevo a preguntarte: ¿está naciendo en ti lo mismo que en mí? Y si es así, ¿te atreverías a ocultarlo? Porque yo no. Soy una chica muy reservada y jamás le he consultado a un chico lo que a continuación haré contigo, así que te ruego que cuando me contestes, seas sincero conmigo por completo. ¿Crees que existe la posibilidad de que tú y yo podamos encontrarnos cara a cara para que veamos qué es lo que nos está sucediendo en verdad?

Bueno, ya está, lo dije y estoy colorada como una sandía.

Te mando un beso.

Crissy”.

Jueves, 21:00.

“Mi querida Crissy:

He demorado en contestarte porque estoy en Holanda. De súbito, mis hijos y yo decidimos tomarnos unas mini vacaciones de verano que nos debíamos y vinimos a visitar a mi hermana Jasmin, que vive aquí junto a

su esposo y a sus dos niños. He tenido problemas con el wifi, por lo que he permanecido incomunicado por muchas horas, pero gracias a Dios el inconveniente ya se ha solucionado.

En el vuelo vi un documental del Discovery Chanel que mostraba la vida de las tortugas marinas, y déjame decirte que fue increíble. Se veía la dificultad que tenían los pichones de salir de los huevos y llegar a las aguas del mar...

A medida que María Cristina iba leyendo el correo de Nikolaj, una profunda mortificación comenzó a hacer nido en su corazón y provocó que las lágrimas que se aferraban con ahínco a sus ojos terminasen cayendo como de estampida por sus mejillas. Se sentía devastada. Había pasado un día horrible padeciendo las eternas horas de silencio en que Nikolaj había parecido sumergirse, debido a que nunca había dejado de escribirle durante tanto tiempo. Y cuando por fin lo había hecho, no solo había ignorado su pregunta, sino que, en su lugar, había elegido explicarle con enorme entusiasmo la vida de esos animales. Era un verdadero idiota. Y ella una peor, por creer en él.

Sin terminar de leer el texto, se levantó furiosa de la silla y luego de secarse la cara con un pañuelo, se dispuso a apagar el ordenador. Jamás en la vida volvería a consentir que alguien le hablase de tortugas marinas y de los huevos que ponían cerca del mar. Es más, si por esas casualidades llegase a suceder, buscaría un huevo de gallina de alguna nevera y se lo arrojaría a la cabeza sin ningún reparo.

Respiró hondo y tomó una decisión: a partir de ese preciso momento, su relación con Nikolaj Skovlund quedaba por completo finalizada.

Cuando colocó el dedo índice sobre el botón de apagado, una frase escrita en un renglón ubicado un poco por debajo de donde ella había dejado de leer le llamó la atención:

“[...] No quiero perderte como amiga. Me haces tanto bien, Crissy, que me muero si desapareces de mi vida”.

María Cristina sintió un poco de alivio al ver que, al menos, a esa altura Nikolaj había dejado de hablar de los benditos animales. Y continuó leyendo unos renglones más abajo:

“[...] Siento que hemos creado un vínculo precioso, que no me gustaría destruir por nada del mundo...”.

Sofocada, volvió a inspirar. No quería seguir siendo la *amiguita* de Nikolaj. Su corazón parecía albergar sentimientos más profundos por él y ella había necesitado confirmar si eso era algo verdadero o no. Pero ante el hecho de que Nikolaj parecía más interesado en una amistad que en otra cosa, María Cristina debía aceptar que algo así ya no le alcanzaba. Y por eso mismo, debía culminar con todo para evitar salir herida otra vez.

Cuando intentó apagar el aparato de nuevo, un párrafo casi al final del mensaje la dejó sin aliento:

“[...] De todas maneras, querida Crissy, quiero decirte que estoy sentado frente a mi computadora portátil en el interior del closet de la casa de mi hermana, entre las ropas de mi cuñado, de mis sobrinos y de ella, las cuales me cuelgan sobre la cabeza y los hombros y donde, por lo menos, hace cuarenta grados de temperatura. El que me haya escondido de los demás ha sido con la clara intención de decirte en forma privada que ¡SÍ QUIERO CONOCERTE EN PERSONA! ¡Me muero de ganas por hacerlo! Y quiero advertirte una cosa, Crissy, estaré diez días en Holanda, pero, apenas regrese a Dinamarca, me comunicaré contigo y empezaremos a organizarnos.

¡Prepárate, señorita Cipriani!

Tuyo,

Nikolaj”.

María Cristina cerró los ojos con fuerza y el rostro se le iluminó con una enorme sonrisa.

CAPÍTULO 11

—¿**Y**a regresó Nikolaj de Holanda? —preguntó Anastasia al mismo tiempo que echaba en una olla hirviendo unos *malfattis* de espinaca y ricota que tenían una pinta increíble.

María Cristina sonrió emocionada, porque desde que su hermana había enviudado, no había vuelto a cocinar. Como Anastasia le había explicado, la comida le recordaba los hermosos momentos que había vivido junto a su marido, el cual había sido un gran amante de la cocina y al que le había encantado preparar cenas o almuerzos junto a ella, mientras se divertían a lo grande. Pero cuando esa mañana Anastasia la había llamado por teléfono y las había invitado a la tía Moni, a Cleo y a ella a degustar comida casera hecha por sus propias manos, se habían quedado con la boca abierta. La noticia les había dado una enorme alegría a las tres, ya que podía significar que Anastasia, después de tres años de duelo por la muerte de su esposo, comenzase a abrirse a la posibilidad de vivir una vida donde también hubiese lugar para los recuerdos sin que generasen tanto dolor. Su corazón, tal vez, empezaba a sanar.

—Sí, hace unos días, pero casi no hemos podido hablar porque su hijita Iben se ha pillado una buena gripe y la está cuidando —contestó María Cristina a la par que untaba un palillo de pan en una mezcla de manteca y queso roquefort que adoraba.

—¿Estás todavía nerviosa? —Anastasia la interrogaba desde la cocina, ubicada cerca del comedor donde ya todos se habían sentado a la mesa.

—¡Y como para no! —contestó la tía Moni por ella—. Después de lo que nos contó sobre las tortugas, hemos quedado anonadadas. Y pensar que casi se pierde lo mejor por ese tremendo carácter que tiene esta chiquilina.

—Es que al principio creí que no me diría nada acerca de encontrarnos. Y me desesperé y me enojé. Y cuando estoy embroncada y tomo una decisión, saben que no hay Cristo que me cambie.

—Si escucharas a tu prudencia, amiga... —sugirió Cleo con un mohín.

—Lo sé —contestó María Cristina riendo—. Lo que digas, es justificado.

—¿Para cuándo los *malfatti*, ma? —preguntó Xavier con la boca llena del palito de pan que devoraba.

—Están casi listos. La salsa que les hice se ve fenomenal.

En ese instante, se escuchó el timbre de la casa.

—Yo voy —dijo María Cristina y se levantó para ir a atender la puerta. Al hacerlo, se topó con el anciano cartero al que conocía desde que era una niña—. ¡Julio! —exclamó sorprendida—. No sabía que usted trabajaba también en la cuadra de la casa de mi hermana.

—En realidad no lo hago —respondió el hombre con amabilidad—, pero cuando me fijé a quién iba dirigido este sobre, me di cuenta de que eras tú, María Cristina. Toqué el timbre en tu apartamento y en los de la tía Moni y tu amiga Cleo, pero como nadie atendía, me arriesgué a traértelo a la casa de Anastasia que queda cerca de mi ruta. Y por suerte no me he equivocado.

María Cristina recibió en sus manos un sobre bastante grande y, con un gesto de agradecimiento, sonrió al cartero.

—¡Gracias, Julio! Usted es un encanto. Solo en ciudades chicas se pueden hallar carteros de lujo como usted.

—No te preocupes, María Cristina, sabes que siempre es un placer atenderte a ti y a toda la familia.

Y con un movimiento de cabeza la saludó y se subió a la motocicleta con la que hacía los repartos en los vecindarios.

María Cristina cerró la puerta sin dejar de sonreír y, curiosa por el sobre

que tenía en las manos, lo miró detenidamente. El corazón comenzó a palparle de manera acelerada, ya que identificó de inmediato estampillas danesas y al darle vuelta comprobó que en el remitente aparecía el nombre completo de Nikolaj.

—¿Quién es? —Quiso saber Anastasia impaciente.

—¡Ya voy! Es una carta de Nikolaj —contestó alzando un poco la voz para que la escuchasen y, a continuación, se sentó en uno de los sillones de la sala que conectaba el vestíbulo con la cocina.

—No te demores, porque la comida ya está casi servida.

—Te prometo que en dos minutos estoy allí —respondió María Cristina.

Siempre que recibía algo de Nikolaj, necesitaba estar a solas. Era su momento privado, casi sagrado, y no lo compartía con los demás. El sobre parecía bastante abultado y al observar su nombre y la dirección del apartamento escrita con la letra manuscrita que suponía era de él, un cosquilleo le recorrió la espalda. La letra era cuidadosa, aunque un poquito adornada. Abrió con esmero y de su interior extrajo unos papeles escritos en inglés que resultaron ser propagandas de diferentes lugares y centros de atracción de Dinamarca. Al desplegarlos encontró, entre medio de ellos, una hoja escrita en computadora. La leyó con cuidado y rogó poder comprender lo más importante. Y fue así, porque al finalizar el último renglón, María Cristina emitió un gemido y se largó a llorar.

El ruido de sillas corriéndose hacia atrás y de pasos rápidos acercándose fue el preámbulo a la aparición de los dueños de casa e invitados que, a los gritos, empezaron a preguntarle qué diablos había sucedido.

—¡Crissy, por Dios, habla! —chillaban Anastasia, Cleo y la tía Moni a la vez que los tres niños la abrazaban.

—¡Por Dios, hija, me vas a dar un síncope!

—¡Aquí debe estar la respuesta! —exclamó Anastasia y tomó la hoja que María Cristina, temblando, sostenía entre las manos—. Está en inglés.

—Entonces léelo tú, porque yo no sé una jota de ese idioma —dijo Cleo

preocupada.

—La única palabra que conozco es *shit* —explicó la tía Moni avergonzada.

—Yo sé bastante —anunció Axel envalentonado.

—Sí, ya lo creo. ¡Te sacaste un cero la otra vez! —amonestó Xavier perplejo.

—¡No había estudiado nada! —contestó Axel muy ofuscado a su hermano.

—¡Basta, basta! Yo puedo con mi precario inglés, ¡qué tanto! —gritó Anastasia. Cuando leyó lo que estaba escrito en la hoja, los ojos se le abrieron como platos y silbó como lo haría un chofer de camión al ver pasar una chica bonita—. Es de una agencia de viajes de Dinamarca. Le comunican a Crissy que el señor Nikolaj Skovlund ha hecho una transferencia de dinero a la cuenta bancaria de la sucursal que tienen en Argentina para que se tramite un pasaje de ida y vuelta, Buenos Aires - Dinamarca, con fecha abierta y que dicha operación será factible de concretarse apenas Crissy se ponga en contacto con ellos.

Todos se quedaron un instante en silencio, solo interrumpido por los sollozos de María Cristina. Al siguiente, gritos y lágrimas de felicidad llenaron el recinto y entre abrazos, las voces de los presentes no dejaron de repetir lo maravilloso que Nikolaj Skovlund había resultado ser.

María Cristina comenzó a reír a carcajadas. Estaba dispuesta a volar hacia ese hombre que esperaba la recibiera entre sus brazos y la hiciera vivir una experiencia mágica.

CAPÍTULO 12

El vuelo en el que había viajado desde Buenos Aires a París había aterrizado con cuarenta y cinco minutos de demora, y por tal motivo, María Cristina corría como una endemoniada por los pasillos del aeropuerto Charles de Gaulle para tratar de tomar el próximo avión que la llevaría a Copenhague, donde Nikolaj la esperaba. Pero el aeropuerto francés era tan enorme que llegar a horario a la puerta de embarque se estaba transformando en una misión en verdad engorrosa. En el trayecto, María Cristina miró una vez más las pantallas gigantes que anunciaban las llegadas y salidas de los vuelos y constató que no le quedaban más de veinte minutos para que se procediese al cierre de la puerta. Y todavía tenía que pasar por el control de pasaportes.

Cuando llegó al lugar, el alma se le vino abajo. La gente que conformaba varias colas de gran extensión frente a tres cabinas de control esperaba con paciencia a ser atendida. Desmoralizada, observó que a un costado se asomaba una fila más pequeña que terminaba en una cabina de menor tamaño que las otras. Con esperanza renovada, María Cristina se dirigió hacia allí a toda prisa y luego de esperar unos minutos, un policía la atendió. Cuando le entregó el pasaporte el hombre negó con la cabeza.

—Lo siento —contestó en un inglés con profundo acento francés—. Aquí solo controlamos la documentación que pertenece a la unión europea.

—Le pido que haga una excepción. Mi avión sale a Copenhague en menos de veinte minutos —le explicó María Cristina en inglés, pero el sujeto volvió a negarse.

—Debe ir a la cola de al lado.

—Voy a perder mi conexión ¡Por favor, ayúdeme! —rogó María Cristina. Pero con enorme impotencia, se dio cuenta de que el policía rechazaba su petición otra vez.

—Solicite a la gente que le conceda llegar adelante así puede ser atendida de inmediato. Ahora dé paso al próximo pasajero.

Sin más, el hombre la ignoró y llamó a la siguiente persona. Frustrada, María Cristina se dirigió a la fila de al lado y, a viva voz y en inglés, comenzó a gritar:

—¡Permiso, por favor, es una emergencia! —Y caminó en forma apresurada por entre la gente que, para su asombro, se apartó con amabilidad para darle espacio. Cuando le faltaba una persona para llegar a la ventanilla, una espalda ancha se interpuso en su camino. Un hombre, calvo y bastante panzón, le impedía el avance.

—Señor, le ruego que me permita pasar —dijo María Cristina angustiada por estar tan cerca de la ventanilla y, aun así, verse imposibilitada de llegar.

—El siguiente soy yo —contestó el sujeto de muy mala manera.

—Se lo suplico —rogó María Cristina.

—¡NO! —gritó enfurecido y repitió— ¡El próximo ya le dije que soy YO!

Al ver que el hombre se ponía rojo como un pavo, permaneció quieta y rezó para que el policía de la cabina se apresurase. Al cabo de unos instantes y cuando consiguió llegar a este, preguntó desesperada:

—El avión se me va en diez minutos ¿Cree que la empresa me esperará?

El hombre la miró, le estampó el sello y le sonrió.

—En general lo hacen. ¡Apresúrese!

Desaforada, María Cristina echó a correr. Sudada y transpirada, la ropa se le pegaba al cuerpo y la cartera y el bolso de mano le parecían bloques de piedra cada vez más pesados. Siguió corriendo durante lo que le pareció una eternidad hasta que llegó a la puerta de embarque, donde casi no había gente. Se detuvo, y al leer el número de vuelo y la palabra “Copenhague” en el

cartel ubicado por encima del mostrador de atención, respiró aliviada. Pero la alegría le duró muy poco, porque cuando llegaba a la puerta vidriada, una empleada de la aerolínea la cerró frente a sus narices. Y María Cristina, perpleja, divisó a través de esta un autobús repleto de pasajeros.

—¡Espere! —gritó en inglés. Pero la mujer, con cara de vinagre, le contestó:

—Ha llegado demasiado tarde.

—¡NO! —chilló mientras contemplaba al vehículo alejarse a toda velocidad. Sin consuelo, empezó a sollozar y la dependienta vociferó más alto:

—¡Vaya a la mesa de entrada de nuestra aerolínea y el personal le dirá qué hacer!

Llena de rabia y frustración, María Cristina bramó:

—¿Por qué no me ayudó? Usted podría haber esperado para cerrar la puerta. ¡Se trataba tan solo de un segundo más! —La mujer no contestó—. Tenía que encontrarme con alguien en Dinamarca, pero usted, con su terquedad y malos modos, me lo ha impedido. ¿Cómo le aviso a esa persona?

—Llámelas por teléfono —respondió la empleada fastidiada.

—Su falta de bondad ha complicado todo —puntualizó ignorando la sugerencia.

—Usted tendría que haber estado a la hora prevista.

—El avión llegó atrasado y enormes colas de pasajeros entorpecían el control de pasaportes.

La auxiliar miraba hacia otro lado muy molesta. Quizás no entendía su inglés que, por los nervios que sentía, lo pronunciaba peor que nunca.

—Señorita, por favor. ¿No se da cuenta de que deberá tomar el siguiente vuelo?

La voz suave de un hombre que hablaba en español con acento de España resultó una melodía angelical para sus oídos. Al darse vuelta, se chocó con un tipo en mitad de la treintena que parecía querer ayudarla.

—Pero ¿dónde queda la bendita mesa de entrada? Jamás he viajado sola y me siento abrumada —exclamó frustrada.

—Déjeme acompañarla.

—¿En serio lo dice? —interrogó asombrada y aliviada a la vez.

—Sí. No está muy lejos de aquí.

María Cristina asintió agradecida, colocó la cartera y el bolso en sus hombros y lo siguió. Al cabo de unos cuantos metros y pasillos de por medio, arribaron al lugar. María Cristina agradeció con efusividad al joven que, luego de una despedida cordial, siguió su camino con una enorme sonrisa.

Después de explicar lo acontecido a un empleado de la aerolínea, María Cristina recibió en las manos un pasaje a Copenhague de un vuelo que saldría en las próximas dos horas. Apenas lo guardó en la cartera decidió que llamaría a Nikolaj de inmediato.

Intentó hacerlo a través del WhatsApp, que Cleo le había descargado unas horas antes de salir del país, pero se topó con el inconveniente de que no tenía conexión de internet. Cleo le había explicado algo del *roaming* internacional, pero aparte de que no le había entendido nada, su amiga le había aconsejado que tratase de no usarlo por el costo excesivo que implicaría. Así que María Cristina no había prestado más atención al tema y por lo tanto en ese instante debía hallar otra solución.

A pocos pasos, detectó un mostrador de información atendido por una empleada. Al acercarse y preguntar por un teléfono para realizar una llamada a Dinamarca, la mujer le respondió en francés. Azorada, María Cristina le rogó que lo hiciese en inglés, pero cuando escuchó lo que salía de la boca de la francesa, supo que jamás llegaría a entenderle una sola palabra. Su inglés sonaba peor que el de ella.

¿Qué podía hacer? Cuando Nikolaj descubriese que ella no había arribado al aeropuerto, supondría que se había arrepentido de viajar. Y si él abandonaba el lugar, María Cristina quedaría por completo a la deriva. A punto de entrar en pánico, buscó con la mirada alguna cabina telefónica, pero

sin éxito. Quizás ya no existían debido a que la gente disponía de sus teléfonos móviles a los que la mayoría debía de manejar a la perfección. No como ella que se había quedado en la prehistoria.

Al ver que la señora la observaba como si esperase que le dijese algo, María Cristina sacó un papel y un bolígrafo de la cartera, dibujó una cabina y se la mostró. Como si hubiese captado su desazón, la empleada rodeó la mesa y tomándola del brazo, la condujo hacia una oficina muy cerca de allí. Para su alivio, había un teléfono con auricular que tenía una ranura que no sabía para qué se usaba. Sin perder tiempo, María Cristina buscó el número de Nikolaj en su agenda, entretanto la dama la miraba de pies a cabeza de seguro pensando que era una ignorante, lo cual no estaba muy lejos de la realidad. Por primera vez podía reconocer lo importante que era el ámbito digital y se prometió que sería lo primero que investigaría cuando regresase a su tierra.

Cuando tomó el receptor, la dependienta dibujó con los dedos un cuadrado en el aire y María Cristina se cuestionó qué diablos estaría intentando decirle. Luego de repetir el gesto varias veces sin que pudiese comprender, la vio friccionar los dedos pulgar e índice.

«¡La tarjeta de crédito!», pensó para sí y al extraerla de la billetera, la auxiliar señaló la ranura del aparato.

Cuando insertó el plástico, el dispositivo pareció cobrar vida frente a sus ojos y, de súbito, se encontró sola porque su compañía se había retirado. Tecleó el número de Nikolaj, pero después de un rato, se dio cuenta de que él no la atendería. María Cristina comenzó a despotricar, incapaz de creer en su mala suerte. Lo repitió varias veces, pero sin conseguir nada.

«¡Dios!», pensó. Debía poner en acción algún plan B. Y al segundo se le vino a la mente la imagen de Anastasia, a quien le había dejado los números de teléfono de la casa y del trabajo de Nikolaj, así como su correo para que pudiese ubicarlo si era necesario. A pesar de que en Argentina serían alrededor de las cuatro de la mañana y su hermana estaría muy dormida, María Cristina supo que debía arriesgarse. Marcó y esperó unos minutos

hasta que una voz gangosa respondió a su llamado.

—¡Anastasia! —gritó—. ¡Soy yo!

—¿Crissy?

—¡Sí! ¡Despiértate, por favor! —En ese momento fue consciente de que el costo de la llamada que aparecía en la pantalla aumentaba a pasos agigantados y se asustó. Saldría una fortuna.

—Te oigo —dijo con la voz un poco más clara.

—¡Perdí el avión a Copenhague! He llamado varias veces a Nikolaj, pero no me contesta. Por favor, necesito que pruebes tú a ver si te resulta más fácil dar con él. Además, tengo que llegar a la puerta de embarque lo antes posible para no perder también este vuelo. Dile que arribaré en uno de la misma compañía aérea que parte en dos horas.

—Comprendido —contestó su hermana, que a la hora de ser efectiva, no había nadie mejor que ella.

—Escucha, debo dejarte porque no me alcanzarán los euros para pagar esta llamada, pero antes de hacerlo te pido que me repitas lo que debes decirle a Nikolaj.

Cuando Anastasia así lo hizo, María Cristina se sintió mejor.

—Perfecto.

—Quédate tranquila, Crissy.

—Te agradezco muchísimo, hermanita.

—Te prometo que me comunicaré con Nikolaj. Ahora ve con Dios y cuídate.

—Un beso.

Y colgó. Al mirar la pantalla del aparato la cifra acumulada era de cincuenta y dos euros. Debía ser un dispositivo muy especial para cobrar tanto, pero no importaba porque gracias a él se había podido comunicar con Anastasia y se sentía más animada.

Salió y buscó a la señora que la había ayudado. Cuando la ubicó en su puesto de trabajo, le agradeció en inglés con una gran sonrisa y la dama

asintió con la cabeza con una pequeña mueca en la boca.

CAPÍTULO 13

María Cristina se sentía agotada. Así y todo, no podía negarse al hecho de que sus axilas habían adquirido un pésimo olor luego de los nervios y la corrida llevada a cabo a través de medio aeropuerto francés, por lo que necesitaba con urgencia ir a un lavabo para acondicionarse.

Al final del pasillo localizó uno y con pasos apresurados ingresó al recinto donde se colocó frente al espejo. Y se contempló con desazón. Cuando había salido de Buenos Aires, lo había hecho satisfecha con la chaqueta de cuero llena de flecos que llevaba puesta, segura del impacto que esta ocasionaría en Nikolaj. Cuando se la había puesto, la imagen que le había devuelto el espejo de su habitación era la de una joven fina, elegante y un tanto exótica. Pero luego del caos al que se había enfrentado, María Cristina lucía muy diferente a esa circunstancia. Los flecos del abrigo colgaban hacia distintas direcciones y los bucles de la cabellera que normalmente eran sedosos y caían lánguidos por la espalda, se habían transformado en una masa seca y desordenada, como si hubiesen estado expuestos a una corriente eléctrica de miles de voltios. Y debía lavarse los dientes de inmediato.

Se sacó la prenda y después de desabrochar los botones de la blusa, tomó del lavabo un poco de jabón espuma y comenzó a enjuagarse el cuerpo. A medida que lo hacía, María Cristina se sentía renacer. A continuación, se aplicó desodorante, se cepilló los dientes y remojó la cabellera con las manos. La caricia del agua hizo que los bucles adquiriesen mejor forma y se tornasen más suaves. Se retocó el maquillaje y, por último, colocó unas gotas de

perfume detrás de las orejas y en las muñecas. Al contemplarse de nuevo, María Cristina pudo verse a sí misma otra vez. O casi.

Cuando abandonó el lugar, se apoltronó en un asiento y se ordenó a sí misma permanecer sentada hasta que los datos del próximo vuelo apareciesen en la pantalla; no quería sufrir más inconvenientes. Apoyó la nuca en el respaldo e intentó dormir un poco. Hasta que una voz masculina llamó su atención:

—Missis Ciprianóu —escuchó que decía por el altavoz.

Se irguió en el asiento y se quedó esperando a que la voz repitiese lo que parecía haber sido su apellido con acento francés. Pero en vano. Inquieta, se preguntó cuántos mostradores de información debería visitar ese día y se dirigió hacia uno atendido por una mujer joven. Con amabilidad, María Cristina averiguó si a la persona que estaban llamando era ella, pero la empleada negó con la cabeza. Aliviada y segura de que había escuchado mal, regresó a su asiento. Probó dormirse una vez más, pero, al poco rato, oyó la misma voz:

—Missis Ciprianóu...

«¡Mierda!», pensó y se acercó una vez más al mostrador sin la menor duda de que era a ella a la que habían nombrado. Pero la joven volvió a negar, esta vez con mayor vehemencia. Frustrada y poco convencida, María Cristina fisgoneó a su alrededor hasta que detectó otra mesa de información ubicada a unos diez metros de donde estaba ella y que era atendida por un hombre. A toda prisa llegó hasta el sujeto e imitando lo mejor que pudo el acento con que había sido pronunciado lo que para ella era su apellido, dijo:

—Perdón, soy Missis Ciprianóu.

El joven que parecía un modelo de revista asintió y con una enorme sonrisa le entregó algo en la mano.

—¡Mi tarjeta de crédito! —exclamó María Cristina.

—La ha olvidado en una oficina que usó hace un rato.

—Muchas gracias. —Se estremeció impactada.

—No me agradezca a mí, sino a un señor alemán que la devolvió y no la tiró a la basura o se la quedó para él.

María Cristina volvió a agradecer al hombre y se retiró admirando la honestidad alemana y también preguntándose por qué coños la mujer, ubicada a unos pocos metros de distancia, había dicho de manera tan rotunda que no era ella a la que habían estado buscando. Sin una respuesta lógica, regresó a su asiento y cerró los ojos mientras se juraba a sí misma que, de ahora en adelante, el viaje no iba a presentar ningún inconveniente más.

CAPÍTULO 14

Se bajó del avión estresada y con la cabeza hecha un tambor. Hacía más de treinta y ocho horas que había iniciado la travesía desde Buenos Aires y todavía no había sido capaz de descansar. Los nervios la traicionaban no solo porque desconocía si el hombre que deseaba con toda el alma la estaba esperando en el aeropuerto de Copenhague, sino que, para peor de males, el vuelo desde París había significado una verdadera tortura. La mayoría de los pasajeros habían resultado ser miembros de diferentes coros de Tailandia que habían participado de una competición en Francia y durante las casi tres horas que había durado el trayecto no habían dejado de cantar a viva voz un enorme repertorio de canciones religiosas. Sin poder creer en su mala suerte, María Cristina había optado por colocarse los anteojos negros de sol para cubrirse las ojeras y, a su vez, intentar meditar, pero el cansancio extremo y las voces que atornillaban sus oídos habían echado por tierra dicha tentativa.

Así que una soñolienta y desorientada María Cristina caminaba tratando de entender adónde debía recoger el equipaje. Como no había un alma a la redonda, se apresuró a seguir a la comitiva de tailandeses, que se desplazaba por delante y esperaba que tuviesen pertenencias que recoger. Ingresaron en el área de los shoppings, que también se mostraba desierta, y caminaron durante un buen rato hasta que, de súbito, los tailandeses se detuvieron. Y María Cristina detrás de ellos. Comenzaron a hablar unos con otros, entretanto la mayoría asentía con mohines amables, hasta que se sentaron en el piso e iniciaron el canto otra vez.

«¡Oh, no!», gimió María Cristina frustrada porque la única posibilidad de encontrar sus valijas parecía haberse esfumado.

Procuró hablar con ellos en inglés, pero estos lo único que hicieron fue sonreírle sin dejar de cantar. Con el corazón desbordado, miró hacia cada rincón. ¿Es que no había nadie en ese aeropuerto que la pudiese ayudar? ¡Estaba tan cerca de Nikolaj!

De repente, dos hombres que parecían indios pasaron junto a ella y los reconoció como unos de los pocos pasajeros del vuelo que no pertenecían a los coros. Fue tras ellos y se mantuvo a sus espaldas hasta que llegaron a una escalera mecánica que conducía a un subsuelo. Se aventuró en ella y cuando llegó al final, comprobó que había arribado al lugar correcto. Con una mueca de alivio, detectó a su valija que parecía haber sido una de las primeras en aparecer en la cinta transportadora, y con ella en mano, se dirigió hacia la salida que, sin poder creerlo, se hallaba frente a sus narices.

A medida que se acercaba a la puerta de dos hojas, otro pasajero que caminaba por delante se aventuró a través de estas y poco antes de que se cerrasen alcanzó a percibir una figura alta del otro lado vestida con una chaqueta larga y negra, tal como Nikolaj había descrito que iría vestido. El corazón empezó a latirle a toda velocidad, sabedor de que se acercaba la hora de la verdad.

Apenas atravesó la puerta, lo primero que distinguió fue la silueta que había captado poco antes, y recorrió con la mirada y en forma ascendente el cuerpo longilíneo. De los borceguíes negros pasó a las manos delgadas y largas que sostenían un oso de peluche que la hizo sonreír, hasta llegar al hermoso y amable rostro coronado por un pelo negro brillante, desmechado y que caía lánguido hasta un poco por debajo del cuello. El flequillo irregular le daba un aire travieso, pero no por ello menos elegante. La boca grande, de labios llenos y rojos, era impactante y cuando los ojos de color miel con tintes verdes se alargaron, supo que Nikolaj, *su Nikolaj*, también le sonreía.

María Cristina se lanzó a los brazos abiertos que la recibieron con

efusividad, y apoltronada contra el tibio pecho, se olvidó de todo: el vuelo perdido, los euros gastados, la tarjeta olvidada y recuperada, los nervios destrozados por el canto celestial de los tailandeses, la incertidumbre y el miedo. Lo único que percibió fuera de ese abrazo tan confortable, fue el ruidito de las pequeñas ruedas de su valija al girar. Por el impulso de lanzarse a los brazos de Nikolaj la había soltado con tal énfasis, que de seguro había salido disparada hacia algún lugar. Pero no le importaba. En ese instante, tan solo anhelaba disfrutar del refugio cálido con aroma a masculinidad Skovlund.

Ninguno dijo una palabra. Se quedaron abrazados por un buen rato, hasta que el sonido de una voz grave se coló entre ambos. Si bien el cerebro de María Cristina se negaba a responder a esa molestia, ante su insistencia, ambos debieron apartarse un poco para buscar con la mirada al dueño de la interrupción. Se trataba de un policía que con muy buenos modales les hablaba de modo pausado. Como no entendía el nuevo idioma, María Cristina se limitó a observar. El hombre señalaba con el dedo hacia atrás y cuando ambos siguieron con la vista la dirección a donde apuntaba, María Cristina comprendió. Nikolaj y ella, abrazados, entorpecían a los demás pasajeros que intentaban transponer la salida y estaba segura de que el agente lo que les solicitaba era que se corriesen. Asintiendo con la cabeza al uniformado, Nikolaj la tomó del brazo y se movieron hacia un lado. Acto seguido le entregó el osito de peluche con una mirada expectante. María Cristina recibió el regalo con una deslumbrante sonrisa y le agradeció a Nikolaj con otro abrazo. Renuente a dejarlo ir, le susurró al oído:

—Debo ir por mi valija.

—Yo lo hago —musitó Nikolaj y María Cristina se dio cuenta de que era la primera vez que escuchaba su voz en persona. Si bien la había oído por teléfono en pocas oportunidades, frente a ella sonaba más grave y masculina.

Lo observó caminar y hacer un mohín de diversión cuando detectó lo que buscaba. Aprovechó para apreciar su figura que, para su gusto, resultaba

impactante. Era muy alto y también delgado, aunque no carente de formas masculinas. Tenía un aire a Steven Tyler de Aerosmith cuando era joven, aunque mucho más lindo. Una mezcla de salvajismo y travesura que la enajenaba. Cuando venía hacia ella arrastrando la valija, detectó la argollita de oro en la oreja izquierda. Aunque trataba de que no se le notase, no podía evitar mirarlo embobada. A su vez, Nikolaj parecía muy amable, no obstante un tanto nervioso, pero apenas llegó a su lado, le brindó la primera sonrisa radiante. Y María Cristina creyó morir. Los dientes blancos y grandes que había adorado contemplar en las fotos antes de irse a dormir y que, sin ninguna duda, correspondían al chico que se le había aparecido en sus sueños hacía más de un año y medio, se manifestaban ante sus ojos en todo su esplendor.

—Gracias, Nikolaj —murmuró embelesada.

—Tenemos que tomar el tren de Copenhague a Aarhus, Crissy. —La mención de su apodo provocó que la respiración se le acelerara. ¿Era verdad que estaba ahí con ese hombre que le hablaba con tanta dulzura? Al ver que él también la miraba con intensidad, las mejillas se le sonrojaron. Nikolaj pareció captar lo que le pasaba y preguntó jovial: “¿Vamos?”.

Antes de que pudiese balbucear una respuesta, la tomó de la mano y la llevó por una callecita que conducía al exterior del aeropuerto. Los dedos que se entrelazaban con los suyos eran fuertes, cálidos y le transmitían seguridad. Durante el trayecto, María Cristina echó varias veces una mirada a los vidrios de los diferentes edificios que desfilaban a su paso en los cuales se reflejaba la imagen de los dos. Y no pudo dejar de reconocer que le encantaba la pareja que hacían. Eran altos, delgados y tímidos, por completo empecinados en no soltarse de las manos.

Al mirarse volvieron a sonreír. Era como si el lenguaje primordial establecido entre ellos en esa ocasión fuese el de los gestos de las caras.

—¿Mi hermana se comunicó contigo? —averiguó nerviosa. Tenía que practicar su inglés de inmediato para constatar si podían entenderse ante

diálogos más complejos o no.

—Sí, por suerte. Creo que se me hubiese detenido el corazón si no te hubiese descubierto entre los pasajeros del vuelo anterior. —El inglés de Nikolaj era fluido y perfecto, pero hablaba con lentitud para que ella pudiese comprenderlo.

—Tenía miedo de que no me esperases.

Nikolaj la miró de manera tan penetrante, que se sintió desnuda.

—Si no hubieses aparecido —dijo de modo grave, como si el haber pensado semejante cosa hubiese significado casi una ofensa para él—, te habría llamado por teléfono. Si no hubieses atendido, habría probado con el móvil de tu hermana, y si tampoco hubiese resultado, me habría cerciorado con la línea aérea acerca de ti.

—Wow —aventuró María Cristina, impactada por su rotundidad.

—Y si no hubiese sido suficiente —continuó—, me habría quedado aquí hasta encontrar una respuesta. O a ti, como en verdad ocurrió.

Respiró hondo, apabullada. En verdad no estaba acostumbrada a hombres tan directos y contundentes como él parecía.

—Probé llamarte varias veces, Nikolaj, pero no respondías.

—No sé qué sucedió, Crissy —admitió con una expresión más suave—, pero, sea lo que sea, no ha sido capaz de impedir que tú y yo estemos juntos hoy.

María Cristina sonrió anonadada ante la mirada de ese hombre que la escudriñaba de tal forma que parecía querer abrirse paso al fondo de su alma.

Cuando llegaron al tren, las puertas estaban abiertas para que los pasajeros pudiesen subir. Al hacerlo, se toparon con que estaba repleto de gente.

—Saqué un boleto sin asientos reservados porque ya no había más —avisó Nikolaj.

—¿Demora mucho en llegar a Aarhus?

—Tres horas y media.

—¿Debemos estar parados esa cantidad de tiempo? —preguntó María

Cristina con un dejo de desaliento en la voz. Después del viaje maratónico que había llevado a cabo, el cuerpo comenzaba a pasarle factura.

—Estoy seguro de que no. El tren se detiene en las estaciones de varias ciudades durante el trayecto, por lo que entra y sale gente a cada rato. Hallaremos lugar.

Y así fue. En un momento, cuando el tren ya se había puesto en marcha y viajaba a toda velocidad, un guardia de seguridad ingresó al vagón de ellos y, al verlos parados, le dijo algo a Nikolaj, quien de inmediato asintió. A continuación, el guardia procedió a remover unas bicicletas que algunas personas habían colocado contra unas butacas empotradas en la pared y las llevó al interior de un recinto destinado al personal de la empresa. Sin perder tiempo, Nikolaj la tomó de la mano y la hizo sentar junto a él en dos de los asientos que habían quedado libres. Apenas hecho esto, el enorme cansancio de María Cristina cayó sobre sus hombros y, sin poder impedirlo, recostó la cabeza sobre el respaldo.

—Nikolaj. No quiero ser descortés, pero estoy tan agotada...

—Ven, Crissy —le susurró al oído e hizo que se inclinase sobre su falda. La acomodó de tal manera que la mejilla le quedó apoyada sobre los muslos fuertes, y con extrema delicadeza empezó a acariciarle el pelo.

—Qué bueno es estar aquí contigo... —balbuceó María Cristina, antes de abandonarse a un profundo sueño.

CAPÍTULO 15

Abrió un ojo y después el otro, consciente de que la mano de Nikolaj continuaba acariciando su cabellera. En medio del sopor, escuchó un jadeo ininterrumpido y al enfocar la mirada, vio una lengua larga muy cerca de su cara. Se incorporó de la impresión y se topó con un pastor alemán que la miraba con curiosidad. Los dedos de Nikolaj dejaron su pelo y la ayudaron a sentarse. El perro llevaba un collar con una correa negra sujeta por la mano de su dueño, un danés enorme que, parado a su lado, tenía la vista clavada en el teléfono celular que sostenía en la mano.

—No sabía que se permitían animales en el tren —dijo María Cristina con voz somnolienta y encantada de apreciar un ejemplar canino tan bello.

—Si pagas el pasaje y respetas las reglas, entonces puedes viajar con tu mascota.

—¡Qué bien! A propósito, ¿dónde estamos?

—Cerca de Aarhus.

Miró a través de la ventanilla y divisó una campiña con muchos árboles y pequeñas lomadas. Diferentes cultivos plantados a la perfección y sin ninguna maleza conformaban figuras geométricas de variados colores: amarillas, verdes y negras. Otras, por completo lilas, daban unas pinceladas de distinción al paisaje.

Se percató de que Nikolaj la observaba como si supiera lo que le había llamado la atención.

—Facelias —murmuró él.

Se quedó sorprendida ante la respuesta. Ese era el nombre común de la variedad de plantas de flores violetas. Para probarlo un poquito más, María Cristina hizo acopio de sus estudios de Botánica en la universidad y extrajo un papel y un lápiz de su bolso.

—¿Te refieres a *Phacelia tanacetifolia*? —interrogó al mismo tiempo que señalaba la denominación en latín que había escrito en el papel. Ante su asombro, Nikolaj asintió con una sonrisa deslumbrante.

—Son plantadas en los cultivos porque las abejas no pueden resistirse al néctar dulce que producen sus flores y se sienten de inmediato atraídas hacia ellas. Además, la miel que fabrican de su polen tiene un sabor exquisito. Y son útiles para controlar plagas como los áfidos.

María Cristina se quedó contemplando fascinada a aquel chico de aspecto impactante que, una vez más, demostraba ser muy inteligente. En los correos que habían intercambiado, había descubierto en él no solo a un hombre que poseía un elevado coeficiente intelectual, sino también a una persona de muy buenos sentimientos y alto valor moral. Y contaba con los quince días que durara su estadía para descubrir si lo que él había dejado traslucir en sus mensajes era la verdad.

—Quería preguntarte una cosa —dijo Nikolaj interrumpiendo sus pensamientos.

—Sí, claro.

—Me habías dicho que eras rubia. —Y sonrió con esa boca llena de dientes blancos y con esos labios pulposos que la volvían loca—. Pero estuve investigando tu cabello mientras dormías y me parece que no es así.

La miró expectante.

—Mi pelo natural es castaño y la peluquera me hace mechones dorados —contestó María Cristina. Le sorprendió ver la expresión de desconcierto en el rostro de Nikolaj y pensó que jamás se le habría ocurrido incursionar acerca de un tema como aquel en los intercambios de correos—. ¿Cuál es el problema? —Quiso saber curiosa.

—Ninguno —contestó él con una mueca divertida—. Es que no entendía por qué nunca me habías dicho el verdadero tono de tu cabellera.

—Nikolaj, es cosa de mujeres. No se me ocurrió.

Le regaló una sonrisa bien amplia y, de repente, pareció que el sol había salido en ese día nublado.

—Me encantaría que de aquí en más me cuentes todo, incluso lo que te parezca nimio o absurdo.

—El color de pelo es algo que habría comentado con mis amigas, incluso con algún amigo, pero en absoluto con alguien a quien recién estoy conociendo —explicó sincera.

—Por eso quiero habilitarte a que lo hagas conmigo, si no te molesta. Surgirán algunas diferencias entre nosotros porque provenimos de culturas diferentes, pero es bueno hablar con franqueza desde el principio así no hay confusiones.

María Cristina sonrió, sorprendida de que lo que para ella era una nimiedad, para él fuese algo importante. Él quería las cosas claras y verdaderas. Y le gustó. Mucho.

—Lo tendré en cuenta, Nikolaj, te lo prometo.

De pronto, una voz femenina anunció algo por el altoparlante del tren.

—¿Es también danés lo que se escucha?

Nikolaj emitió una leve carcajada y la miró con picardía. Dios, era tan hermoso que la dejaba sin respiración.

—Suenan terrible, ¿verdad?

—Bastante —concordó.

Se levantó del asiento cuan alto era, buscó la valija y cuando regresó, la tomó de la mano con firmeza para ayudarla a incorporarse. En ese instante, María Cristina supo que podría quedarse al lado de ese hombre sin chistar el tiempo que durara esa aventura. El confort y el calor de su mano le transmitían una paz y una seguridad que no había sentido con otro hombre.

—Llegamos a Aarhus —anunció Nikolaj.

En la terminal se apearon del tren y se dirigieron a la escalera mecánica que los llevó al primer piso. Un enjambre de personas, la mayoría rubias y altas, se desplazaban en todas direcciones, concentradas en lo suyo. Quedó impactada de la belleza de la gente, que se parecía muchísimo a los actores y actrices de una serie de televisión sobre vikingos, que había tenido mucho éxito a nivel mundial.

Los hombres, en su mayoría, eran muy altos y robustos; y las mujeres no se quedaban atrás. La gama de colores de ojos que predominaba era la de los azules y los verdes. Y Nikolaj destacaba de todos ellos por el cabello oscuro.

Caminaron con paso firme hacia otra escalera mecánica que, en vez de subir, los condujo al subsuelo donde se encontraba el estacionamiento de automóviles. Luego de pagar el parquímetro, Nikolaj la escoltó hasta un vehículo de tamaño mediano y de color gris. Como un verdadero caballero, le abrió la puerta del acompañante y cuando se aseguró de que ella tenía el cinturón de seguridad puesto, acomodó la valija en el baúl y se sentó frente al volante. La miró con una intensidad que la dejó perpleja y, muy serio, susurró:

—Estoy feliz de que estés aquí.

Y sin decir más, puso el coche en marcha y partieron hacia algún lugar.

CAPÍTULO 16

—Este es mi hogar.

Parada en medio del salón, María Cristina miró en derredor. La casa no era demasiado grande, pero lo suficiente como para que un puñado de criaturas pudiese disfrutar a pleno de ella. Le llamó la atención la cantidad de juguetes desparramados en una habitación y, de la misma manera, en una repisa, sobre la mesa, en un sillón, al lado del televisor y en varios otros lugares más. Sin ninguna duda, en aquella casa los niños ocupaban un lugar predominante. Parecía que Nikolaj era un padre presente y atento, porque cada uno de los adornos y los muebles parecían haber sido pensados para que los pequeños pudiesen gozar a pleno, lo cual sumaba muchos puntos a la indiscutible debilidad que María Cristina sentía por ese hombre. En realidad, necesitaba resguardarse porque no quería hacerse demasiadas ilusiones antes de que Nikolaj y ella aclarasen lo que pasaba entre los dos.

—Te pido disculpas por el desorden en la casa, pero trabajo muchas horas y no he tenido tiempo de acondicionarla como me hubiese gustado para recibirte —dijo Nikolaj desviando la dirección de sus pensamientos.

—No te preocupes, por favor. Me siento muy agradecida por tu hospitalidad.

—Cuando me escribiste diciendo que pararías en un hotel me pareció una locura porque, como verás, aquí hay espacio de sobra. Además, como sabes, mis hijos pasarán los quince días en la casa de su madre. —María Cristina asintió, consciente de que habían acordado no involucrar a los pequeñines en

este viaje—. A propósito, te he preparado tu habitación, que es la de ellos. ¿Tienes problema en dormir entre muñecos y trenes?

María Cristina rompió en una carcajada, que provocó otra en Nikolaj.

—No, claro que no. Está perfecto.

Nikolaj buscó la maleta y, con la mano libre, le señaló la puerta de una habitación. Cuando ambos ingresaron, María Cristina se topó con tres camas y, tal como Nikolaj había dicho, con un montón de otros juguetes.

—Ahora que veo semejante desorden, quizás sería mejor que durmieses en mi dormitorio y yo aquí. En verdad no estoy acostumbrado a recibir gente en mi casa, por lo que soy un pésimo anfitrión —explicó con tono apesadumbrado.

—No te preocupes, Nikolaj. ¡Me encanta esta habitación! —exclamó deteniendo su mirada en el techo, donde destacaba un juego de pegatinas del sistema solar, cuyos planetas emitían un brillo fluorescente. Y varios delfines.

—Mi hija Iben ama a esos animales y mi hijo Johan a los planetas —aclaró sonriendo.

—¿Y David?

—A las bicicletas.

Y sobre una repisa señaló varias de diferentes tamaños, materiales y colores, que conformaban lo que parecía una colección.

—Entonces elijo la cama de Iben —dijo María Cristina con afabilidad.

—Es tuya. —Ambos se quedaron mirándose como dos bobos, ajenos a lo que sucedía alrededor—. ¿Quieres tomar algo? —preguntó Nikolaj de súbito como si le hubiese costado una enormidad hacerlo.

—Algo fresco, por favor.

—¿Una cerveza?

—Me encantaría. Aunque temo que apenas termine de beberla caeré fulminada.

Nikolaj carcajeó por lo bajo.

—Entonces debes alimentarte bien. ¿Te parece que vaya a buscar unas

pizzas?

—Estupendo.

Ambos salieron de la habitación y en tanto María Cristina se sentaba en el sofá, Nikolaj se dirigió a la cocina para sacar del refrigerador una cerveza, que se la entregó en las manos.

—Mientras disfrutas de tu bebida, yo iré al barcito de la esquina donde hacen unas pizzas exquisitas, y vuelvo enseguida. ¿Tienes alguna preferencia?

—Que sea bien danesa.

—Perfecto.

Apenas Nikolaj dejó la casa, María Cristina inspiró muy profundo. Si lo que sentía en ese momento era lo que gobernaría sus actos durante los quince días, entonces ella tendría que tener mucho cuidado. No podía volver a enamorarse y sufrir como le había pasado con Matías. Entre Nikolaj y ella existía una distancia de dieciséis mil kilómetros, que constituía una verdadera dificultad para que pudiesen estar juntos algún día. En su país tenía una carrera en desarrollo, amigos, familia, apartamento y hasta un coche. Además, pertenecía a una cultura que parecía muy distinta a la de él. Entonces, ¿qué sería de ella si llegase a entregar su corazón a ese hombre?

Sacudió la cabeza y sorbió otro trago de cerveza. Era evidente que ella tenía que remitirse al presente y no detenerse a pensar en el futuro. De lo que sí estaba segura era de que no dejaría de disfrutar de ese momento. Uno, que estaba segura recordaría por el resto de su vida.

CAPÍTULO 17

—¿Te gustó el café?

—Riquísimo.

María Cristina y Nikolaj estaban arrellenados en el sofá del comedor luego de haber devorado la comida y reían a carcajadas de la aventura que María Cristina había vivido con los tailandeses en el avión.

Con lágrimas en los ojos por las risotadas, Nikolaj exclamó:

—Lamento que el viaje haya sido tan largo y accidentado. Debes de estar en verdad agotada. ¿Quieres ir a tu cuarto?

María Cristina se dio cuenta de que él preguntaba más por ser considerado que porque en verdad desease que se marchase. Lo notaba muy alegre y atento a cada movimiento que ella hacía.

—Me gustaría platicar un poco más contigo, Nikolaj.

Él le tomó la mano con fuerza.

—Es lo que más deseo.

Se acercó a ella y le quitó un mechón de pelo que le caía sobre un ojo. Su mirada, penetrante y aguda, parecía querer atravesarla como un rayo láser de un lado al otro del cuerpo. María Cristina aspiró el perfume varonil y, como nunca, fue consciente de la agitada respiración que hacía ascender y descender el pecho fuerte y musculoso. Apreció el color miel con motitas verdes de los ojos rasgados y la nariz pequeña, muy simpática, que encajaba a la perfección en el bello rostro.

Las manos de Nikolaj envolvieron sus mejillas y con suavidad acercó su

cara a la de él.

—Eres hermosa —murmuró con embeleso—. No sabes lo que he anhelado tenerte de esta manera.

—Yo también, Nikolaj —contestó María Cristina con un hilo de voz.

Él sonrió y, sin poder ni querer evitarlo, se dejó besar.

Sutiles y exquisitos, los labios de Nikolaj avanzaron sobre los suyos primero con cuidado, pero luego con urgencia. La abrazó como un poseso y la reclinó sobre los almohadones al mismo tiempo que le introducía la lengua en profundidad y jugaba con la de ella.

Hirviendo como si hubiesen caído en medio de una explosión volcánica, se tomaron de los cabellos y se tironearon un poco de ellos en una clara y fiera necesidad de saber que el pequeño dolor que se desprendía de ese acto les confirmaba que estaban ahí, que aquello era real y no un mero sueño.

Nikolaj la besaba hambriento. Inmersa en el perfume de la boca deliciosa, María Cristina se dejó arrastrar por el tremendo ciclón en el que sus emociones se hallaban sumergidas, girando a máxima velocidad, hasta que él la liberó y comenzó a llenarla de besos en el cuello.

—¡Dios! —lo escuchó gemir entretanto la observaba con los párpados entornados, como si enviase una promesa.

Se dejó mimar hasta que los dedos largos como los de un pianista le acariciaron los senos de modo muy suave.

—¡Nikolaj! —lo llamó por su nombre y se apartó un poco. Él parecía recién levantado de la cama, con el cabello revuelto y el brillo plácido de los ojos. Y cuando habló, su voz se asemejó a un ronroneo:

—Shhhh, Crissy, por favor, te respeto por encima de todo, ya deberías saberlo. El problema es que no puedo más; estás conmigo y quiero disfrutarte.

—Pero es que vamos muy rápido... —balbuceó.

—Te juro que no haré nada que tú no apruebes —susurró sobre su garganta a la vez que retiraba las manos de los pechos.

La miró como poseído hasta que se abalanzó de nuevo sobre sus labios y ambos cayeron despatarrados sobre el sofá. Nikolaj la engullía y ella se dejaba hacer porque en verdad le encantaba, e incluso su femineidad, húmeda y caliente, parecía prepararse para ese hombre. Pocas veces en su vida se había excitado de esa forma y se apreciaba diferente. Nikolaj descargó el cuerpo a lo largo del de ella, sostenido de los codos con la intención de no aplastarla, y las manos le envolvieron el rostro con firmeza para cambiar el ángulo de los besos y hacerlos más profundos.

Perdieron la noción del tiempo entre ardientes caricias y bocas ansiosas. A veces él chistaba y le sonreía o le mordía el labio inferior con delicadeza. Y ella no se quedaba atrás. Le revolvió el pelo con tal frenesí, que al final acabó pareciéndose al de alguien que había participado de una terrible pelea.

En una oportunidad, María Cristina sonrió y Nikolaj se detuvo en sus ojos sin quitarle las manos de las mejillas.

—¿Te das cuenta de que no me dejas la cara? —preguntó ella con picardía.

—No consentiré que te me escapes.

—No pienso hacerlo, Nikolaj. —Y volvió a reír.

Él la imitó y los dientes perfectos la deslumbraron como siempre.

—Te quedarás aquí conmigo, señorita Crissy Cipriano. Hasta que yo lo decida.

Y rompieron en una carcajada por el tono dominante que él había empleado.

—Mi boleto aéreo es para dentro de quince días, así que hasta entonces más te vale que me permitas vivir aquí.

—No sabes cuánto deseaba escucharte decir eso —masculló él, antes de abrir la boca grande e invadir la suya una vez más.

Y así pasaron otras tantas horas, hasta que María Cristina comenzó a demostrar signos de extenuación. A regañadientes, Nikolaj se levantó y reclinándose sobre ella la aupó con cuidado entre los brazos.

—¡Ey! —chilló María Cristina y se aferró a su cuello—. ¿Qué haces?

—Te llevo a tu cama. Debes descansar.

Contempló extasiada los labios inflamados de tantos besos y la melena desprolija producto de las apasionadas tironeadas y, sin dejar de mirarlo como una boba, se dejó transportar a la habitación de los niños, donde Nikolaj la acostó con cuidado sobre las sábanas. A continuación, se sentó a su lado y la observó con extrema ternura.

—Gracias, Crissy. —Los ojos de ella se iluminaron y con los dedos le acarició el rostro. Él acompañó el movimiento y apoyó la mejilla sobre la palma de la mano—. Me has hecho muy feliz —dijo en un susurro y se inclinó para besarla con extrema suavidad—. Ahora duerme.

Y sin esperar una respuesta, se levantó y apagó la luz. María Cristina se durmió de inmediato, consciente de que jamás en su vida se había sentido más dichosa.

CAPÍTULO 18

El canto de los pájaros y el aroma a flores y a frutas inundaron sus sentidos. Apenas abrió los ojos, María Cristina se topó con los planetas y los delfines que parecían observarla con curiosidad. Aspiró hondo y echó una mirada a su alrededor. Además de los juguetes esparcidos por todos lados, descubrió en una de las esquinas del cuarto un acuario con peces de colores que la noche anterior no había detectado.

Se tapó con el cobertor hasta el cuello y se recordó que no se encontraba en el apartamento de Paraná, sino en la casa de Nikolaj, rodeada por el jardín del que tanto habían hablado. Una deslumbrante sonrisa se dibujó en su rostro. ¡Por fin estaban juntos! Y se lo repitió varias veces hasta ser capaz de creerlo. Desde que había arribado a Dinamarca, él la había tratado con enorme respeto y con una pasión infinita. Y la había hecho sentir cuidada, mimada y protegida. Por esta razón, no pudo evitar preguntarse si Nikolaj podría llegar a ser como su primer esposo, quien durante el noviazgo había sido tan tierno y amoroso, pero cuando se casaron se había transformado en una persona por completo desconocida.

Sacudió la cabeza de un lado a otro. Necesitaba dejar de pensar en el pasado y centrarse en el presente. En ese momento, volvió a escuchar los pájaros y una paz absoluta cobijó su alma. Se levantó de la cama y de la valija apoyada en el suelo comenzó a extraer algo de ropa. Mientras lo hacía, detectó sobre una silla una bata de color blanca que de uno de sus bolsillos asomaba una nota:

“Pensé que te gustaría reunirse conmigo afuera envuelta en algo cálido y confortable.

Nikolaj”.

«¡Dios!», gimió por dentro. Si ese hombre continuaba de esa manera, sería imposible no caer rendida muy pronto a sus pies. Al colocarse la bata, tuvo la sensación de que un oso polar la abrazaba.

Cuando salió del cuarto, el aroma a café recién hecho y a pan horneado impregnó sus fosas nasales. Apenas dio unos pasos, divisó la cocina que, si bien no era demasiado grande, igual resultaba muy acogedora. Continuó su camino hasta llegar al comedor, donde se acercó a unos enormes ventanales que se extendían casi a lo largo de una pared con cortinas verticales blancas y a cuyo costado se hallaba una puerta arrimada a la mitad. Al atravesarla, los ojos y la boca de María Cristina se abrieron como platos al contemplar el jardín de Nikolaj y toda su hermosura.

No pudo contener las lágrimas al apreciar la exquisita belleza que ese hombre había creado con las manos y con el profundo amor que sentía por la naturaleza. El jardín era enorme, poblado de árboles de diversas variedades de coníferas y angiospermas como pinos, abedules, tejos, hayas, sauces y tulíperos así como otros árboles más pequeños que ella no conocía. Los cerezos de flor japonés se erigían en medio del predio atosigados de corolas rosadas, y los manzanos estallaban de capullos blancos.

La sensación que invadió a María Cristina al atravesar aquella puerta fue la de haberse sumergido en un mundo de fantasía, donde hadas y duendes descansaban en las diferentes ramas, algunas péndulas y otras erguidas, de los árboles y de los arbustos. Pero lo que terminó por conmoverla fue la mesa tendida para dos en medio de ese paisaje de ensueños. Sobre el mantel se podía apreciar té, café, variados tipos de frutas, pan caliente, mermelada y jugo, además de un jarrón de cristal repleto de flores que Nikolaj debía de haber cortado esa mañana.

—Bienvenida —le susurró una voz sensual al oído. Al volverse, María

Cristina se topó con el rostro sonriente del hombre con el que había soñado durante toda la noche y que la miraba con una intensidad que la desarmaba.

—Eso es... —balbuceó señalando la mesa con la mano.

—Para ti, Crissy. —E igual que la noche anterior, le tomó la cara entre las manos y la acercó para darle un beso en los labios—. ¿Te gusta? —preguntó con dulzura.

—¿Que si me gusta? —repitió ella con adoración—. Nikolaj, es lo más hermoso que alguien ha hecho para mí desde que tengo uso de razón. Me siento profundamente alagada y dichosa.

Apenas terminó de hablar, María Cristina le pasó los brazos alrededor del cuello y, en puntas de pie, le dio un beso en la boca. Él le envolvió la cintura con los brazos y la aproximó para devorarle los labios. Durante un rato permanecieron así, disfrutando de uno y del otro, hasta que el ruido del estómago de María Cristina provocó que ambos se separaran en medio de carcajadas.

—Ven —dijo Nikolaj tomándola de la mano—. Debemos hacer algo al respecto.

Cuando se sentaron a la mesa, Nikolaj comenzó a explicar lo que había elegido para el desayuno.

—Esto que ves aquí es un jugo hecho con las flores de mi jardín. —Y señaló con el dedo una jarra transparente.

—¿De cuál?

—De *Sambucus nigra*, el árbol que ves con las flores blancas tan bonitas —contestó apuntando hacia un rincón.

—¿Sauco?

—¿Qué? —La expresión del rostro de Nikolaj era de confusión.

—*Sambucus* es el nombre en latín y nosotros en mi tierra lo llamamos “sauco”. ¡Muero por probarlo!

Nikolaj asintió.

—Si quieres, algún día podríamos prepararlo juntos.

—Me encantaría de verdad —replicó María Cristina radiante—. También tienes manzanas en grandes cantidades.

—Y perales. No doy abasto con las mermeladas y las compotas que debo preparar a los niños para aprovechar las frutas que cosecho —aseveró entre risas.

—¿Te gusta cocinar?

—Sí, y se me da muy bien. Cuando los pequeños vienen a esta casa, me ayudan con las tareas. Somos un equipo. Si bien les cocino una dieta muy sana, también los consiento con una torta o panqueques con helado. Y adoran los *æbleskiver*.

—¿Y eso qué es?

—Algo así como buñuelos de manzana. Se suelen servir con mermelada de frambuesas y azúcar impalpable. Es una receta muy danesa.

—Deben sentirse muy felices de tenerte como papá.

Nikolaj sonrió ante el comentario de María Cristina y le acarició la mejilla con las yemas de los dedos. Se quedaron un instante mirándose como si no pudiesen tener suficiente uno del otro, hasta que el estómago de María Cristina volvió a importunar con su reclamo.

—¡Por Dios! Comienza a desayunar, Crissy. Necesitas alimentarte bien luego de un viaje tan largo como el que has tenido que soportar.

—¡Hay tantas cosas deliciosas!

—Quería recibirte como te mereces. Has atravesado el océano para venir a verme.

—Tú habrías hecho lo mismo que yo.

—Por supuesto. Y estoy seguro de que me hubieses alimentado muy bien en tu país.

María Cristina emitió una pequeña carcajada, que pareció resultar una melodía subyugante para Nikolaj pues sus ojos adquirieron un brillo muy especial.

—No soy muy buena cocinera —dijo con expresión de culpabilidad en los

ojos.

—No me importa —aseveró él y volvió a regalarle una enorme sonrisa.

CAPÍTULO 19

En medio del maravilloso jardín, María Cristina y Nikolaj compartían su primera comida juntos. Ella degustó asombrada los diferentes manjares y el jugo de sauco. Mientras lo hacía, ambos hablaban ininterrumpidamente, salvo cuando María Cristina no entendía alguna expresión o palabra, cosa que Nikolaj debía repetir o reformular varias veces hasta que ella entendía la idea general. El diálogo que mantenían era muy ameno y cualquier comentario que uno emitía era recibido por el otro con regocijo.

—¿Y cómo es tu relación con tu exesposa? —preguntó María Cristina.

Nikolaj se encogió de hombros y la miró con ternura.

—Ahora mejor. Al principio fue bastante dura, pero, poco a poco, lo fui superando. No estaba preparado para separarme. No lo había visto venir.

—¿Fue una decisión de ella?

—Sí. Supongo que nos casamos muy jóvenes. Ella tenía catorce años y yo dieciocho cuando la conocí. Creo que, en algún momento del camino, comenzamos a crecer por separado, y quizás ella lo pudo ver mejor que yo. Así que un día Clara me pidió el divorcio. Para mí fue como si el mundo se hubiese derrumbado sobre mí. No creo haber estado muy enamorado por ese entonces, pero soy un hombre que cuando contrae un compromiso, trata de mantenerlo hasta al final. Al menos quería saber que había luchado por ello, pero Clara ya había tomado la decisión. Y tú sabes, al principio viene el enojo y la furia, hasta que comienza a surgir la claridad. Gracias a Dios, pude darme cuenta de que debía seguir con mi vida y apuntalar a mis hijos. Ante la

negativa irrevocable de Clara de seguir acompañándome en una vida juntos, no me quedó más remedio que aceptarlo. ¿Qué más podía hacer?

—¿Tú y ella son amigos ahora?

—No, pero tenemos un trato cordial porque sabemos que estamos unidos para el resto del viaje por el amor a nuestros chavales. Es un hecho y debemos enfrentarlo de la mejor manera.

—Me gusta mucho la forma en que ustedes dos encaran las circunstancias. Hay muchos padres que piensan más en sí mismos que en sus criaturas cuando se separan o se divorcian. Por supuesto que hay casos en que los enfrentamientos son inevitables, pero igual, en algún momento los adultos deberían focalizarse en el bienestar de los niños y jamás utilizarlos como venganza o castigo para dañar al otro.

Nikolaj negó con la cabeza.

—De ningún modo ocurrirá eso con nosotros. La tormenta ha pasado y, como te he dicho, nuestro vínculo es cordial así que los pequeños se sienten seguros.

—¿Y qué me puedes contar de tus padres, Nikolaj?

La expresión grave en su rostro significó para María Cristina verlo suspicaz por primera vez.

—Viven en Alemania.

—Parece que la mayoría de los integrantes de tu familia han elegido mudarse de aquí.

—Quizás escapando de lo que hemos vivido —contestó con un tono de voz un poco amargado que hizo que el corazón de María Cristina se estrujase.

—¿Están juntos?

—No. Se separaron hace poco. En realidad, no entiendo por qué lo hicieron cuando son tan grandes.

—¿Los visitas?

—No tengo mucho contacto con ellos.

—Ah... —María Cristina se detuvo porque la expresión de Nikolaj seguía

siendo adusta y no quería mostrarse invasora.

—Pregúntame lo que quieras —la animó, como si hubiese captado lo que pensaba en ese instante.

—¿No fueron buenos para ti?

Nikolaj bajó la mirada y permaneció así durante un rato como si reflexionase acerca de qué contestar. De súbito elevó la mirada y la clavó sobre la de ella. Y como pasaba cada vez que lo hacía, se sintió atravesada de un lado a otro.

—Son muy especiales y, sinceramente, creo que hicieron lo que pudieron, aunque no siempre fuese lo mejor para nosotros. —María Cristina asintió y esperó. Era evidente que el tema le resultaba muy difícil y no quería presionarlo—. Se casaron muy jóvenes —dijo, de repente—. Mi madre era una de las mujeres más bellas de la pequeña ciudad donde ambos crecieron y mi padre era el típico *rebel boy* de aquellas épocas. Tocaba en una banda de música y, si bien no era muy bien parecido, tenía un cuerpo alto y bien formado, además de una personalidad avasallante que enloquecía a muchas chicas. Cuando conoció a mi madre, se obsesionó con ella y no se detuvo hasta conseguirla. Si bien al principio no se mostraba interesada en él debido a que muchos muchachos se disputaban sus atenciones, mi padre, territorial como era, fue eliminando a cada competidor hasta quedarse con el premio mayor. Tuvieron un corto noviazgo hasta que se casaron. Al principio las cosas iban muy bien, eran jóvenes, fuertes y llenos de hormonas. Tú sabes. —Sonrió—. Nos tuvieron a los cuatro, una niña y tres varoncitos, uno detrás de otro.

—¿Cómo se llaman tus hermanos? —Quiso saber María Cristina.

—Jasmin, Runne y Timmi.

—¿Quiénes son los mayores?

—Jasmin y yo.

—¿Y qué sucedió después? —preguntó curiosa.

—No recuerdo mucho de mis primeros años, salvo que después del

nacimiento de mi hermanito menor, Timmi, empezaron las peleas fuertes entre mis padres que llegaron a veces a la violencia física. —Nikolaj bajó los ojos, como si se sintiese avergonzado. María Cristina tomó su mano y él se la apretó fuerte con la suya—. Hasta que un día —prosiguió levantando la mirada—, cuando yo tenía cuatro años, mi madre dejó una carta en la cual informaba que se marchaba con otro hombre, como si nosotros cuatro no significásemos nada para ella. Mi padre se puso furioso y, ese mismo día, llamó por teléfono a tres de sus amigos para solicitarles que se hiciesen cargo de Jasmin, de Rune y de mí. Timmi iba a quedarse con él. Así que los tres fuimos a parar a tres hogares diferentes, ubicados en distintas partes de Dinamarca. Yo no sé cómo hizo mi padre con las autoridades danesas para que aceptasen ese hecho, ya que para esta cultura la protección de los niños es una prioridad absoluta. Quizás en esa época las leyes no eran tan estrictas como en la actualidad, pero la cuestión es que yo terminé bajo el “cuidado” —Y puso énfasis en esa última palabra— de una familia donde el hombre de la casa resultó ser un pegador. Y yo su *punching ball*. —A esa altura de la historia, María Cristina lagrimeaba impotente ante el dolor de Nikolaj. Se sentía devastada por lo que él y sus hermanitos habían debido atravesar—. Realmente, Crissy —continuó Nikolaj en tanto apoyaba la palma de la mano en la mejilla de María Cristina y le limpiaba las lágrimas con el dedo pulgar—, esa etapa de mi vida fue horrible y me ha dejado profundas heridas que he tratado de curar del modo que he podido durante estos años.

María Cristina hubiese querido levantarse de la silla y abrazar a Nikolaj, pero algo en su interior le decía que lo mejor en ese momento era escucharlo. Quizás hacía tiempo que no hablaba con alguien y ella estaba dispuesta a que él liberara de su interior ese caudal de sentimientos que debía de guardar en lo más recóndito de su alma.

—Pero no todo fue malo, Crissy —aseguró Nikolaj con una pequeña sonrisa—. Al cabo de un año, apareció mi abuela materna quien, apenas enterada de lo que nos había sucedido, vino a rescatarnos. No me preguntes

cómo lo supo, porque el contacto entre mi madre y mi abuela se había perdido desde hacía mucho debido a desacuerdos entre ellas, pero cuando apareció aquella mañana, para mí fue como ver a un hada madrina que venía dispuesta a luchar y a cuidar de nosotros. De esa manera, mi abuela nos llevó a Jasmin y a mí a su casa, porque mi hermano Rune permaneció en el hogar del amigo de mi padre, debido a que se sentía a gusto allí. Lo trataban bien y estaban contentos con él. Además, mi abuela no tenía mucho dinero, provenía de una familia de pescadores y había quedado viuda de muy joven. Se ganaba la vida vendiendo comida que preparaba a los vecinos, lo que le dejaba un margen muy justo para ser capaz de mantenernos.

»Crecimos bien con mi abuela; era muy austera y bastante medida en sus demostraciones de afecto, así que, aunque no recibimos muchos abrazos o mimos, aprendimos igual a ser personas trabajadoras y honestas. Mi abuela siempre estuvo para nosotros; nunca nos faltó techo, comida o espacio para jugar. Y a la hora de buscar afecto, Jasmin y yo lo hallábamos entre nosotros. Siempre estábamos juntos y solo lográbamos dormirnos con la presencia del otro. Así que, hoy en día, Jasmin y yo mantenemos un hermoso contacto. Nuestro pasado nos ha unido para siempre.

—¿Y cómo es tu vínculo con tus otros hermanos? —Quiso saber María Cristina, azorada por la historia tan dura que Nikolaj relataba.

Ante su pregunta este se encogió de hombros.

—Con Timmi no hay mucho trato, pero con Rune nos llevamos muy bien debido a que nos hicimos muy amigos cuando volvimos a reunirnos.

—¿Cómo es eso?

Observó cómo Nikolaj aspiraba muy profundo, como si con ello intentase ordenar las ideas.

—Un día, cuando yo tenía doce años, golpearon a la puerta de la casa de mi abuela y cuando esta la abrió, se topó con mis progenitores que llevaban de la mano a Rune y a Timmi. Ese día fue la última vez que vi a mi abuela, porque mi padre y mi madre nos llevaron a Jasmin y a mí con ellos, sin que mi

abuela pudiese hacer nada. Y al poco tiempo, murió.

—¡Dios mío! —exclamó María Cristina secándose el rostro con la yema de los dedos.

—Entre Rune y yo hay un año de diferencia de edad y por suerte tuvimos una muy buena química desde el comienzo. Si bien mi hermano tiene mucho temperamento también cuenta con un sentido del humor envidiable y es muy sagaz. En cambio, con el menor la relación fue siempre más difícil porque no hemos crecido tan unidos.

—¿Y Jasmin y Rune?

—Se llevan de maravillas —afirmó con una leve sonrisa.

—Entonces Jasmin, Rune y tú son los que, de alguna manera, han logrado permanecer juntos.

—Sí, aunque desde hace unos años viven en Holanda y no nos vemos tan seguido.

—Me da pena Timmi.

Nikolaj asintió.

—Lo sé. Hemos procurado integrarlo, pero con el único que se da es conmigo.

—¿Y cómo fue vivir con tus padres luego de tantos años de no haberlos visto?

—Terrible, porque eran un par de extraños para mí. Además, aunque mi madre había regresado al lado de mi padre, ellos aun debían aprender a perdonarse mutuamente. Y no fue fácil, porque se comportaban como niños; las peleas y los insultos nunca cesaron ni tampoco las reconciliaciones exageradas.

»Pero en medio de esto, encontré un amigo: Henrik. —Al pronunciar ese nombre, el rostro de Nikolaj se iluminó—. Cuando lo conocí, yo tenía trece años y él dos años más. Con el paso del tiempo, se transformó en un hermano mayor para mí. Tenía mucho carácter y adoraba las motos. Pertenecía a un grupo de motoqueros que le daba cierto prestigio, aunque más de una vez

había regresado a su casa bastante lastimado debido a las peleas en las que se había implicado para poder decidir quién ocuparía la supremacía. Yo no entendía ese mundo, así que jamás me involucré en él. Pero agradecía la amistad de Henrik. Podía llegar a ser el tipo más feroz del mundo si estaba encolerizado, pero si se sentía de buen ánimo era el más simpático y generoso. Por eso, cuando entré en crisis a raíz del regreso de mis progenitores y de la imperiosa necesidad de aprender a vivir y a aceptar mi nueva realidad con ellos y mis hermanos, la aparición de Henrik fue como un bálsamo; a pesar de sus locuras, él me entregaba cada día algo muy valioso que yo clamaba con desesperación: estabilidad.

»Me pasaba a buscar todos los días por la escuela e íbamos a diferentes lados. Me presentó a sus amigos y, de a poco y sin darme cuenta, me fue inculcando el amor por las motos. Henrik tenía una Harley Davidson que adoraba con locura y yo, gracias a trabajos esporádicos que conseguía para juntar dinero, llegué a comprarme una Honda Goldwing. También me introdujo a su madre Irene, quién era viuda y no tardó en cobijarme bajo su ala. Así, poco a poco, el hogar de Henrik se convirtió en el mío. Iba a cenar a su casa e Irene me esperaba con los platos que sabía a mí me encantaban. Ella tenía una comunicación bastante fluida conmigo y me escuchaba con atención. Además, Henrik y Jasmin se pusieron de novios, todo lo cual contribuyó a que yo empezase a sentir que, por primera vez en muchos años, mi vida empezaba a ir mejor. Pero un par de años después ocurrió un hecho fatal: Irene murió.

María Cristina se sonó una vez más la nariz. Su Nikolaj era un verdadero sobreviviente y en ese momento, un sentimiento muy cálido y nítido comenzó a fermentar en el interior de su corazón: admiración. Una muy profunda, por ese hombre sentado frente a ella y que parecía haber crecido demasiado de golpe siendo aún un niño.

—Como te imaginarás, su muerte significó otro duro golpe para mí. —Al decir esto, los ojos verdosos se impregnaron de una leve humedad—. Porque

la quería como a una madre. Una, que había llegado a reemplazar a la mía propia, como también lo había hecho mi abuela. A partir de ese día, mi mundo colapsó. Para peor de males, una noche Henrik, que también estaba devastado, se emborrachó y terminó teniendo una aventura con una mujer que provocó que Jasmin rompiera la relación con él. Atormentado, mi amigo intentó todo y más por recuperarla, pero mi hermana nunca quiso regresar a su lado. De esta manera, Henrik perdió el norte por completo. Se involucró en muchas peleas con motoqueros de otros bandos y, aunque sufría de diabetes, en vez de cuidarse se dedicó a consumir drogas y a ingerir cantidades exorbitantes de alcohol, que en poco tiempo lo llevaron a transformarse en una persona con la cual dejé de tener cosas en común. Y nuestra amistad se resquebrajó. Un par de años después, mientras me encontraba en Holanda visitando a Jasmin y a Rune, recibí un llamado en el que se me avisaba que Henrik había muerto de un ataque cardíaco.

María Cristina no pudo evitar emitir un sollozo ahogado en el instante en que las lágrimas de Nikolaj empezaron a desbordarse.

—Aquello fue el final —dijo con voz grave—. Y Jasmin y yo quedamos desolados. En el velatorio, los hermanos de Irene me hicieron entrega de la moto Harley Davidson de Henrik explicándome que ese había sido su último deseo antes de morir. —Nikolaj se detuvo para limpiarse con los dedos de las manos la humedad que se deslizaba sin control por sus mejillas—. Como te darás cuenta, Crissy, lo que te he contado te dará una idea acerca de por qué tengo tanta aversión al abandono.

Sin decir una palabra, María Cristina se levantó y rodeándole el cuello con los brazos, se inclinó y lo besó en la boca.

CAPÍTULO 20

Las caricias de los dedos que recorrían de arriba abajo y con delicadeza su espalda la hicieron ronronear, en tanto la respiración de ambos volvía a acompasarse. Sudados y doloridos yacían en silencio luego de infinitas horas de hacer el amor en donde habían llegado a experimentar una comunión casi mística.

María Cristina recordaba que apenas había besado a Nikolaj, este se había levantado de la mesa con ella entre sus brazos y se habían dirigido a la habitación de él donde, entrelazados y sin dejar de engullirse con la boca, habían caído rendidos sobre la cama enorme. Y como dos almas engarzadas, habían dado rienda suelta a la pasión contenida durante meses. Nunca en la vida María Cristina hubiese imaginado que podía llegar a ser tan exigente entre las sábanas, pero Nikolaj, con su enorme generosidad y entrega, había logrado sacar lo mejor de ella, pero también lo más salvaje. Durante la noche, él se había sumergido por completo en su interior y, mientras la cabalgaba, le había hablado al oído entre suspiros agitados con la intención de hacerla estallar de gozo y libertad.

—Vuela, ángel, vuela donde quieras, pero al final regresa a mí.

Aquellas palabras habían sido mágicas para María Cristina que, arqueando la espalda, había permitido al miembro de Nikolaj ingresar por completo en su cuerpo y a su boca degustar con devoción los pechos redondos y erguidos que había entregado como una ofrenda sensual.

—Amo tus senos, Crissy —había susurrado Nikolaj a la vez que se llevaba

uno de ellos a su boca. La lengua grande había mimado primero a uno y después al otro, y las manos juguetonas los habían empujado al centro para introducirlos mejor en la cavidad caliente y húmeda. Y María Cristina había gemido de pasión.

Sus pechos habían sido siempre el gran punto G y Nikolaj, que lo había descubierto enseguida, se había pasado las horas adorándose los. En un momento y con renuencia, se había alejado un poco de ella para ayudarla a sentarse a horcajadas sobre él. En esa posición, le había doblado con suavidad los brazos hacia atrás y los había retenido con una mano para contemplar goloso las aureolas pálidas a las que volvió a saborear con ansias, sin dejar de moverse en su interior. Y un ahogado sollozo había salido de su boca. Como si ese sonido lo hubiese excitado a extremos salvajes, Nikolaj la había tomado de la cabellera y le había estirado la cabeza hacia atrás para exponer su cuello de marfil al que había llenado de besos jugosos y hambrientos. Sin demora, la había recostado sobre las sábanas y, moviéndose como una serpiente sobre su cuerpo, había adorado cada uno de sus rincones.

—¡Dios, Crissy! Me vuelves loco... —había exclamado sobre sus pezones.

Perdidos en un sexo irrefrenable, Nikolaj le había estirado los brazos por encima de la cabeza y, apresándole las muñecas con firmeza, había continuado con su implacable tortura. María Cristina había intentado soltarse de las manos que la retenían, pero Nikolaj era de hierro.

—No —le había advertido—. Quiero mimarte otra vez.

Y la había embestido con tal frenesí, que ella no había dudado de que pronto se desintegraría en millones de pedazos. Las estocadas habían cobrado tal fuerza que el sello de Nikolaj, estaba segura, había quedado impreso en el interior de su cuerpo. Aún atrapada de las muñecas, se había deleitado observando los ojos entornados de Nikolaj que la habían mirado con profunda intensidad entretanto el sudor le había caído chorreando por el rostro. Y ella había sonreído, consciente de que no era la única que estaba envuelta en brasas.

Cuando él le había devuelto la sonrisa en una mueca de pura excitación, María Cristina había sabido que el viaje en el que se habían embarcado llegaba a su final. Escabulléndose de la presa de sus manos, se había incorporado y envolviendo los brazos alrededor del grueso cuello, había apoyado la barbilla sobre el hombro musculoso. Al estallar en un orgasmo, sus dientes se habían clavado en la carne maciza que, al tacto, había parecido de seda. Y junto a ella, Nikolaj había bramado su propia culminación.

Por completo mojados y extenuados luego de más de veinticuatro horas de maratón sexual, María Cristina se había refugiado en el abrazo enérgico de Nikolaj en donde se había sumergido en una profunda paz.

María Cristina cerró los ojos, y supo que muy pronto se quedaría dormida. A lo lejos y antes de caer en los brazos de Morfeo, escuchó la voz de Nikolaj que le decía en un susurro:

—Muy pronto tendremos que hablar.

CAPÍTULO 21

—**C**reo que ha llegado el momento. ¿Me equivoco?

Yacían acostados en la cama y se contemplaban con intensidad.

—No, Nikolaj.

Él inhaló profundo, como si estuviese preocupado. Y María Cristina lo comprendía porque se sentía igual. Hacía diez días que habían dedicado cada día, cada hora y cada minuto a conocerse en los diferentes aspectos de uno y del otro. Habían salido a diferentes lados como museos, cines, teatros y hasta habían navegado en el Mar de Categat en un velero rentado, donde habían aprovechado a beber tequila como alguna vez habían fantaseado hasta que habían caído agotados haciendo el amor en medio del mar con una puesta de sol maravillosa de fondo.

Nunca habían tenido una discusión o un mal momento, es más, en ese tiempo se habían sorprendido de lo bien que congeniaban y de cuántos valores similares compartían. De la misma manera que la primera mañana en el jardín de la casa de Nikolaj, en los días siguientes habían continuado dialogando durante horas donde cada uno le había explicado al otro sus fortalezas y sus debilidades. También María Cristina le había solicitado a Nikolaj permiso para ver la pintura del ángel que él guardaba en el altillo de su casa, y cuando la había tenido al frente, no había podido evitar emocionarse. Esa imagen se había convertido en un símbolo para los dos ya que se habían prometido echar mano de ella cada vez que necesitasen recordar que debía de existir un propósito para que pudiesen estar juntos. Por

eso Nikolaj le había confesado que la primera vez que sus cuerpos se habían unido, la había llamado “ángel” y le había pedido que volase para que lo antes posible pudiese regresar a él.

Y una unión que se había iniciado en una nube de incertidumbres podría llegar a tornarse en algo palpable y capaz de ser fortalecida a partir de ese instante.

—Quería que estuvieses lista para hablar de nosotros.

—Lo sé y te lo agradezco —murmuró ella.

—¿Qué contestarías si te dijese que quiero intentarlo? —María Cristina lo miró conteniendo el aire en los pulmones—. Me refiero a nosotros. —Y señaló con el dedo a ambos.

Aliviada de escuchar que Nikolaj parecía sentir lo mismo que ella con respecto a la relación, dejó exhalar el aire.

—Sin ninguna duda que sí. —Y su sonrisa se tornó resplandeciente.

Sin embargo, Nikolaj no dejaba de mirarla con seriedad.

—Ello implicaría que uno de los dos debería renunciar a la vida en su país.

Apenas lo escuchó, María Cristina sintió que los nervios se apoderaban de ella. De súbito, la idea de mudarse de su tierra no le atrajo demasiado. ¿Qué podría hacer ella en un país tan lejano, en el cual se hablaba una lengua tan diferente? ¿Y los afectos? ¿Y sus sobrinos?

—¿Quizás tú...? —se atrevió a preguntar, pero la voz de Nikolaj no la dejó culminar la frase.

—Tengo tres hijos pequeños, Crissy.

En ese segundo, María Cristina supo que Nikolaj no se aventuraría a irse de Dinamarca. Y pudo entenderlo.

—Es que están Lara, Xavier y Axel...

—Ellos no son tuyos —lo oyó decir con suavidad, pero también con contundencia.

—Es como si lo fueran.

Nikolaj emitió un suspiro. Parecía querer encontrar la mejor manera de

decirle lo que pensaba.

—Si yo no tuviese niños, Crissy, te juro que no dudaría en mudarme enseguida a tu tierra, pero los tres son mi realidad y nunca los abandonaré. Además, Clara vive aquí y no me permitiría llevarlos conmigo. Y no sería lo justo para ellos.

Nikolaj le hablaba de tres pequeñines que ella no conocía y, de repente, sintió el peso de una decisión que recaería más sobre ella que en él. Y se sintió sofocada. Era plenamente consciente de que en ninguna circunstancia le pediría a Nikolaj que abandonase a sus hijos, pero aun así no podía evitar sentirse en una encrucijada ya que tarde o temprano los acontecimientos exigirían de ella un precio a pagar.

—Lo sé, Nikolaj.

—Pero sientes que esto te queda grande —dijo cauteloso.

—En realidad, me voy dando cuenta de que debo renunciar a muchas cosas si aspiro a la felicidad. Y necesito reconciliarme con ello.

—¿Qué sientes en verdad por mí, Crissy? —preguntó Nikolaj escrutándola con mucha atención.

Aquello la alteró porque no era la mejor persona para expresar lo que sentía.

—Me gustaría que fueses tú quien dijese primero lo que habita en tu corazón.

Él se acercó, le enmarcó el rostro con las manos y acercó la boca a la suya.

—Te adoro y quiero que estés conmigo. Anhele que me acompañes en este viaje junto a mis chicos y a los que pudiesen venir, si así lo deseamos.

Los ojos de María Cristina se llenaron de lágrimas. Aquel hombre llegaba al fondo de su alma.

—Yo también te adoro, Nikolaj.

Los ojos miel con motitas verdes se iluminaron y su brillo la subyugó.

—Entonces te ruego que vengas a vivir conmigo a Dinamarca, Crissy.

—Yo...

—Pídeme lo que quieras, que te lo concederé —murmuró con afán sobre sus labios—. Te lo prometo. Lo único que no puedo brindarte es que vivamos en tu país. Pero si haces ese enorme sacrificio por mí, te lo recompensaré toda la vida y me aseguraré de que seas la mujer más feliz de la tierra.

María Cristina tragó en seco.

—Mi gran problema son mis sobrinos. Puedo dejar mi trabajo, mi gente, mi apartamento, pero ellos...

—Podrás ir a visitarlos las veces que quieras. También te obsequio pagarles los pasajes cuando ellos deseen venir a verte.

—¡Nikolaj! —exclamó y las lágrimas se desbordaron de sus ojos.

—Préstame atención, por favor. —Y le acercó el rostro aún más, como si con la mirada quisiera grabarle las palabras en sus pupilas—. No nado en la abundancia, pero quiero entregarte lo mejor. Y si te atreves a llevar a cabo lo que te estoy suplicando, seré el hombre más afortunado del mundo —susurró mientras le limpiaba las mejillas con las yemas de los dedos—. Soy consciente por completo de que no cualquier mujer apostaría por el amor que te ofrezco, Crissy, porque el costo es demasiado alto. Pero pondré todo lo que tengo a tu disposición para hacerte la persona más dichosa, mi amor.

«Mi amor», repitió conmovida. Era la primera vez que la llamaba así y se sintió humilde.

—No sé si podría trabajar de lo mío aquí.

—Eres una chica muy capaz, Crissy. Estoy seguro de que conseguirías lo que quisieras en estas tierras. Pero primero deberías aprender el idioma.

—¡Dios!

—Di que sí, mi amor. Quiero que tú y yo formemos una familia con mis hijos y los que puedan llegar.

Con el rostro aún cobijado por las manos de Nikolaj, María Cristina bajó la vista y el llanto volvió a caerle a raudales.

—Por favor, Nikolaj, escúchame —pidió casi sin aliento y lo miró de nuevo—. No hay otra cosa en el mundo que desee más que estar junto a ti. Pero lo

de formar una familia me inquieta un poco.

Él sonrió y le dio un beso cálido en los labios.

—Mi vida, porque hayas tenido una mala experiencia con una persona que no merecía tu amor, no significa que vivirás algo similar. Menos conmigo. Nunca en la vida te haría daño, Crissy. Quiero tenerte conmigo y por ende averiguaré con las autoridades de aquí los requisitos que exigen para que puedas ingresar a Dinamarca de forma permanente.

Ante un mensaje tan contundente, María Cristina sabía que no tendría muchas alternativas. Amaba a Nikolaj y a su lado los miedos perdían fuerza.

—Está bien, hazlo. Y veamos cuáles son nuestras posibilidades.

—Las que nosotros decidamos.

—¿No podríamos empezar por disfrutar de que tú y yo hemos decidido intentarlo?

Nikolaj emitió una sonora carcajada.

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo, mi ángel.

Y se lo demostró con avidez en las siguientes horas.

CAPÍTULO 22

Uno al lado del otro y con las manos entrelazadas, Nikolaj y María Cristina se encontraban sentados en la sala de espera del aeropuerto de Copenhague a la espera de la llamada por los altavoces del vuelo hacia Buenos Aires.

María Cristina seguía con el nudo en la garganta que se había instalado en ella desde la madrugada, cuando los dos se habían levantado después de haber pasado gran parte de la noche haciendo el amor. Se habían unido de todas las maneras posibles, a veces feroces, otras muy dulces, en honor al vínculo que se había plasmado durante esos días y que había dado como resultado un acuerdo que les había producido una gran alegría.

Haber vivido esa experiencia había dejado perpleja a María Cristina, porque aún no entendía cómo en tan poco tiempo Nikolaj y ella parecían haberse enamorado de uno y del otro con locura ¿Podía ser real? ¿Y cuándo volverían a verse? Ella ya no podía tomarse más días libres en el trabajo hasta el año entrante, así que lo único que se le ocurría era que ambos deberían esperar al menos seis meses para poder ser capaz de estar juntos otra vez.

Pero había algo que le preocupaba. Si bien Nikolaj le había dicho muchas cosas hermosas acerca de lo que esperaba del futuro de los dos, no estaba por completo segura de que él pudiese mantener su palabra. ¿Y si se arrepentía apenas ella hubiese partido hacia Buenos Aires?

Movió la cabeza de un lado a otro, consciente de que su vida en ese momento era una montaña rusa de pensamientos y emociones. Como si Nikolaj lo hubiese presentido, las dos manos de él la tomaron de la nuca y la

obligaron a mirarlo a los ojos. Al hacerlo, María Cristina se quedó sin aliento. Ese hombre era un hechicero. La energía que desprendían sus ojos era tan cálida y vibrante, que parecía pulverizar cualquier pensamiento o sentimiento de duda que hubiese habido en su mente y en su corazón.

Y frente a la mirada de los demás, Nikolaj se sentó a horcajadas sobre ella con las piernas flexionadas y apoyadas sobre los aceros que mantenían unidas de los costados a las sillas, para evitar que el peso de su cuerpo recayera sobre el de María Cristina. Con el rostro a poquísimos centímetros del de ella, Nikolaj le susurró con voz controlada y firme:

—Serás mi esposa, Crissy. —Y con las yemas de los dedos le acarició la frente y las mejillas.

Los ojos de María Cristina, repletos de lágrimas, escrutaron los de Nikolaj con intensidad. Sus palabras la mantenían suspendida en una burbuja de energía que envolvía y aislaba a ambos de todo alrededor. Anonadada, asintió y los ojos de él la indagaron con adoración.

De repente, una voz por el altavoz rompió el sagrado momento al anunciar que los pasajeros del vuelo con destino a Buenos Aires deberían dirigirse a la puerta de embarque. Nikolaj le tomó la barbilla con una de las manos.

—Por favor, deseo que digas con palabras lo que tu cuerpo ya ha aceptado —pidió en voz muy baja pero firme.

—Seré tu esposa, Nikolaj.

Apenas hubo dicho esto, los ojos cautivadores de él se cuajaron de lágrimas. Y María Cristina prorrumpió en un sollozo.

«¿Por qué debían separarse?», pensó desesperada. Ambos se abrazaron con fuerza y a continuación se besaron como locos, ajenos a lo que sucedía en torno a ellos.

—Te quiero —le decía Nikolaj mientras enjuagaba su llanto con los dedos pulgares y volvía a besarla, esa vez con extrema dulzura. Ella, por completo devastada, se aferró a la espalda musculosa. Fue un beso largo, sentido y lleno de promesas. De esos que ninguno podría olvidar.

Cuando la voz hizo un nuevo llamado a los pasajeros intentaron apartarse, pero al escrutarse una vez más, las lágrimas de Nikolaj se desbordaron.

Y volvieron a arrojarse uno en brazos del otro.

—No quiero irme —gemía María Cristina sobre el cuello de Nikolaj.

—Entonces quédate —musitó él al oído, con la cabeza enterrada en su cabello.

—No me lo permitirían las autoridades.

—Lo sé —susurró.

Sabiendo que no quedaba otro remedio, Nikolaj se bajó de encima de ella y la ayudó a levantarse. Le envolvió el cuello con los brazos y la aproximó contra él.

—Esto no es un adiós, mi amor. Es un hasta pronto —le dijo con la voz atragantada.

Sin dejar de moquear, María Cristina asintió. Era incapaz de imaginarse cómo podrían separarse cuando el torbellino de emociones los sacudía de tal manera que sus corazones parecían a punto de explotar.

Pero Nikolaj resultó más fuerte que ella y con una sonrisa entre lágrimas murmuró:

—Ve, mi ángel.

—Oh, Nikolaj, no —gimió ella y se limpió el llanto con el dorso de la mano.

—Ve —la alentó sin dejar de sonreír.

—No puedo —contestó sacudiendo la cabellera de un lado a otro.

—Cuanto antes te vayas, más rápido volveré a tenerte.

Con esas palabras, María Cristina supo que Nikolaj tenía razón y que había llegado el momento de partir. Era el primer paso que tenía que dar para algún día volver a reunirse con ese ser que la miraba con tanto amor. Lo besó otra vez y, al hacerlo, Nikolaj la estrujó en un abrazo apasionado. Sollozaron como adolescentes hasta que, poco a poco, ella logró alejarse y en tanto le enviaba un beso con los dedos, se dirigió a las escaleras mecánicas ubicadas

al frente. Cuando puso los pies en los escalones y empezó a ascender, se volvió y contempló a Nikolaj alzar la mano al mismo tiempo que su figura comenzaba a desaparecer. Al devolverle el saludo, él rompió en llanto como un niño. Y María Cristina creyó morir. Le fue imposible controlar el aluvión de lágrimas que salieron de lo profundo de su alma y un joven que subía a su lado la observó apenado.

—Yo amo a ese hombre —le dijo María Cristina entre hipidos. El sujeto hizo un amague de sonrisa, pero de inmediato bajó la mirada, como si no quisiese participar de tal intimidad.

Desconsolada, se le vino a la mente la espantosa idea de que quizás esa sería la última vez que vería a Nikolaj. Y un miedo atroz la invadió. Cuando la figura de él se esfumó casi por completo, se sintió vacía, como si una parte de ella se hubiese quedado con él. Sacudió la cabeza de un lado a otro, tratando de desterrar esa imagen y en su lugar pensó en el ángel que, como había acordado con Nikolaj, le recordaba que lo que había conspirado para reunirlos debía de ser verdadero. Había habido tantas señales, que no podía tratarse de un error o de una absurda casualidad. Debía existir algo digno de ser descubierto, y ella no pensaba detenerse hasta conseguirlo.

En ese preciso instante, María Cristina rogó al alma de Nikolaj que la acompañase. Volvió a limpiarse las lágrimas, que seguían derramándose sin control. Miró una vez más hacia atrás en un intento por encontrar los ojos hipnotizantes, aunque supiese que era un imposible. Y como lo había sospechado, Nikolaj había desaparecido.

Con un pañuelo se sonó la nariz antes de llegar al control policial. Cuando los agentes fueron testigos de su desconsuelo, parecieron no saber qué hacer. Una mujer bastante joven le pidió el pasaporte y la tarjeta de embarque mientras la ayudaba a depositar el bolso de mano en la cinta de control. María Cristina revolvió la cartera en busca de lo solicitado, pero, sumergida en su congoja, resultaba una tarea por completo inabordable. Y la muchacha se apiadó de ella:

—Adelante, por favor.

—Pero no he entregado lo que usted...

—No se haga problema —la interrumpió la policía con seriedad—. Siempre es posible hacer una excepción. Siga.

Profundamente agradecida a esa buena mujer, María Cristina así lo hizo.

CAPÍTULO 23

—¡Mi amor, llegué muy bien! —dijo María Cristina que yacía entre las sábanas.

La noche anterior, después de haber arribado al aeropuerto de Buenos Aires, se había tomado un taxi a la casa de Graciela, una buena amiga de la escuela de su hermana Anastasia, que era ingeniera química. Ni bien había ingresado al apartamento, había caído fulminada en la cama y esa mañana, apenas abiertos los ojos, había llamado a Nikolaj.

—¡Me haces muy feliz, cielo! —contestó este aliviado—. No me había gustado la forma en que nos habíamos despedido y tenía miedo de que algo se hubiese alterado después del viaje.

—¿Piensas que he cambiado de parecer? —preguntó asombrada. Nikolaj parecía manifestar el mismo temor que ella había sentido en las escaleras mecánicas en Copenhague.

—Espero que no.

—¿Y tú?

—¡En absoluto! Pero necesito saber que seguirás a mi lado aun cuando lo que tengamos que atravesar para poder estar juntos sea difícil.

—Te adoro, Nikolaj. No dudes más, por favor.

Escuchó el suspiro de desahogo al otro lado de la línea.

—Entonces hay mucho por hacer, mi amor —murmuró.

—¿Por dónde te parece que debemos empezar?

—He comprado un pasaje para Argentina.

—¿Cómo? —exclamó circunspecta.

—En un mes y medio estaré allí.

—¿Me lo dices en serio? —La felicidad de María Cristina era tal que apenas si lograba articular una palabra.

—Sí. Quiero reunirme con tus padres para que ellos sepan quién soy yo.

—¡Nikolaj! Me haces acordar a cómo se manejaban los hombres en la época de mis abuelos.

Oyó la carcajada del otro lado del teléfono y no pudo evitar hacer lo mismo.

—No me importa que me tildes de anticuado. De hecho, nuestra unión amerita que haga un viaje hacia tu país. Anhelo saber todo lo referente a tu mundo: amigos, trabajo, familia, ¡tus benditos sobrinos! Fuiste en extremo generosa al venir a visitarme y embeberte de mi realidad.

—Me faltó conocer a tus hijos, Nikolaj.

—Lo sé, mi amor. Será lo primero que hagas apenas regreses. Como no tenía ninguna duda de que los pequeños se encariñarían contigo, no podía permitir que algo así sucediese sin antes estar seguro de lo que pasaría con nuestra relación.

—Los protegiste, Nikolaj. Y eso me encanta.

—Gracias por entender, Crissy. Pero ahora escúchame: la semana que viene tengo turno con el Ministerio de Integración para interiorizarme acerca del permiso que necesitas para ingresar al país. No quiero que exista ningún obstáculo a la hora de decidir tu venida.

—Como recién he llegado, aún no he hablado con nadie acerca de nuestros planes, Nikolaj. De verdad, no sé cómo caerá la noticia.

—Por eso quiero estar ahí contigo. Y mi viaje tiene como propósito afianzar nuestro vínculo en los diferentes frentes. No estás sola, mi amor.

—Lo sé y es lo que tanto me enamora de ti.

La conversación se vio interrumpida por el timbre de la puerta.

—Nikolaj, están llamando. ¿Me esperas?

—Tengo una montaña de trabajo, mi ángel, así que ve a atender y

hablaremos más tarde.

—¡Te quiero!

—Yo también, mi amor. Pronto estaremos juntos.

—¡Claro que sí! Uy, tocan otra vez. Me voy.

Apenas colgó, María Cristina se levantó como una tromba de la cama y se vistió con una bata que encontró sobre una silla y que debía ser de Graciela. Se dirigió a la puerta, y después de pispear por la mirilla, la abrió.

—¡Tíaaaaa! —gritaron sus tres sobrinos que se abalanzaron sobre ella y la estrujaron en un fuerte abrazo.

—¡Cuánto los extrañe! —exclamó devolviendo el cariñoso apretón.

—No llegamos a tiempo para buscarte en el aeropuerto, pero estamos aquí y luego de asegurarnos de que hayas comido algo, saldremos para Entre Ríos —anunció Anastasia, que ingresaba por detrás de los niños y la abrazaba dándole un beso en la mejilla—. Por Dios, ¡tienes que contarme cada detalle!

—¡A nosotros también! —Las criaturas se rieron al ver cómo las mejillas de ella se ponían como tomates.

—Antes que nada, hermanita, gracias por ayudarme con Nikolaj cuando había perdido el vuelo —expresó María Cristina con un mohín de gratitud.

—De nada, loquita —dijo Anastasia asintiendo con cariño—. Voy a hacer café así que ve a arreglarte. Te esperamos aquí. —Y sin más se perdió en la cocina desde donde comenzó a escucharse el ruido de las puertas de las alacenas que se abrían y se cerraban.

—Me doy una ducha rápida —avisó y antes de enfilarse hacia el cuarto de baño, le guiñó el ojo a los tres pequeños, que no habían perdido tiempo en apoltronarse en el enorme sofá de la sala.

Mientras se enjabonaba el cabello, María Cristina pensaba en cómo informaría a su familia acerca de la decisión que Nikolaj y ella habían tomado. Solo pensar en abandonar a los pequeñines y que Anastasia pudiese quedarse muy sola, la mortificaba por sobre manera.

Hacía tiempo que María Cristina se había acostumbrado a vivir sin ningún tipo de compromiso, salvo el laboral, por lo que saber que Nikolaj la esperaba en Dinamarca la llenaba de una dualidad de sentimientos. Por un lado, odiaba la idea de dejar a sus sobrinitos y a su vida en Argentina, pero por otro, su corazón se henchía de felicidad al imaginar un futuro con Nikolaj. Quizás todo aquello parecía apresurado, pero ¿qué podía hacer? Nikolaj era como una topadora, y una vez que se había puesto una meta en la cabeza, no se detenía ante nada hasta conseguirla. Y en este caso concreto, el objetivo de Nikolaj era llevarla a ella a vivir con él.

Igual, María Cristina era consciente de que la razón fundamental por la que quisiese partir hacia el país escandinavo era el enorme amor que su corazón albergaba por Nikolaj y que crecía de manera exponencial con cada uno de los actos de él. ¿Qué otro hombre habría querido venir a su país para conocer a sus padres? Era algo nuevo y le llenaba el alma.

Apenas cerró el agua de la ducha, comenzó a secarse el cuerpo y la cabellera con unas toallas. Luego se vistió y salió del baño. En la sala se encontró con Anastasia y los niños que la esperaban con la mesa preparada con un pequeño refrigerio.

—Esto es perfecto —dijo y se sentó sabiendo que su hermana la miraba con picardía.

—Graciela tuvo que salir esta mañana para Francia —informó Anastasia a la vez que le servía una taza de té—, así que me rogó que te dijera que se sentía muy apenada por no haberte recibido como hubiese deseado. Como sospecharás, no pude evitar contarle las últimas novedades sobre ti, de las cuales se alegró muchísimo.

Se detuvo para sorber de la taza, entretanto los chavales untaban sus tostadas con manteca y mermelada.

—Estoy muy agradecida de que me haya dejado venir a su apartamento. Mándale, por favor, muchos cariños cuando hables con ella.

—Lo haré. Pero ahora te pido que nos cuentes acerca de cómo fueron las

cosas con Nikolaj. —Cuando María Cristina contempló el brillo que despedían los ojos oscuros de su hermana, supo que debía ser sincera por completo.

—Estoy enamorada, Anastasia. Y si a través de los correos y el teléfono sospechaba que Nikolaj era una persona maravillosa, pues déjame decirte que en persona es mil veces mejor.

—¿Crees que podría ser la persona especial que estabas buscando?

María Cristina asintió con vehemencia.

—Es único.

—¿Y te vas a ir, tía? —preguntó Xavier, aún con la tostada en la boca.

—¡No! —bramó Larita que se quedó quieta, con los labios y las mejillas llenas de jalea.

—El tío tiene que venir a vivir aquí —dijo Axel.

María Cristina no pudo evitar emocionarse al escuchar la palabra “tío” de la boca de su sobrino mayor.

—Escuchen, mis amores —comenzó a decir con mucha ternura—. Nikolaj y yo hemos decidido estar juntos. Él tiene tres hijos chiquitos y no puede abandonarlos. —Apenas dicho esto, el cuarto quedó sumergido en un silencio absoluto. Ni siquiera se oía el ruido de las bocas al masticar—. Y como yo no tengo hijos, la única que puede trasladarse de su país soy yo. —Las tres caritas la miraban con los ojos como platos, y los de Anastasia no ocultaban un velo de dolor. En ese momento, María Cristina se dio cuenta de lo duro que iba a significar dejar su vida atrás para seguir a un hombre del que apenas sabía pero que, sin embargo, su corazón reconocía como el que siempre había estado esperando—. Pero eso sucederá dentro de algún tiempo —continuó—, así que aprovecharemos a disfrutarnos al máximo. ¿Estamos? —Las tres cabecitas asintieron—. Además, el tío llegará en un mes y medio a la Argentina.

—¿CÓMO? —exclamaron Anastasia y sus hijitos. De repente, una enorme algarabía inundó el recinto y alejó cualquier rastro de pesar.

—¡Entonces lo de ustedes va muy en serio!

—¿Qué te acabo de decir, hermana?

—¡Me muero! —Anastasia se levantó de su asiento y la abrazó mientras emitía una carcajada.

—¿Y cómo le entenderemos si habla en danés? —Quiso saber Xavier, que se puso un buñuelo de dulce de leche en la boca.

—Nikolaj maneja muy bien el inglés —contesto María Cristina.

—Nos arreglaremos, enano —dijo Axel con seriedad.

—Pero ¿y Lara? —siguió preguntando Xavier, que no había terminado de masticar.

—Puedo hacerle dibujitos —contestó esta con orgullo.

—Nikolaj ama a los niños, así que hará lo posible por hacerse entender. Tranquilos —explicó María Cristina.

—Le voy a enseñar a pescar —anunció Xavier con una sonrisa llena de dientes.

—Yo a jugar al ajedrez —agregó Axel henchido como un pavo real.

—¡Y yo a pintar con acuarelas! —afirmó Larita que empezó a aplaudir.

Los tres pequeños siguieron hablando sin parar, entretenidos con las diferentes maneras en que abordarían al tío Nikolaj de Dinamarca. Anastasia, que había regresado a su asiento, aprovechó para preguntarle en voz baja:

—¿Estás segura, Crissy?

Ella asintió.

—Por completo. No puedo explicarlo, pero todo en mí dice que Nikolaj es el correcto. Y no puedo desoír lo que mi alma grita.

—Entonces lo recibiremos con mucha alegría.

Y rompiendo en una carcajada, ambas hermanas se fundieron en un abrazo.

CAPÍTULO 24

—¡Crissy! ¡Me tenías enfermo de la preocupación!

—¿Nikolaj? —preguntó María Cristina en medio del sopor en el que se encontraba.

—¡No te has comunicado conmigo en dos días! —lo escuchó reclamar alarmado—. He telefoneado a la casa de tu hermana, de la tía Moni y de tus padres, pero en ningún lado me han atendido. Y tú, Crissy, no contestabas mis llamadas ni mis mensajes de texto.

María Cristina se sonó la nariz. Hacía solo un par de horas que su cuerpo había comenzado a cobrar un poco de vida.

—Te pido miles de disculpas, amor —rogó con la voz gangosa y miró el aparato. Al hacerlo, comprendió todo—. ¡Oh, Niko! Acabo de darme cuenta de que mi teléfono ha estado en modo silencio. Ha sido un verdadero descuido de mi parte, pero la única excusa que tengo es que he estado muy enferma.

—¿QUÉ? —La exclamación de Nikolaj se sintió como una bocha que golpeaba las paredes de su cabeza y las hacía retumbar como si fueran de metal.

—Me he pillado una gripe espantosa. Te juro que he estado con muchísima fiebre y lo único que me ha apetecido hacer en estos días es dormir.

—¡Dios mío, preciosa! Casi me vuelvo loco al no saber de ti —explicó más aliviado.

—¡Perdóname! Te juro que no era consciente de nada. La tía Moni y Cleo

han estado turnándose para venir a prepararme algo de comida y el hecho de que hayas llamado y nadie te haya respondido, creo que ha sido una cuestión de mala fortuna.

—No, discúlpame tú a mí. ¿Te sientes un poco mejor, cariño?

—Sí, Niko. La he pasado muy mal por la alta temperatura y el terrible dolor de cabeza, pero desde hace un ratito he comenzado a sentirme un poquito más animada. Igual seguiré en cama y hoy tampoco iré a trabajar.

—Arrópate bien, no tomes frío y reposa. Quisiera estar allí contigo para acunarte entre mis brazos.

—Yo también desearía que estuvieses aquí.

Al escuchar la risa de Nikolaj se sintió tan feliz, que María Cristina reconoció que eso podía ser su verdadera cura.

—Por favor —le dijo—, cuando estés sana, abre la computadora y contéstame el correo que te envié hace dos días. Pero insisto: solo cuando estés en condiciones, mi dulce.

Y rio de nuevo. Al hacerlo, la sangre comenzó a circularle a tal velocidad, que ella se sintió renacer. Una vez más, comprobaba que ese hombre era mágico.

—Te lo prometo, Niko.

—Cuando lo leas, te darás cuenta de por qué estaba tan ansioso.

“Mi querido amor:

Es increíble tener que recurrir a la computadora otra vez. Me había acostumbrado a tu voz y a tu presencia, por lo que me cuesta un poco volver a escribir. He intentado comunicarme contigo hasta hace un rato, pero parecería que tu teléfono estuviese apagado. Espero que, como es habitual en ti, enciendas tu ordenador y leas este mensaje, así me das tu respuesta lo antes posible.

Hablé con las autoridades danesas y me informaron acerca de los requerimientos necesarios y obligatorios que el país exige para que puedas venir a vivir a Dinamarca”.

Entretanto leía, María Cristina había sacado una hoja de papel y un bolígrafo y había comenzado a anotar lo que debería recopilar para cumplimentar con lo estipulado por el estado escandinavo. Entre muchas otras cosas, los organismos oficiales le solicitaban los papeles del divorcio, un certificado de soltería, la partida de nacimiento y una constancia de buena conducta, que deberían presentarse certificadas y apostilladas por el Ministerio del Exterior y el Consulado de Dinamarca.

“Pero por sobre todas las cosas —seguía diciendo el mensaje—, me han explicado que lo mejor que podemos hacer para conseguir tu permiso permanente de estadía, es que tú y yo nos unamos legalmente. Y mientras te escribo respiro muy profundo, porque soy consciente de lo difícil que es para ti el tema del matrimonio; pero con todo el amor del mundo, Crissy, me permito preguntarte: ¿Quieres casarte conmigo?”.

El corazón de María Cristina se llenó de un amor tan intenso, que supo con certeza que jamás volvería a experimentar algo tan maravilloso y tan correcto como lo que sentía en ese momento.

Sin que le temblara el pulso, tecleó con firmeza:

“Mi amado Nikolaj:

Me has hecho la mujer más feliz del mundo. ¿Para cuándo es nuestra boda?”.

CAPÍTULO 25

Tres semanas después

Esa mañana, María Cristina había salido temprano a comprar un libro de metafísica que le habían recomendado, y con la cabeza llena de pensamientos que revoloteaban en torno a la propuesta de casamiento que Nikolaj le había hecho hacía unos días y que la había sumergido en un estado de dicha permanente, no había notado la presencia del sujeto que le hablaba en ese instante.

—María Cristina. —La voz sensual la sorprendió. Volteó el rostro y se topó con el semblante de quien menos se hubiese imaginado.

—Hola, Matías —saludó esquiva. Era la única persona que, aun cuando había sido tan cercana a ella, la seguía llamando por su verdadero nombre, debido a que siempre había detestado su apodo.

«Es vulgar y no pega contigo», había afirmado en aquel entonces. María Cristina no le había hecho caso porque Matías siempre le había parecido un ser bastante extraño. Aun cuando se había mostrado como un novio muy atento y dedicado a ella, muchas de sus actitudes cotidianas le habían parecido fuera de lo normal. En esa época había sido tan joven y naif que no les había prestado demasiada atención, pero poco después de que se habían casado, el comportamiento de Matías había llegado a cambiar a tal extremo, que ella había debido de aceptar que ese matrimonio había sido un lamentable error.

Cuando había intentado separarse, Matías había reaccionado con tanta ira,

que ella había temido por su propia seguridad. Gracias a la intervención de unos excelentes abogados que sus padres conocían, María Cristina había logrado el divorcio sin necesidad de llevar el caso a la justicia, pero su trato con Matías había culminado del peor modo y al día de la fecha no quería tener ningún contacto con él.

Apenas lo saludó, volvió a concentrar su atención en los libros del género que buscaba, esperando que con esa actitud se percatara de que ella no estaba dispuesta a dialogar.

—Siempre tan distante —le masculló al oído, pero se obligó a no contestar. Su opinión la tenía sin cuidado. Durante su corta vida marital había tenido que soportar sus permanentes humillaciones, pero hoy en día había madurado y no estaba dispuesta a permitir que él tratase de molestarla.

Continuó mirando libros de los estantes, consciente de que Matías la seguía por detrás. Hacía mucho que no iba tras de ella como otras veces en el pasado, pero ese día parecía haber cambiado de opinión.

—Deseo hablar contigo —insistió.

María Cristina lo miró y supo que debía de comenzar a poner límites de verdad.

—Hay una orden policial emitida contra ti y no quiero tener problemas. Te ruego que te retires o llamaré a las autoridades.

—Solo quiero un poco de tu atención. Después me iré.

Respiró profundo entretanto decidía qué hacer. Al final, las pocas ganas de armar un escándalo la impulsaron a contestar:

—Tienes un minuto.

Los ojos de Matías, de un color verde clarísimo y que se parecían a los de un querubín, reflejaron toda la maldad que ella había experimentado de primera mano.

—Me he enterado de algo muy desalentador.

María Cristina tragó en seco, sabiendo que debía ir con mucho cuidado. Nadie estaba al tanto de la petición de matrimonio de Nikolaj, ya que ambos

habían decidido que la compartirían con los demás cuando fuese el momento adecuado; entonces no creía que Matías se refiriese a eso, sino a la mera presencia de Nikolaj en su vida. En una ciudad tan chica los rumores corrían demasiado aprisa.

—Sabes bien que por aquí se dicen muchas cosas que no siempre son ciertas.

—Pues creo que el brillo que emiten tus ojos me confirma que lo que he oído no es descabellado.

María Cristina respiró hondo, cansada de la acidez del tono de voz de su exesposo.

—Entre tú y yo no existe nada, Matías, así que haz con la información que tengas lo que más te guste. A mí, déjame en paz.

Cuando intentó continuar por su camino, él la tomó del codo, lo que provocó que María Cristina sacudiese el brazo para desasirse de su agarre; pero Matías la aferró de nuevo, esta vez con mayor fuerza y la acercó a él.

—Aunque insistas en ello —lo oyó sisear furioso—, quiero advertirte que yo no opino lo mismo, cariño. Por más que haya pasado bastante tiempo desde nuestro divorcio, no aceptaré que otro tipo se acerque a ti con otras intenciones. Permití que algunos gavilanes te revoloteasen de vez en cuando, porque sabía que no era nada serio, pero esto... —Respiró y abrió grandes las aletas de la nariz—... esto parece diferente.

—¿Quieres, por el amor de Dios, callarte? —chilló María Cristina por lo bajo, mientras procuraba liberarse una vez más. Conocía la fuerza extrema de él y sabía que sería inútil resistirse. Pero, por primera vez, no le importaba—. Si dices algo más, gritaré pidiendo auxilio —amenazó furiosa—. Sabes que tienes prohibido estar a menos de cien metros de mí.

—¿Pasa algo, señorita? —Un joven empleado de la librería los interrumpió. Matías la soltó de inmediato y sonrió:

—Ya me retiraba. Fue un placer encontrarte, María Cristina —dijo como si nada. Cuando pasó a su lado, le susurró al oído, sin que el otro hombre

pudiese escuchar— Quedas advertida.

—¡Ve a la policía de inmediato, Crissy! ¡No quiero saber nada acerca de que ese tipo te esté acechando!

Igual que otras veces, Nikolaj la había llamado apenas había salido de la librería, como si hubiese captado que algo malo le ocurría, y enterado de los hechos, había puesto el grito en el cielo.

—Ayer hablé con mi abogada María Inés. Es la hermana de Graciela, la amiga de Anastasia.

—¿Y qué te informó?

—Que hará una elevación al juez que hace tiempo dictaminó una orden de alejamiento en contra de Matías, la cual establece que mi exesposo tiene prohibido comunicarse o aproximarse a mí. Lo que Matías está haciendo se consideraría una amenaza y por lo tanto se podría hacer una acusación legal con una carátula más severa. María Inés se encargará de lo que sea necesario.

Escuchó el suspiro de alivio del otro lado.

—Me dejas un poco más tranquilo. Estoy llegando en dos semanas a tu país y si veo a ese tipo merodeando cerca de ti...

—Mi amor, todo está en manos de la ley —lo interrumpió ella.

—¿Es una garantía?

—No. Lamentablemente no siempre las medidas legales son aplicadas de la mejor manera por aquí.

María Cristina se arrepintió de inmediato por haber sido tan franca, porque el silencio de Nikolaj fue muy elocuente. Es verdad que ella le había prometido absoluta sinceridad en los diálogos, pero, por esta vez, quizás debería haber faltado a su palabra. La voz de Nikolaj se oyó más ronca y glacial que nunca cuando manifestó:

—Esta insania debe terminar de una vez por todas.

CAPÍTULO 26

María Cristina miró por cuarta vez la pantalla donde figuraban los arribos de los vuelos internacionales en el aeropuerto de Ezeiza de Buenos Aires. Aunque el de Nikolaj había aterrizado hacía cuarenta y cinco minutos, su novio aún no se había hecho visible por la puerta de salida que utilizaban los pasajeros luego de cumplimentar el proceso de migración, de seguro demorado en eso. Y Anastasia permanecía a su lado, tan expectante como ella.

En la ruta camino a Buenos Aires, María Cristina le había explicado a Anastasia que, en ese tiempo, Nikolaj y ella no habían vuelto a hablar acerca del episodio suscitado con Matías, es más, hasta lo había notaba más tranquilo. Lo único que María Cristina rogaba era que durante el tiempo en que Nikolaj permaneciese en el país, no hubiese ningún encuentro entre los dos hombres, porque conocía el terrible temperamento de su exesoso y el sentido de justicia de Nikolaj.

Fuera de eso, el mes y medio que había transcurrido desde que había llegado de Dinamarca, había sido difícil de sobrellevar porque Nikolaj y ella se habían extrañado demasiado. De todas formas, María Cristina se había dedicado a aprender con ahínco el manejo de la tecnología digital y en corto tiempo había llegado a manejar WhatsApp y Skype casi a la perfección lo cual les había permitido realizar videoconferencias con la consabida ventaja de ser capaces de mirarse a los ojos.

Y si bien María Cristina seguía sin revelar los planes de casamiento, esa

semana había mantenido dos charlas muy valiosas: una, con la tía Moni y su amiga Cleo, y la otra, con Anastasia, de las que aún recordaba lo más importante:

—Entonces es real, Crissy —dijo Cleo con un brillo en los ojos que denotaba lo feliz que se sentía por ella. Se encontraban en el apartamento de la tía Moni donde realizaban un trabajo para una novia.

María Cristina asintió.

—Si todo sale bien, me iré a vivir a Dinamarca.

—Apoyaremos tu felicidad, querida —expresó Moni con rotundidad al mismo tiempo que combinaba unas rosas de color salmón con otras de un suave tono amarillo, para darle al ramo un toque de distinción.

—Sabemos que tu talón de Aquiles son tus sobrinos, pero ahora que has aprendido a manejar los beneficios de las aplicaciones, podrás hablar con ellos cada vez que lo deseas.

Las lágrimas se desbordaron de los ojos de María Cristina, consciente de cuánto iba a costarle dejar a los pequeñines. Los amaba con locura y estaba dispuesta a hacer lo que fuese necesario para mantener una comunicación fluida con ellos.

—Ellos van a entender, Crissy —aseguró Moni con cierto pesar en tanto cortaba unas cintas blancas de seda para envolver el cabo del buqué.

—No tengo dudas, tía, pero no deja de ser doloroso.

—Cuando estés con Nikolaj, las cosas se solucionarán. Empezarás a vivir tu propia felicidad, mi amor.

—Además, lo soñaste, amiga —señaló Cleo con cariño—. Eso es muy fuerte.

—¡Y el cuadro! —exclamó la tía—. De eso sí que no me voy a olvidar. Tú nos enseñaste que el universo es sabio, mi niña, así que ahora es tu turno de escuchar lo que este le susurra a tu corazón.

Con Anastasia las cosas no habían sido tan fáciles, porque si bien al principio de su noviazgo había parecido sentirse feliz por ella, en algunas

ocasiones posteriores le había manifestado su temor de quedarse muy sola con los niños cuando ella se fuese a Dinamarca. Por eso la conversación del día anterior con su hermana, quien había ido de visita a su apartamento, le había devuelto las esperanzas:

—Yo siempre supe que ese hombre sería para ti —afirmó Anastasia.

—Lo recuerdo. Desde el primer segundo en que viste sus fotos.

—Te dije que él sería férreo en su voluntad. Lo sentí de inmediato.

—Aquello que auguraste fue así —asintió María Cristina.

—Soy media brujita, lo sabes.

—Sí. Es de familia. —Y ambas rieron.

—Vayamos juntas a buscar a Nikolaj a Buenos Aires en mi coche —propuso su hermana de repente.

—Me harías muy feliz, cariño —contestó con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro.

Anastasia le devolvió el gesto y luego se quedó mirándola un rato, hasta que de sus labios salieron las palabras que María Cristina tanto necesitaba escuchar:

—Quiero que te quedes tranquila, Crissy, porque sé que ha llegado el tiempo para ti. He sido bastante egoísta al apabullarte con mis propios sentimientos, pero tus sobrinitos y yo hemos platicado mucho y nos hemos dado cuenta de que deberemos dejarte ir. Lo sucedido con Matías te había hecho sufrir tanto, que no habías podido volver a entregar tu corazón. A Dios gracias, Nikolaj es diferente. Y todos respaldaremos esta unión, hermanita, porque mereces ser feliz.

Y ambas se abrazaron.

Los pensamientos de María Cristina retornaron al presente y se obligó a focalizar la vista en la puerta de salida de los pasajeros.

—Estoy muy nerviosa —musitó a Anastasia.

Si bien los correos, los mensajes de texto y las llamadas de teléfono habían sido constantes, María Cristina sentía un cierto resquemor al pensar en que

cuando Nikolaj y ella estuviesen frente a frente, quizás la magia de lo que alguna vez los había unido hubiese desaparecido.

Y en medio de un torbellino de ideas caóticas, lo vio.

—¡Nikolaj! —gritó María Cristina entretanto avanzaba a empujones entre la gente con el corazón golpeteándole a toda velocidad. Lo observó mirar hacia diferentes direcciones como si intentara adivinar de dónde provenía su voz, hasta que logró acercarse más a él.

—¡Nikolaj, aquí! —insistió.

Entonces la vio, y su sonrisa mágica repleta de dientes grandes y blancos la cautivó. Avanzaron como pudieron hasta encontrarse en medio del gentío, donde uno se arrojó a los brazos del otro. Y cualquier cosa o persona ajenas a ese abrazo, perdió sentido por completo.

María Cristina escuchaba el sollozo de alguien, pero no estaba dispuesta a abandonar esa morada para saber de quién se trataba. Solo anhelaba permanecer allí, sumergida en la embriagante calidez, en tanto sus fosas nasales se llenaban del perfume de la piel de su hombre. Y rogaba que a él le estuviese pasando lo mismo que a ella.

—Sí, amor. A mí también —susurró Nikolaj como si hubiese oído sus pensamientos. Impactada, María Cristina alzó la mirada y al contemplar los ojos miel con motitas verdes que le sonreían, supo, en ese preciso instante, que amaba a Nikolaj Skovlund con toda el alma.

Las lágrimas se desbordaron de sus ojos para unirse a las de él. Empezaron a reír como dos críos y con las yemas de los dedos se acariciaron las mejillas.

—Estás aún más hermosa de lo que te recordaba, mi dulce —murmuró Nikolaj que le secaba los cachetes con los pulgares.

—Tú también —contestó ella.

En ese momento, la voz de un hombre los interrumpió.

—Perdonen, pero deben retirarse a un costado.

Un policía señalaba por detrás de ellos, por lo que al voltearse se dieron cuenta de que el abrazo de ambos muy cerca de la puerta de salida estaba

produciendo un tumulto de pasajeros al entorpecer su camino.

Nikolaj y María Cistina se miraron y estallaron en una carcajada. Se repetía lo ocurrido en Copenhague.

Entre risas, se desplazaron a un lado. Y de pronto, María Cristina recordó a Anastasia y cuando la buscó con la mirada, la descubrió a unos pasos de ella, sollozando y riendo a la vez. Asombrada, María Cristina se dio cuenta de que el llanto que había escuchado hacía un rato había en realidad pertenecido a ella.

—Nikolaj, quiero presentarte a Anastasia, la madre de mis adorados sobrinitos.

Cuándo él le regalo una de sus preciosas sonrisas, la expresión en el rostro de Anastasia le confirmó que también había caído rendida a su embrujo.

«Así es Nikolaj», pensó. Sin ninguna duda conquistaba a la gente con sus formas gentiles y cuidadas, además de emitir un aura de autoridad tan poderosa, que deslumbraba.

Luego de que Anastasia y Nikolaj se saludaron con un beso en la mejilla, lo que era una costumbre extraña para él, lo tomó de la mano y le dijo:

—¿Quieres conocer un poco de Buenos Aires?

—Y también comer algo, si así lo deseas —agregó Anastasia mirando a Nikolaj con afabilidad.

—Ustedes dispongan —contestó él.

María Cristina le dio un beso breve y le informó con una mueca divertida:

—Después saldremos hacia Entre Ríos.

—Soy todo tuyo, mi amor —afirmó él con una sonrisa deslumbrante.

A partir de ese momento, Nikolaj fue lanzado a un viaje de múltiples colores, sabores y aromas. Recorrieron algunas partes de la ciudad de Buenos Aires, como el espectacular Puerto Madero, lugar de restaurantes y bares exclusivos ubicados al lado del majestuoso Río de la Plata. Eligieron un restaurant que ofrecía un increíble y variado buffet de sushi, que fue la delicia del paladar de los tres. De allí fueron a visitar la escultura de la Gran Flor de

Buenos Aires, llamada La Floralis Genérica, construida en metal, de veintitrés metros de altura, con seis pétalos gigantes que miran hacia el cielo y que se abren a la mañana y se cierran a la noche o cuando hay vientos fuertes. Después visitaron San Telmo, el famoso barrio donde era normal tropezarse con parejas de tango bailando y demostrando su pericia.

Nikolaj no paraba de reír, impactado con la vida de ese lugar. Apenas habían llegado, había quedado sorprendido por la antigüedad de las estructuras edilicias, algunas de adobe y ladrillos, las calles empedradas y las esquinas sin ochavas. En ese preciso instante, en medio de la vía, hizo su aparición una pareja de bailarines, que vestían a la usanza: él, con traje gris, camisa blanca y sombrero, y ella con blusa blanca, zapatos negros de tacones altos y una falda del mismo color a la rodilla, que destacaba por un prominente tajo a través del cual se podía apreciar la belleza y elegancia de las piernas torneadas.

Iniciaron el baile de tango con los cuerpos muy cercanos y moviéndose de manera tan sensual, que la muchedumbre comenzó a acercarse para verlos. Nikolaj contemplaba azorado la danza que tanto atraía a la gente de diversas partes del mundo. Y en ese momento se dio cuenta de por qué. La sensualidad de esa pareja recordaba a brasas vivas y noches de enorme pasión y sábanas de seda.

Luego del mini recorrido turístico que culminó con la degustación de unos exquisitos helados, decidieron partir hacia Entre Ríos. El viaje de quinientos kilómetros fue cubierto en unas pocas horas a raíz de que Anastasia era amante de la alta velocidad y también una piloto extraordinaria.

Durante el trayecto, María Cristina cebó mate caliente lo cual constituyó una verdadera curiosidad para Nikolaj. Si bien al principio el sabor le había parecido desagradable, al poco rato había pedido beber uno más. Y después otro. Y así hasta que el termo con agua caliente quedó vacío unos cien kilómetros más adelante.

María Cristina se sentía radiante. Nikolaj había venido a Argentina para

visitarla y familiarizarse con su cultura, pero, además, para que la gente que la amaba pudiese conocerlo. Era una demostración de coraje que afianzaba el profundo amor que María Cristina sentía hacia él.

Apenas llegaron a Paraná, Anastasia los dejó en la puerta del edificio y antes de continuar viaje a su casa, les aseguró que se reuniría con ellos en el piso de sus padres, cuando se juntasen todos a cenar a la noche.

Apenas María Cristina y Nikolaj entraron en el apartamento, se atacaron con fiereza. Comenzaron a arrancarse la ropa con rapidez y, jadeando de locura, saborearon la piel de uno y otro a medida que las ropas caían desparramadas al suelo. Como la camisa de Nikolaj llevaba unos pequeños botones que le dificultaban a María Cristina la tarea de desabrocharlos, Nikolaj se apresuró a abrírsele de un tirón, esparciendo los botones hacia todas direcciones. Con la lengua, ella degustó los rincones del pecho fuerte hasta llegar a las tetillas, que se pusieron erectas. Continuó hacia abajo, remolona y mimó al ombligo durante un buen rato. Nikolaj tenía los ojos cerrados y suspiraba con profundidad.

—Me estás volviendo loco, por Dios —susurró echando la cabeza hacia atrás.

María Cristina se arrodilló en el suelo y con las manos comenzó a aflojar el pantalón. Introdujo los dedos por debajo de la ropa interior y con delicadeza extrajo lo que había anhelado con tanta intensidad en ese mes y medio.

—Adoro lo que tienes para mí —dijo con voz gutural.

Apenas lo escuchó gemir, colocó el miembro erecto y húmedo en la boca para degustarlo como si fuera su cono de helado preferido.

CAPÍTULO 27

—¡Helloooo, Nikolaj! —saludó la madre de María Cristina en inglés al abrir la puerta del piso. A su lado se hizo visible un hombre de contextura fuerte, alto, bien parecido, cuyos ojos inquisidores se detuvieron en Nikolaj.

—Hola, Alfonsina —devolvió el saludo con cierta dificultad en la pronunciación.

—Te presento a mi esposo Carlos, al cual le decimos Charlie —dijo la dueña de casa señalando con la mano al sujeto parado a su izquierda.

—Hello. —El padre de María Cristina estiró la mano hacia él. Con un fuerte apretón de manos, Nikolaj correspondió la presentación y sonrió.

—Un gusto conocerlo, Charlie. Crissy me ha hablado muchísimo de usted y de su esposa.

Ante estas palabras, un mohín de orgullo se evidenció en el rostro del hombre mayor.

—¡Ven, muchacho! ¡Pasa, por favor! —invitó Alfonsina que lo tomó del brazo y lo llevó a la sala, donde una mesa enorme había sido preparada para varias personas—. Anastasia y nuestros nietos también vienen —aclaró—. Y por supuesto la tía Moni y Cleo, que ya sabes quiénes son.

—Conozco sus voces a través del teléfono —aclaró Nikolaj.

En ese preciso instante, el sonido del timbre detuvo la conversación y, esta vez, Carlos fue el que se apresuró a abrir. Al hacerlo, una algarabía de voces estalló desde el pasillo del ascensor. Los niños habían llegado. Y con ellos, Anastasia, la tía Moni y Cleo.

Nikolaj observó fascinado la manifestación de cariño que unos a otros se propinaban a medida que se congratulaban; los abrazos, los besos y las risas espontáneas inundaron el lugar hasta que, como si se hubiesen puesto de acuerdo, los presentes alzaron los ojos hacia él. El silencio que siguió fue tan demoledor, que caló profundo en los nervios de Nikolaj, a quien el corazón pareció detenerse. Y fue la mujer mayor con la boca pintada de rojo furioso la que rompió el mutismo.

—¿Cómo estás, hijo? ¡Soy la tía Moni! —exclamó en español y le sonrió con tanta alegría, que Nikolaj comenzó a sentir los latidos en el pecho otra vez. Estiró la mano hacia ella, pero esta, negando con la cabeza, se acercó a él.

—Si así es como se saludan en Dinamarca, vas muerto, mi querido. Nosotros nos damos abrazos y besos.

No obstante Nikolaj no entendió todas las palabras que la tía había utilizado, intuyó el mensaje, por lo que aceptó con gusto los dos tremendos besos que le dio en la cara. Cuando se separó de ella, le notó los labios menos rojos. El primer impulso de Nikolaj fue pasarse el dorso de la mano por las mejillas, pero enseguida recapacitó y se dio cuenta de que las reglas culturales era a lo que él debería acostumbrarse si deseaba comprender a María Cristina.

—Gracias, tía Moni.

—Pero ¡qué bien que pronuncias mi nombre! —Y miró fascinada a Alfonsina, que asentía con la cabeza. En ese preciso momento, la amiga de María Cristina se adelantó.

—Hola, Nikolaj. Soy Cleo.

—¡Encantado! Tú eres a quien le debo que el encuentro con María Cristina haya pasado de ser un sueño cibernético a una realidad. Y te estaré agradecido de por vida.

Nikolaj percibió que sus palabras parecían haber impactado en Cleo, porque un reflejo de satisfacción cubrió su mirada. Y no era para menos. Gracias a

ella, María Cristina había tomado una iniciativa que a él le había hecho abrir los ojos y también el corazón.

—¡Hola, cuñadito! —El tono inconfundible de Anastasia desvió su atención primero hacia ella y después hacia una niña y dos varoncitos, que estaban parados a su lado y que lo miraban con curiosidad. Nikolaj no pudo dejar de sonreír, porque los tres pares de ojos le recordaron a los de sus propios hijos, quienes estaba seguro reaccionarían de la misma manera cuando conociesen a María Cristina.

Nikolaj recibió a Anastasia con un abrazo y, a continuación, se inclinó sobre la niña.

—Y tú debes ser...

—Lara —contestó la pequeña con un dedo en la boca y el hombro apoyado en la cadera de su madre, como si buscara protección.

Nikolaj le correspondió con una sonrisa tan enorme, que Lara pareció no poder resistirse y también esbozó una.

—¿Te vas a llevar a la tía? —le preguntó con el dedo todavía en la boca.

El corazón de Nikolaj se derritió de amor, pero también de pena, porque lo que él más ansiaba en la vida no sería lo que haría más feliz a esos pequeños.

—Algún día, si ella me lo permite... Y si tú también estás de acuerdo —se apresuró a aclarar cuando detectó un vestigio de tristeza en los ojos de la niñita, que fue reemplazado por un brillo de regocijo al final de su respuesta.

—Hola —dijo en inglés alguien a su espalda. Nikolaj se volteó y contempló al mayor de los chicos. Era muy alto, con unos ojos almendrados que, aun cuando se escondían detrás de unas gafas, harían envidiar a cualquier modelo publicitario.

—¡Axel! —exclamó Nikolaj—. Me han dicho que eres un muchachito muy inteligente.

Este asintió e irguió los hombros, y sin rastro de timidez, comenzó a explicarle cómo había conseguido adelantarse un año en la escuela, y los exámenes y las entrevistas por las que había tenido que pasar.

—Tu madre debe estar muy orgullosa de ti.

—Sí, pero ahora ¡quién lo aguanta! Está re agrandado y se cree el Atlas Mundial.

La voz que habló en una mezcla de español e inglés provenía del tercer niño. Tenía los ojos más alargados y su rostro irradiaba tal picardía, que Nikolaj estaba seguro de que debía de ser el más travieso de los tres hermanos.

—¿Xavier?

—Sí, señor, el mismo. Y me gustaría saber qué le han dicho de mí.

Nikolaj emitió una pequeña carcajada.

—Que eres un gran deportista.

—Uno de los mejores de mi clase —contestó el pequeño, sin titubear.

—¿Y cuál es tu deporte preferido?

—El tenis y el rugby. Quiero llegar a ser jugador profesional de alguna de esas disciplinas en el futuro.

Con la seguridad que el niño irradiaba, a Nikolaj no le cupo la menor duda de que lograría lo que se propusiese en la vida.

—Entonces cuando viajes por el mundo iré a los torneos europeos para verte jugar.

Su respuesta le valió un gran premio: la risa deslumbrante del chaval.

—Bueno, ¡ahora a comer! —interrumpió Alfonsina—. Por favor, siéntense a la mesa.

De repente, la burbuja de inocencia y travesura que había envuelto su dialogo con los niños estalló y Nikolaj se vio sumergido en un coro de voces que hablaban y reían, acompañado por el ruido de las patas de las sillas de la mesa que se corrían y el de los platos y cubiertos que parecían danzar en la mesa. De súbito, le pareció estar participando de una película italiana donde la gente hablaba, reía y peleaba al mismo tiempo, pero donde el cariño y la camaradería eran la plataforma donde se sustentaban. Y Nikolaj, en ese preciso momento, se sintió más vivo que nunca. Su corazón, en un arrullo

mudo, le aseguraba que viajar a ese país había sido lo correcto. Era el mundo de María Cristina, muy distinto al de él, pero sin ninguna duda esos mundos podían llegar a ser muy compatibles algún día. Porque esa mujer, *su* mujer, había aparecido en su vida para nutrirlo de lo que más había anhelado desde muy pequeño: amor.

Y así prosiguió una de las noches más divertidas y encantadoras que Nikolaj recordaría durante mucho tiempo.

CAPÍTULO 28

María Cristina contemplaba azorada la escena delante de ella: su padre y Nikolaj hablaban y reían como si se conociesen de toda la vida.

Carlos siempre había sido en extremo protector con Anastasia y con ella. Más de una vez lo había notado receloso e inquieto frente a la relación que mantenía con Nikolaj a través de la computadora y del teléfono; ni hablar de cuando se había enterado de que su novio llegaba a la Argentina. Sus temores se habían hecho muy visibles a través de muchas preguntas que le había hecho y que ella no siempre había tenido una respuesta para dar.

«Crissy, tú no tienes experiencia con niños, salvo el año que has vivido en la casa de Anastasia y los pequeñines. ¿Qué pasa si los hijos de Nikolaj no te aprueban?».

«¿Qué será de ti con el idioma? ¡Tendrías que aprender a hablar el danés! Dicen que es uno de los idiomas más difíciles del mundo para la gente de habla hispana».

«¿Tendrías que casarte? Tú, que detestas el matrimonio...».

«¿Y él te mantendría? Porque, María Cristina, en un país en el cual no hablas el idioma, las posibilidades de conseguir trabajo serán dificultosas, al menos al principio, así que yo no voy a permitir que te vayas si ese chico no jura y perjura que puede sustentarte hasta que aprendas a comunicarte».

Y esa noche, al principio de la velada, su padre había recibido a Nikolaj con un semblante opacado y resistente para, unas horas después, hablar y reír sin ningún reparo como si ambos hubiesen sido amigos de siempre. El precario

español de Nikolaj y el escueto inglés de su papá habían logrado allanar las diferencias culturales demostrando lo que una vez un profesor de sociología de la facultad les había recalcado en una de las clases: el idioma es poder. La comunicación entre las personas, de la manera que fuese, era sagrada. Y esta, unida a la impactante personalidad de Nikolaj, había operado el milagro del que María Cristina era testigo en ese instante: su padre parecía decidido a aceptarlo no solo a él, sino también a la inquebrantable realidad de que ella, en algún momento, debería decir adiós.

Y sintió una profunda admiración y también un enorme alivio: Nikolaj había sido admitido en la familia.

—Charlie, necesito consultarle algo importante.

—Lo que quieras.

—Se trata de Matías. —El semblante de su futuro suegro se volvió taciturno y Nikolaj dedujo de inmediato que el tema no era en absoluto del agrado de él.

—Dime.

—Me preocupa lo que ese tipo quiera de Crissy.

Carlos cuadró los hombros y lo miró con contundencia.

—Mira, Nikolaj, ese sujeto es un malnacido —siseo irascible—. Aún no entiendo por qué se casó con mi muchacha. Nunca la hizo feliz. La historia de ellos es trágica y mi hija necesitó de mucha asistencia psicológica para recuperar su estabilidad emocional. Al principio de la separación, él la seguía a todas partes, acosándola e intimándola con estupideces. Matías es un hombre que tiene mucho dinero, pero con ella siempre se mostró mezquino. Cuando la sacaba a comer a restaurantes solo le autorizaba comer pasta con manteca, porque decía que los demás platos eran muy caros. También la tenía conminada con un lema que él había instaurado en la casa: de lunes a viernes

se trabajaba y se estudiaba, en tanto los sábados y domingos se dormía. ¡Y te aseguro que lo cumplía! Nunca la llevaba a un lugar para que ambos se divirtiesen y una vez que ella quiso salir a cenar con unos amigos de la universidad, él la encerró con llave en la habitación. Otra vez Crissy recibió la invitación del casamiento de su prima, que vive a quinientos kilómetros de aquí, y cuando ella le contó a Matías y le explicó que necesitaría comprarse tela para hacerse un vestido, él le dijo que de seguro quería hacerse algo sexy para pasearse como una puta en la fiesta. Un lunático.

El semblante de Nikolaj empalideció y los músculos de la mandíbula se le agarrotaron de la presión.

—¿Fue violento con ella?

—¿Nunca te contó? —interrogó Carlos asombrado.

Nikolaj negó con firmeza.

—Es muy reservada a la hora de tocar ese tema. Siempre me ha dicho que la relación con su exesposo había sido nefasta, pero nunca me confirmó lo que le estoy preguntando a usted.

El padre de María Cristina respiró hondo y asintió con la cabeza.

—Algunas veces —admitió—. Yo quería partirle la cara —prosiguió rabioso—, pero no pude hacerlo por consejo de los abogados. Crissy abandonó a Matías y los juristas nos advirtieron de que ella debería mantenerse alejada de él y conducirse con extrema cordura porque querían evitar que la acusara de abandono de hogar. En ese caso las leyes se ponen un poco difíciles para el que deja la casa. Por eso, Crissy abogó por una separación tranquila la cual, si bien al principio no había sido aceptada por Matías, después y ante la firme determinación de ella, el maldito debió acatar. Además, mi niña renunció a cualquier tipo de remuneración económica, porque lo único que deseaba era su libertad y no volver a saber de él. Pero para Matías las cosas no fueron como para Crissy. De un día para otro se tornó en un hombre obsesivo. La llamaba de forma constante, al principio le rogaba hablar, pero ante su negativa, comenzó a amenazarla. Entonces Crissy

decidió presentarse ante un juez que emitió una orden de alejamiento y, desde hace dos años, Matías tiene prohibido acercarse a menos de cien metros de ella.

—¿Sabe usted que hace unos quince días él la amenazó en una librería?

Carlos asintió con la boca en una línea rígida.

—Me enteré por Moni y te juro que hubiese querido matarlo a golpes. Gracias a Dios, Crissy tiene una abogada muy amiga, que la ayuda en todo. Y sé que cualquier afrenta física que yo hiciese contra ese desgraciado significaría perjudicar a mi propia pequeña.

Nikolaj miró con intensidad al hombre parado frente a él.

—Por eso, Charlie, debo decirle algo muy importante.

—Habla, por favor.

—Quiero casarme con Crissy.

Con un brillo en los ojos, Carlos lo miró.

—¿La amas?

Nikolaj asintió.

—Por completo.

—Ustedes se conocen desde hace muy poco.

—Lo sé —contestó sabiendo que no sería fácil aquella conversación—. Pero lo que ha sucedido entre Crissy y yo ha sido muy especial. Y el tiempo y la distancia han perdido, de alguna manera, su dimensión. Charlie, mi corazón clama a gritos por una verdad: su hija es mi mujer, aquella que he estado buscando toda la vida. Deseo cuidarla, respetarla y hacerla feliz. Y también alejarla de Matías. Por eso, quiero pedirle a usted y a su esposa su bendición.

El padre de María Cristina lo observó con una mezcla de tristeza y arrobó.

—Me dejas sin habla. Quieres llevarte a mi muchacha.

Nikolaj se acercó aún más a su suegro.

—Charlie, yo no dudaría en venir a vivir a su país si no tuviese a mis tres hijos. Pero ellos me necesitan y tampoco puedo separarlos de su madre.

Además, llevarme a Crissy significaría para ella un nuevo comienzo, sin las amenazas y persecuciones de Matías. —Nikolaj respiró hondo, conmovido por sus propias palabras—. Estoy dispuesto a brindarle lo mejor. Aunque no nado en la abundancia, mi posición económica es lo suficientemente buena como para que, con cuidado y sin despilfarros, los cinco seamos capaces de llevar una vida tranquila. Si Crissy aprende el idioma y consigue el permiso de residencia, también tendrá acceso al mercado laboral. Eso podría llevar un par de años, Charlie, pero estoy seguro de que seremos muy felices construyendo nuestra familia.

Su futuro suegro parecía dispuesto a probar el amor que él sentía por María Cristina, cuando lo escuchó expresar con firmeza:

—Quieres casarte con mi niña, pero ni siquiera le has presentado a tus chavales.

Nikolaj aspiró profundo. Sabía que debía echar las cartas sobre la mesa para convencer a ese padre tan protector.

—Crissy y yo estuvimos hablando al respecto y ella desea pasar navidad y año nuevo en mi casa en Dinamarca, por lo que sería una maravillosa oportunidad para presentarle a mis pequeños, quienes, estoy seguro, la adorarán desde el primer instante.

Carlos asintió pensativo.

—Me gustaría que hablaras también con Alfonsina. No puedo darte mi bendición si ella no está de acuerdo.

Nikolaj emitió una suave carcajada.

—Jamás osaría dejar de lado a su esposa.

En ese mismo segundo, la voz de la aludida se escuchó por detrás de ambos.

—¿Están hablando de mí?

Al voltearse y ver a su mujer, Carlos la acercó y le pasó un brazo por el hombro, cuando ella lo abrazó por la cintura. Después de tantos años juntos, seguían demostrado el enorme amor que se tenían.

—Nikolaj tiene una noticia para darte.

La madre de María Cristina lo contempló curiosa.

—Será que Crissy y yo se lo digamos a todos —susurró Nikolaj.

Buscó con la mirada a María Cristina y cuando la localizó, la encontró sentada en el sofá con los tres sobrinitos. Al pedirle que se acercara, esta lo hizo con una deslumbrante sonrisa. Y le murmuró al oído:

—Ha llegado el momento, mi amor.

María Cristina lo miró con tal adoración, que se sintió más enamorado y agradecido que nunca.

Tomados de las manos, Nikolaj dijo en voz alta:

—¡Atención! Crissy y yo tenemos algo muy importante para anunciarles.

CAPÍTULO 29

D*os meses después*

María Cristina no podía creer que había pasado tanto tiempo desde que Nikolaj y ella se habían despedido en el aeropuerto.

Gracias a Dios, no habían llorado tanto como en Copenhague y la razón había sido la enorme tranquilidad que les había brindado el júbilo con que la familia había festejado el anuncio de sus planes de casamiento aquella noche. Incluso su padre, que se había emocionado hasta las lágrimas, se había perdido unos segundos en el dormitorio para regresar con una chaqueta en las manos que había entregado a un Nikolaj que no había cabido en sí del asombro.

—Me la había comprado para mí, pero en cambio te la regalo a ti como símbolo de la alegría que nos ha dado tu propuesta de matrimonio a nuestra hija. Espero que cuando la uses te acuerdes de nosotros. Es bien abrigada y te hará falta cuando salgas de paseo con Crissy en tu país y esté nevando. —Las palabras de su papá habían significado la bendición que tanto Nikolaj como ella habían estado necesitando.

Cuando su novio se había probado la prenda y le había quedado impecable, había abrazado con fervor a sus futuros suegros.

—Gracias, Charlie y Alfonsina. Me siento honrado por este presente.

—Querido, mi esposo a veces parece un oso grandote y rugiente, pero en el fondo no es más que un generoso y dulce osito panda —había explicado su madre mirando con orgullo a su sonriente marido.

Pero lo que había terminado de impactar a María Cristina, había sido el color pardo de la campera, por completo similar al de la chaqueta que había llevado puesta *el chico especial* que se había presentado en sus sueños hacía más de un año y medio atrás.

Y esa noche había significado el preámbulo a una serie de maravillosas vivencias que se sucedieron durante los siguientes días.

María Cristina había presentado a su novio a los diferentes amigos, así como a la gente del laboratorio, donde había sido recibido con enorme alegría. Habían paseado por la ciudad de Paraná y dos veces habían ido al campo de sus padres, del cual Nikolaj había terminado por completo enamorado.

De esa manera, Nikolaj y María Cristina habían afianzado su amor por encima de las adversidades. Y cada noche habían coronado su dicha en el apartamento, donde se habían unido de todas las maneras posibles para honrar y gozar de lo que se había plasmado a fuego entre los dos.

—Te amo —le había dicho Nikolaj innumerables veces, algunas adormilado, otras sonriendo e incluso entre jadeos de extenuación. Y ella no se había quedado atrás.

—Yo más, Niko mío, yo más...

En medio de esos arrebatadores pensamientos, una voz siniestra la hizo regresar a la realidad.

—Hola, María Cristina.

Se volteó y contempló a su peor pesadilla. Se encontraban en medio de una callecita un poco apartada del centro, donde nadie circulaba, camino hacia su apartamento con una bolsita de milanesas de pescado en la mano que había comprado en el supermercado para almorzar con la tía Moni y Cleo. Como había estado un poco retrasada, se había apresurado a tomar un atajo que conocía de memoria sin imaginarse que se toparía con tan desagradable intromisión.

—Otra vez tú —protestó—. ¿Puedes dejar de molestarme? —Y continuó con pasos apresurados.

—No, hasta que reconozcas lo que en verdad sucede. —Al ver que no se detenía, Matías la tomó del brazo y, arrinconándola contra una pared, cubrió su cuerpo con el suyo.

—¡Detente! —le gritó furibundo.

—¡Me haces daño! —chilló a su vez María Cristina y empezó a forcejear.

Pero Matías, si bien no era tan alto y corpulento como Nikolaj, igual era demasiado fuerte para ella. En un intento por detenerla, los dedos gruesos le apresaron el cuello como garfios de acero.

—¡Para o te vas a lastimar! —bramó.

—¡Pero si es lo que más deseas, cabrón! —Furibunda, siguió sacudiéndose.

—¡No es verdad! —gruñó Matías fuera de sí y se apretó aún más contra ella. El aliento de los dos se entremezclaba en tanto se observaban con detenimiento: uno con anhelo y el otro con ira—. No aguanto más, María Cristina. Estos tres años han sido un infierno y lo único que me ha permitido seguir adelante ha sido el saberte sin nadie a tu lado. Siempre fuiste mía... ¡Has sido creada para mí!

—¡No es así! —protestó ella con desazón al ver que Matías aún no entendía que lo que alguna vez había existido entre ellos, había acabado por completo.

—No quiero a ese tipo cerca de ti. —Su exesposo la contemplaba con rabia, los dientes apretados y los músculos de la mandíbula tensos. Y un terror helado se apoderó de sus huesos.

—Matías, por favor —balbuceó de forma apenas audible debido al apretón de esos dedos que le dificultaba la respiración.

—¡No quiero que me ruegues! —advirtió él fuera de sí—. Sabes que detesto a la gente débil. Es lo que siempre me enamoró de ti, María Cristina: tan luchadora, tan fuerte y atrevida. Y tu figura...

—¡No digas más! —Y comenzó a luchar con más vehemencia. Matías le soltó el cuello y la zarandeó con violencia de los hombros. Cuando ella quiso

darle una cachetada, él la tomó de las muñecas y se las aferró contra la pared a cada lado de su rostro. El pecho de María Cristina subía y bajaba alborotado en un esfuerzo por hacer ingresar aire a los pulmones. Tenía tanto miedo que apenas si lograba pensar. Si bien Matías siempre había sido un demonio, nunca lo había visto como en ese instante. La violencia empeñada de su mirada le heló la sangre y María Cristina se perdió en los labios que alguna vez había besado, en un intento por enfocarse en algo para evitar colapsar de terror. Pero Matías pareció malinterpretar su gesto, porque se inclinó y comenzó a besarla como un poseso. Horrorizada, María Cristina probó girar la cabeza hacia un lado, pero las manos enormes le liberaron las muñecas y le apresaron el rostro con determinación. Un sonido agudo proveniente de su propia garganta resonó en sus oídos y evocó a Nikolaj, que con su enorme dulzura se transformó en la única tabla de salvación de la cual podía aferrarse para afrontar tan atroz y maquiavélico ataque. Detuvo la lucha, consciente de que enfervorizaba aún más a Matías y le permitió sacarse las ganas de besarla, sin dejar de pensar en Nikolaj. Recordó su sonrisa, los grandes dientes blancos y sus ojos afables. Nada la alejaría de él, menos ese tipo que alguna vez había sido su marido y por el cual solo sentía un absoluto desprecio.

Y de repente la soltó.

—Te quiero de vuelta, María Cristina —susurró Matías sobre sus labios hinchados entretanto la miraba con desesperación—. Me importan un comino la cantidad de denuncias que eleves contra mí; tampoco lo que existe entre ese idiota y tú. Te quedarás conmigo, ¿me entiendes? —Y la miró con tal falta de cordura, que María Cristina supo que debería seguirle el juego para tratar de evitar un atropello mayor.

Se quedó observando los ojos verdes que alguna vez le habían parecido tan hermosos. Y lo que la salvó de emitir una respuesta, fueron los acordes de la canción de Script en su móvil.

—Debe ser la tía Moni —dijo tratando de evitar que percibiera su pánico—.

Teníamos que almorzar junto con Cleo ya que luego comenzaríamos un trabajo para una boda. Por favor, deja que atienda —suplicó, mientras Matías la observaba como un desequilibrado—. Te lo ruego...

Las manos fuertes liberaron sus muñecas, pero el cuerpo fibroso siguió cubriendo el suyo.

—Hazlo —ordenó con voz grave.

Sin que los músculos de hierro se apartasen un milímetro de ella, logró abrir con la mano el bolsillo de la mochila y sacar el teléfono.

—Tía —contestó con la voz más calma posible, pero sin quitar la vista de encima del hombre. A medida que hablaba con su madrina, la mirada de este comenzaba a suavizarse—. Sí, estoy cerca del apartamento. No te preocupes. Llego en diez minutos. —Al cortar, se sintió envalentonada y, empujando con todas sus fuerzas el pecho macizo, logró el espacio necesario para escabullirse.

Comenzó a correr, asombrada de que ese loco le hubiese permitido apartarse. Pero cuando llegaba a la esquina del edificio de apartamentos, escuchó su voz mordaz:

—Esto no termina aquí, María Cristina. ¡Aléjate de ese tipo o no respondo de mí!

CAPÍTULO 30

—¡Debes llamar a la policía de inmediato, querida! —exclamó la tía Moni luego de escuchar el patético episodio. Se hallaba sentada alrededor de la mesa del comedor, donde descansaba una enorme cantidad de rosas y hojas verdes.

—Y hablar con María Inés —agregó Cleo con tono adusto—. El acoso de Matías se ha vuelto atroz y no puede quedar así.

—Tengo miedo por Nikolaj. —Al mismo tiempo que se limpiaba las lágrimas con un pañuelo, María Cristina, sentada en el sofá, sorbía un poco del té con valeriana que la tía le había preparado.

—Vive a dieciséis mil kilómetros de distancia, ¡por Dios! —despotricó Cleo—. En cambio, tú estás aquí a pocas cuadras de la casa de ese enfermo mental.

—Tienes que irte a Dinamarca lo antes posible —profirió Moni.

—Jamás lo haría por huir de alguien, tía. Si lo hago es porque quiero empezar una vida al lado de la persona que amo.

—Por favor, habla con tu abogada —insistió su madrina.

—Lo haré.

El sonido del teléfono fijo de Moni interrumpió la conversación.

—¡Nikolaj querido! —ovacionó la tía al atender— ¡No sabes lo feliz que me hace tu llamado! Crissy está aquí y ahora mismo te paso con ella. ¡Te envió un beso!

María Cristina miró el reloj de pared y al ver que marcaba las ocho y treinta

de la noche, se dio cuenta de que en Dinamarca debía ser de madrugada. Al tomar el auricular, escuchó la voz de su novio muy preocupada:

—¡Mi amor! ¿Qué te sucede?

—Niko... —susurró.

—No lograba dormir. Apenas apoyé la cabeza en la almohada te percibí pensando en mí como una escapatoria para sobrellevar un mal momento. O me lo pareció. ¿Estás bien, mi ángel?

María Cristina respiró hondo, asombrada una vez más. ¿Es que siempre Nikolaj intuiría cuando a ella le sucediese algo malo?

—Tienes razón, amor. Acabo de vivir una situación difícil con Matías.

Y en los siguientes cinco minutos le explicó el incidente, salvo la parte del beso. Nikolaj era muy posesivo y María Cristina no se atrevía a imaginar lo que sucedería si llegase a escuchar la verdad completa de su boca.

—¡Ya mismo te vienes a Dinamarca! —gritó apenas terminó de hablar—. ¡Ese tipo es un enfermo mental que no parará hasta hacerte daño!

—Nikolaj, cariño, espera...

—¡No! ¡Es suficiente!

—Escucha, por favor —insistió María Cristina—. Te juro que apenas terminemos esta comunicación, llamaré otra vez a mi abogada para que presione al juez sobre mi caso. Debes calmarte.

—¿Cómo quieres que lo haga? ¿Hace cuánto que estás padeciendo el atropello de ese maldito sin que las autoridades le pongan un freno definitivo?

—Confío en María Inés por completo, Niko. Ella hará lo necesario para encontrar una salida a este agravio. Entretanto seguiré juntando la documentación solicitada para poder ingresar a Dinamarca, Niko. Sabes que no podemos hacer nada sin esos papeles.

Oyó el sonido de un resoplido.

—Crissy, me estoy volviendo loco de verdad. —De súbito, la voz de Nikolaj se oía abatida—. Te extraño muchísimo, me haces falta de verdad. Y

encima ese demonio... ¡Me tomaré un avión enseguida!

—¡Nikolaj! —reclamó turbada María Cristina—. Te ruego que pienses en tus niños y en tu trabajo.

—Agarraré a ese cobarde y lo molere a golpes —continuó, como si no le hubiese prestado atención—. Es la única forma que un fulano como él puede llegar a entender. Yo me he criado en los barrios duros de aquí, así que sé defenderme, Crissy y también te protegeré a ti. No lo quiero ni a un centímetro de tu presencia.

—¡Nikolaj Skovlund! —bramó María Cristina, haciéndose la enfadada porque en el fondo de su corazón se derretía por sus palabras. El instinto sobreprotector de su hombre había saltado sin tapujos y la hacía sentir segura. Pero no lo quería envuelto en un lío con Matías—. Te ruego que te calmes, o no podré confesarte algo preocupante nunca más.

—¿Preocupante? ¿Así lo llamas tú? ¡Déjame decirte que es abominable! Hay una orden judicial que establece con claridad que ese lunático no puede acercarse a ti, pero hete aquí que te ha arrinconado en un callejón. ¡Es una amenaza absoluta y total!

—Tienes razón —concordó—. Pero te suplico que confíes en mí. Haré lo necesario para que Matías no vuelva a acercarse a mí. Te lo prometo.

Se hizo un silencio y esperó un rato, sabiendo que Nikolaj necesitaba tiempo para calmarse.

—Escúchame bien, Crissy —dijo él de repente—. Ve acompañada siempre de alguien y haz que los papeles estén en tus manos lo antes posible. Estaré al tanto de cómo se van desarrollando las circunstancias. Si ese tipo osa asomar otra vez las narices cerca de ti, no responderé de mí. Cuídate, por favor. Es lo único que te pido.

—No tengas dudas, mi amor.

Un suspiro profundo y resignado se oyó del otro lado.

—Te amo.

Sonrió, muerta de amor.

—Yo más.

—Imposible.

Y rieron un poco. Luego de despedirse y colgar, Cleo se levantó y anunció:

—Haré café.

María Cristina se sentó a la mesa, incapaz de olvidar lo mal que se había puesto Nikolaj con el episodio. Era por completo comprensible y se sentía culpable. Ella, de aquí en más, debería actuar con mayor efectividad. Es lo menos que Nikolaj se merecía.

—Crissy, llama a María Inés ahora —sugirió Moni, que comenzó a cortar los tallos de las primeras rosas.

Miró a su tía con cariño y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No está en Paraná. Ha estado participando de un congreso en Buenos Aires y llegará mañana a la madrugada. Te prometo telefonarla apenas abra su estudio.

Desde la puerta de la cocina, Cleo asomó el rostro.

—Amiga, tienes nuestro apoyo. Hay que resolver muchas cosas y te ayudaremos en lo que necesites.

María Cristina se acercó a Cleo y la abrazó.

—Debo conseguir la documentación, planear la mudanza del apartamento, cancelar el alquiler y sortear a Matías.

—Pues manos a la obra —dijo la tía Moni, que se levantó y se unió al abrazo de las dos.

CAPÍTULO 31

Dos meses después

—¡Te juro que he intentado todo y más, Niko! —exclamó frustrada María Cristina—. Ya no sé qué hacer con las pretensiones de las autoridades danesas, que cuestionan el certificado de divorcio emitido por los abogados de aquí.

—Dicen que faltan ciertos detalles. —El tono de Nikolaj intentaba ser apaciguador.

—Matías y yo contrajimos matrimonio en el campo de mis padres —explicó María Cristina—. Una jueza de paz, cuyo despacho se encuentra en un pequeño pueblo rural ubicado a quince kilómetros del predio, accedió a ir a casarnos ahí. El problema es que la partida de casamiento fue registrada en el ayuntamiento rural y por lo visto, cuando se llevó a cabo la disolución de nuestra unión, lo que quedó asentado en el acta no es suficiente para que los magistrados de tu país acepten y hagan válida la documentación. Pero no puedo llegar a comprenderlo, porque en la última copia legitimada que te he enviado, figura con claridad que Matías y yo estamos divorciados.

—Lo sé, mi amor. La he hecho traducir al danés junto con el resto de la información —contestó Nikolaj con suavidad.

—Te debe haber salido una fortuna.

—No pienses en eso, Crissy. Debemos enfocarnos en conseguir lo que el empleado de la oficina de migraciones solicitó: la firma de un juez cuyo estrato debe ser superior al del que figura en el acta, lo cual aseguraría que lo

que está escrito en esta es verdad.

—¡Pues ese es el punto, Niko! —profirió María Cristina tratando de calmarse ya que, a fin de cuentas, Nikolaj no merecía ser víctima de su mal humor—. He hablado con María Inés y ella sostiene que la figura de ese juez de estrato superior no existe en nuestro sistema judicial.

—Lo raro es que la primera vez que fui a migraciones, fui atendido por una abogada que me explicó en detalle acerca de los salvoconductos que deberíamos presentar, pero jamás hizo alusión a la bendita signatura. Pero cuando al poco tiempo regresé para mostrarle lo que habíamos logrado reunir, me encontré con la noticia de que la mujer se había ido de vacaciones y que había sido reemplazada temporalmente por ese empleado que nos ha complicado la existencia —contestó Nikolaj apesadumbrado.

—Me siento agotada, Niko —señaló ella bastante desganada—. He hecho colas interminables durante estos dos largos meses para conseguir los sellados, las certificaciones y las validaciones exigidas. Ya no sé cuántas veces he ido al Ministerio de Relaciones Exteriores en Buenos Aires, lo cual ha significado viajar novecientos kilómetros ida y vuelta, cada vez. También he visitado los ayuntamientos de mi ciudad, del pueblito rural y de Córdoba, mi ciudad natal ubicada a quinientos kilómetros. ¡Y tampoco alcanza, Niko! Con Mette, la secretaria del consulado de Dinamarca en Buenos Aires, nos hemos hecho casi amigas por las innumerables tertulias que hemos mantenido por teléfono a causa de mi petición, a esta altura transformada en súplica, de que mis papeles sean aprobados. Hasta la misma Mette me ha asegurado no comprender por qué me hacen tanto lío.

—No te entregues, Crissy. Te lo ruego —suplicó Nikolaj.

—No lo haré —musitó ella—. Pero las circunstancias están enredadas y no sé cómo seguir.

—Habla con María Inés.

—¡Lo hago cada bendito día! —gritó María Cristina a punto de llorar.

—Por favor, no eleves la voz —solicitó Nikolaj con calma, aunque sin

ocultar un dejo de tristeza.

—Lo siento —susurró ella de inmediato—. Me estoy descargando contigo y no lo mereces. Es que no duermo de los nervios; además he hablado con el dueño del apartamento, quien me ha pedido una importante suma de dinero extra para poder cancelar el alquiler. Y no contaba con eso.

—Te mando el monto que necesites hoy mismo.

—Nikolaj, ¡no!

—¿Acaso dispones de esa cifra?

—No toda.

María Cristina oyó que bufaba.

—Has usado casi la totalidad de tus ahorros en boletos de autobuses y aviones, en rúbricas y en sellados, Crissy. Déjame ayudarte, por favor.

—Mi trabajo como investigadora está sufriendo un bloqueo de salarios impuesto por nuestro gobierno que no esperaba —reflexionó apenada.

—Por eso quiero intervenir, amor. No olvido que, además, has gastado una pequeña fortuna en regalos de agradecimiento.

—Bombones, flores, champagne y perfumes —enumeró María Cristina y suspiró—. Pero no me arrepiento. Muchas personas de los diferentes gabinetes y oficinas me han ayudado a agilizar los trámites.

—No se hable más. Te transferiré un importe que cubra lo que haga falta.

—No.

Nikolaj rompió en una carcajada que provocó una mueca de tentación de risa en ella.

—Eres testaruda, amor. Pero yo más. Y tienes que contratar una mudanza. ¿A dónde llevarás tus cosas del apartamento?

—Al campo.

—¿Es mucho?

—No demasiados muebles, pero mis libros y apuntes universitarios ocupan lugar.

—Puede traerse en barco.

—Eso saldría una fortuna, Niko.

—Ya te dije que no te preocupes.

—Habla cuando llegue el momento, ¿sí?

—Solo quiero que te sientas bien y segura.

Emitió una suave sonrisa, por completo rendida ante el cuidado de Nikolaj.

—Eres un sol. Siempre dispuesto a ayudarme.

—Estás dejando todo por mí. ¿Cómo no hacerlo?

—Gracias.

—A ti, mi ángel.

De repente se produjo un silencio, que fue interrumpido por la pregunta de Nikolaj que ella había estado esperando.

—¿Matías sigue sin aparecer?

—¡Bendito sea Dios! No podría haber capeado este estrés si encima se hubiese sumado el acoso de él.

—Me enferma saber que ese loco está dando vueltas y yo a tantos kilómetros de distancia sin ser capaz de protegerte. ¡Quiero traerte lo antes posible! —gruñó ofuscado—. Por eso te pido que me expliques con calma lo que te ha dicho María Inés acerca de la obtención de la firma.

—Ya te dije que aún no hay una respuesta, mi amor. Sin embargo, su increíble cerebro está sacando chispas para tratar de encontrar una solución.

Lo escuchó exhalar el aire de los pulmones.

—Serás mi esposa, Crissy. Por nada del mundo deseo que cuestionemos esa posibilidad.

—Gracias por tu aliento, cariño.

—Juntos lograremos lo que nos proponamos.

Los ojos de María Cristina se llenaron de lágrimas por las palabras tan alentadoras. Nikolaj era un guerrero innato y ella debía aprender más de él.

—¡Te adoro! —exclamó con energías renovadas.

—Y yo a ti.

Ambos rieron.

—A propósito, ¿has hablado con tus hijos?

—Sí y están felices. No caben de la ansiedad por conocerte.

—Niko, sé que no es el momento...

—Dime —invitó él.

—¿Qué sucederá si ellos no me aprueban?

La risa de él le contagió su entusiasmo.

—¡Claro que lo harán! Hace unos días, Iben me dijo algo que me dejó anonadado.

—Por favor, cuéntame —suplicó.

—Que ella ya te ama, porque eres la persona que le ha devuelto la felicidad a su padre.

—¡Dios mío! —gimió María Cristina sin poder evitar que la humedad de sus ojos se desbordase a través de las mejillas—. Y tiene solo ocho añitos —murmuró con un nudo en la garganta.

—Es que yo estaba casi muerto, Crissy —aseguró Nikolaj con pesar—. Vivía para mis niños, lo cual me hacía un padre dichoso, pero como hombre me sentía aniquilado. Cuando me casé con Clara, nunca imaginé que mi matrimonio terminaría derrumbándose como lo hizo. Siempre he sido un hombre de familia y ser testigo de que el fundamento que sostenía mi vida se había venido abajo de un día para otro, provocó un colapso en mí. Además, ver el sufrimiento de mis chicos a causa de nuestra separación, me devastó. Recuerdo que cuando Clara y yo los reunimos para contarles acerca de la decisión que habíamos tomado, Iben fue la primera en reaccionar.

«¡Ya sé lo que van a decir y no quiero escucharlo!», nos gritó y se largó a llorar desconsolada.

»Nunca supimos cómo nuestra niña intuyó lo que íbamos a decirles, pero aquel episodio me marcó a fuego. —Detuvo el relato un instante para retomarlo luego de una fuerte exhalación—. Clara y yo, de alguna manera, le habíamos hecho daño a nuestros pequeños y me llevó tiempo poder aceptarlo y disculpármelo. Además, no soy tan sociable como tú así que aparte de

Henrik, nunca pude hacerme de muchos amigos. En realidad, con los pocos que había logrado congeniar era con los amigos de Clara, que se conocían desde la infancia. Por lo tanto, cuando anunciamos nuestra ruptura, muchos de ellos se alejaron de mí porque prefirieron ser leales a la vieja amistad que mantenían con ella. Y de repente, me sentí muy solo, sumergido en mi propio tormento. Hasta que tú apareciste en mi vida y comencé a respirar de nuevo. Por eso, mi amor, después de tantas cosas que han ocurrido, puedo asegurarte que unos papeles de mierda no me apartarán de ti.

—Te prometo que lo lograremos. ¡Te amo! —exclamó María Cristina, conmovida hasta los huesos por el relato de Nikolaj.

—Y yo a ti.

CAPÍTULO 32

«Lo siento amiga, es muy difícil lograr lo que ellos quieren. Por ahora parece imposible y me siento muy frustrada», retumbaban las palabras de María Inés en su mente. María Cristina apresuró el paso. La llovizna se había vuelto más intensa y no tenía ganas de mojarse.

Esa mañana, había salido temprano y sin paraguas a la oficina de su abogada, quien después de haberla recibido y confesarle la enorme desilusión que sentía ante la imposibilidad de conseguir la firma que necesitaban, había provocado en María Cristina una angustia tan grande, que había debido despedirse de su amiga para salir a tomar aire con urgencia.

Las cosas parecían trabadas y ya no sabía cómo actuar para que el ánimo de Nikolaj tampoco se viniese abajo. Hacía unos días le había gritado a través del móvil que se iría a vivir a Argentina, pero ella, consciente de la impotencia de los dos, le había contestado que volverían a hablar cuando él se hubiese calmado. Nikolaj jamás abandonaría a sus hijos y ella nunca osaría pedirle semejante sacrificio porque sabía que, tarde o temprano, se arrepentiría con toda el alma por haberlo hecho. Nikolaj y sus hijos eran una unidad que respetaba y, si las circunstancias lo permitían, ella se quedaría a su lado para sumar en sus vidas y no para restar.

Se limpió con las manos las lágrimas que le caían por las mejillas y que se mezclaban con las gotas de lluvia que empezaban a mojarle la cabellera y la ropa. Echó a correr, en un intento por llegar al apartamento lo antes posible. No estaba a demasiadas cuadras de allí, así que una buena trotada resultaría

un bálsamo para sus tensionados músculos. Buscando escapar del agua que de súbito arreciaba con ferocidad, acrecentó la velocidad. Al pasar por al lado de una vidriera no pudo evitar contemplar el aspecto deplorable que ella presentaba y sonrió. Cuando le faltaban dos cuerdas para arribar al edificio, escuchó unas pisadas apresuradas por detrás. Si bien en todo el tramo había oído muchas, estas le sonaban particulares. Y el vello de la espalda se le erizó.

No supo ni cómo ni por qué, pero, de repente no tuvo dudas de a quién pertenecían. Sin dejar de correr miró hacia atrás y, al hacerlo, se topó con los ojos felinos de Matías, que la vigilaban. Apresuró la carrera y lo mismo hizo él.

—¡María Cristina! —lo oyó gritarle, pero ella no se detuvo. En su huida, se llevó por delante a un hombre de mediana edad que le gritó furioso que mirase bien por dónde iba. La lluvia torrencial le dificultaba cada vez más la visión, pero el miedo que sentía era tan grande, que los oídos se le taparon y solo fue consciente del golpetear de su corazón—. ¡Ven aquí, mierda! —vociferaba Matías, pero ella no se detendría por nada del mundo.

Gracias a Dios, su estado físico era bastante bueno, por lo que era capaz de sostener el ritmo de la carrera. Pero, desesperada, sintió que unos dedos le rozaban el hombro y se sacudió frenética sin detenerse. Mientras lo hacía, el perro de alguien se atravesó en su camino. María Cristina alcanzó a saltar por encima de este, pero no su perseguidor quien empezó a despotricar contra el animal y su dueño a viva voz. Sin volverse, aumentó la velocidad de sus piernas. Cuando llegó a la esquina, escuchó otra vez los pasos que repiqueteaban febriles sobre la vereda. Con el corazón a punto de estallarle y el cuerpo temblándole de miedo, extrajo, sin saber cómo, las llaves de la cartera. Al detenerse frente a la puerta vidriada del edificio, procuró colocarlas en la cerradura, pero el estremecimiento de las manos le hacía difícil la tarea. Cuando la silueta de su exesposo, que se acercaba a extrema velocidad, se hizo visible, la llave giró y María Cristina empujó con todas sus

fuerzas la puerta, que alcanzó a cerrarse justo delante de las narices de él. Los puños de Matías comenzaron a golpear furibundos el vidrio reforzado.

—¡Abre, maldita sea! —La expresión de su rostro le recordaba la de un salvaje.

Con la respiración descontrolada y la imagen de un Matías fuera de sí, corrió hacia el ascensor sin evitar escuchar lo que tanto había temido.

—¡Nada me detendrá, María Cristina! ¡Lo mataré! ¡Te juro por Dios que lo haré y tú serás la única culpable!

Espantada, abrió la puerta del elevador que, por suerte, se encontraba en planta baja y de prisa ingresó en su interior. Apoyó la espalda contra la pared metálica y con la mano que le tiritaba frenética, apretó el botón del piso de la tía Moni. A medida que subía, las lágrimas le caían descontroladas y un frío helado trepó por su espalda. Por completo aterrorizada, se colocó la mano sobre la boca para no gritar. Matías estaba sin ninguna duda fuera de sí y aunque María Inés había advertido a las autoridades acerca de las amenazas a las que la había sometido, parecía que el peso de la ley lo tenía sin cuidado. Entonces, ¿cómo podría detenerlo ella?

La parada del ascensor interrumpió sus pensamientos. Saliendo con urgencia de su interior, corrió por el pasillo hasta la puerta del apartamento de su madrina, y golpeó con fuerza. Cuando esta se abrió, María Cristina se dejó caer en los brazos de su tía.

—Mi amor, ¿por qué no usaste tu propia llave? —preguntó Moni asombrada. Pero ella, en vez de contestar, comenzó a llorar sin consuelo—. ¡Por Dios, mi querida! ¿Qué te pasa? —exclamó la tía turbada—. ¿Sucede algo con Nikolaj?

María Cristina negó con vehemencia, sin emitir una respuesta. Estaba tan asustada que necesitaba un tiempo para reponerse. Moni pareció comprender su estado, porque la abrazó con fuerza sin exigirle nada más. Siguió así durante un rato, hasta que fue capaz de levantar la cabeza. Y al hacerlo, se encontró con la mirada de su amada madrina que le acariciaba el pelo con

ternura.

—Matías está loco —susurró con un hilo de voz.

Sin esperar un segundo, la tía la hizo sentar en el sofá y pasándole un brazo por los hombros, le pidió que le explicase con detalle lo sucedido.

—Dios mío, Crissy. ¡Esto es algo espantoso! —bramó Moni apenas ella hubo culminado el relato.

De pronto, el ruido de unas llaves anunció la llegada de Cleo. Cuando esta ingresó y contempló la escena delante suyo, tiró la cartera sobre la mesa y se dirigió hacia ellas con gesto de profunda intranquilidad.

—¿Qué pasa?

Antes de que María Cristina pudiese responder, la voz de la tía Moni se adelantó:

—Matías persiguió en la calle a Crissy y la amenazó con matar a Nikolaj si ella no lo abandona.

—¡Es un hijo de puta! —chilló Cleo, roja de la rabia—. Crissy, esto ha llegado muy lejos. ¡Debe haber alguien que pueda detener a ese enfermo!

En ese preciso segundo, el teléfono de la casa de la tía Moni comenzó a sonar.

—¡Justo ahora! —gritó la tía molesta—. ¡No pienso atender! Mis amigas Magdalena, Amelia, Esther, Ema, Puki, Renata, Ana María y Ana Luisa ya han telefoneado esta mañana, así que no debe ser nada urgente.

—Es él —murmuró María Cristina, sin ninguna duda de que Nikolaj, una vez más, había percibido su malestar—. Por favor, no puedo hablar ahora —rogó apesadumbrada.

—Déjame responder —pidió Cleo—, quizás sea María Inés.

—¡Tiene razón, hija! —contestó la tía que la seguía consolando entre sus brazos.

Apenas Cleo atendió, esta se apresuró a responder:

—Sí, Nikolaj. Por favor, habla con ella.

María Cristina negó con la cabeza mientras miraba a su amiga con

desesperación. Estaba tan destrozada por lo sucedido que no quería hablar con Nikolaj para no preocuparlo.

Pero Cleo la hizo recapacitar:

—Amiga, él tiene derecho a saber.

Ante esas palabras, María Cristina se dio cuenta de que tenía que tomar coraje. Se separó de los brazos de la tía y tomó el auricular que Cleo le tendía.

—Nikolaj —dijo con un tono de voz muy suave.

—¿Qué te sucede, amor? —interrogó su novio muy turbado, confirmándole que él contaba con el enorme don de captar su dolor a los lejos—. ¿Es por lo de la maldita firma?

—Es difícil...

Y apenas dicho esto, volvieron a su mente las palabras de Matías:

«¡Nada me detendrá, María Cristina! ¡Lo mataré! ¡Te juro por Dios que lo haré y tú serás la única culpable!».

Y se sintió devastada. Quizás aquello estaba sucediendo porque Nikolaj y ella en realidad nunca podrían estar juntos. Las circunstancias se estaban presentando demasiado complicadas e incluso peligrosas, y moriría si por culpa de un loco que estaba obsesionado con ella, exponía a Nikolaj a algún peligro. Incapaz de resistirlo más, comenzó a llorar desconsolada.

—Crissy, ¡por Dios! Lo superaremos, mi vida, te lo prometo. Pero no llores, por favor —rogó Nikolaj con tristeza—. ¡Me estás matando!

El corazón de María Cristina se estrujó de dolor al escucharlo de esa manera.

«Le estoy haciendo daño», pensó angustiada.

Y como si despertara de un sueño, sintió que aquello escapaba a su cordura y que ella, simplemente, ya no podía más. La idea de que Matías pudiese llevar adelante su amenaza la obligaba a enfrentar los hechos de otra manera, porque, aun cuando Nikolaj viviese lejos, ello no sería un impedimento para que un enfermo como Matías cumpliera con su desafío. Gimió destruida. Y

sin saber cómo, expulsó de su boca las palabras que jamás se imaginó se atrevería a decir:

—No me voy a casar contigo, Niko. Y tampoco iré a Dinamarca.

Sin darle tiempo a nada, María Cristina colgó y, al instante siguiente, se derrumbó en el sofá y prorrumpió en sollozos una vez más.

CAPÍTULO 33

Cleo estaba fuera de sí. Iba de un lado a otro del comedor sin parar de maldecir por lo bajo.

—Crissy, ¡por Dios! —exclamó y se sentó a su lado.

—¡Sobrina querida! ¡Ese muchacho quedará destrozado!

Apenas Moni terminó de decir esas palabras, el teléfono volvió a sonar. Cleo atendió y la desesperada voz de Nikolaj se escuchó desde lejos.

—¡Crissy!

—Soy Cleo, Nikolaj.

—¡Por favor, necesito hablar con ella!

—Está fuera de sí. Es mejor que se comuniquen después.

—¡NO! —Nikolaj sonaba tan atormentado, que su amiga fue incapaz de negarse.

—Tienes que platicar con él —siseó tapando el auricular con la mano.

—Esto se ha terminado. Es lo mejor —contestó María Cristina con un nudo en la garganta.

—Por Dios, sobrina. ¡No puedes permitir que Matías se salga con la suya!
—gimió la tía Moni.

—¡No es solo él! —Y sollozó otra vez.

En tanto hablaban, volvió a oírse a Nikolaj:

—Crissy, ¡atiéndeme!...

Pero María Cristina seguía negando con la cabeza.

—Sé tan amable de llamar después —pidió Cleo—. Tu novia no está en sus

cabales ahora.

—Te lo ruego...

Nikolaj sonaba tan desolado, que Cleo no dudó más y tomó una decisión. Miró a María Cristina y bramó:

—¡Vas a atender a ese hombre así tenga que incrustarte el tubo en la oreja!

María Cristina nunca había visto a Cleo tan furiosa con ella y, como un robot, estiró la mano para recibir el receptor.

—Ya te comuniqué mi decisión, Nikolaj —dijo en medio de un sollozo que no pudo contener.

—No puedes hacerme esto, ¡maldita sea! —juró Nikolaj.

—¡No doy más y tú tampoco!

—Reservé un vuelo hacia Buenos Aires. Salgo esta misma noche —siseó con frialdad.

—¡NO! No vengas —gritó ella.

—¡Claro que lo haré! —retrucó él.

—¡No te recibiré!

—¡Derribaré la puerta!

—¡No te atreverás! —chilló María Cristina fuera de sí.

—¡Y tú no me puedes dejar! —rugió Nikolaj y, de súbito, su voz ya no sonaba rabiosa sino llena de dolor. Y María Cristina se sintió morir—. Por favor, Crissy... ¡tú no! —suplicó y en medio de su ruego, lo oyó prorrumpir en sollozos.

—Es lo mejor, Niko, mi amor —gimió destrozada.

—Por lo que más quieras... —El llanto de Nikolaj se hizo más fuerte—. Atravesaremos lo que sea juntos. ¡Pero no me hagas esto! Te amo.

—Voy a colgar.

—¡Ni se te ocurra! ¡No puedes! —vociferó.

Pero María Cristina lo hizo. Y después salió corriendo del apartamento.

CAPÍTULO 34

Cleo entregó otro pañuelo de papel a su amiga para que se sonara la nariz, mientras la tía Moni le acercaba un vaso de agua y Anastasia contemplaba apesadumbrada la tristeza de su hermana.

Apenas María Cristina había salido huyendo del apartamento de la tía Moni, Cleo había llamado por el móvil a Anastasia para solicitarle que viniese con urgencia ya que necesitaban ayudar a María Cristina y a Nikolaj.

Cuando Anastasia había arribado, las tres se habían dirigido al apartamento de María Cristina, pero luego de haber golpeado la puerta varias veces y no ser atendidas, la tía Moni había debido acudir a la copia de la llave que su sobrina alguna vez le había facilitado para poder ingresar al apartamento. Al hacerlo, lo primero que habían escuchado fueron los sollozos irrefrenables que provenían del dormitorio, donde hallaron a María Cristina tirada en la cama, hecha un ovillo y con la funda de la cama mojada por las lágrimas.

—¡Dios mío, mi amor! Bebe un poco de agua a ver si te ayuda a calmarte —exclamó la tía sentada a un lado de la cama y Cleo al otro.

—Todo se solucionará, Crissy —aseguró su hermana, que arrodillada sobre la colcha le tomó un pie y comenzó a masajearse en un intento por reconfortarla. Pero María Cristina contestó con un sollozo aún más fuerte.

—Tienes que hablar con Niko, sobrina querida. ¡Ese hombre está destrozado! —insistió Moni con voz muy apenada—. Luego de que te fuiste, telefoneó de nuevo, pero casi no podía articular palabra porque el pobre estaba en un llanto vivo.

Anastasia asintió con tristeza.

—Te ruego que no alejes a Nikolaj por culpa de ese idiota.

—¡Pero es que me ha dicho que lo matará! —gritó María Cristina enfadada y muerta de miedo a la vez. Aún resonaban las palabras de Matías en su mente y la estaban volviendo loca—. ¿Cómo creen que me siento? ¡Estoy asustada! No puedo olvidar la expresión de la cara de ese monstruo, tampoco su acoso, las amenazas... ¡no puedo más! —Y cubriéndose el rostro con las manos, siguió llorando.

—¡Si al menos tuvieses un aliciente! —se quejó Moni—. Haría falta conseguir esa maldita firma.

—No hay indicios de que sea posible lograrlo —susurró María Cristina en el momento en que se quitaba las manos de la cara—. Y la alternativa de que Niko viva aquí es inabordable. Así que... me rindo. —Al decir esto, lágrimas gordas de congoja se desbordaron de sus ojos—. ¡Y me siento peor que nunca en la vida!

—Es que jamás has claudicado frente a nada, querida —la consoló Moni con la voz llena de pena—. Desde que tengo memoria, nos has fascinado con tu inexpugnable creencia sobre el amor y la sabiduría de la vida. Hemos meditado juntas y siempre tus palabras han estado llenas de confianza hacia las circunstancias, entonces, ¿te vas a entregar, porque un estúpido cabeza hueca aparezca y amenace a los cuatro vientos?

—Dime tú qué tengo que hacer, tía —suplicó María Cristina a la vez que se sonaba la nariz con otro pañuelito que Cleo le acercaba.

—Nikolaj tiene que saber acerca de lo ocurrido con Matías esta mañana.

María Cristina negó con frenesí.

—¿Para qué? El resultado no cambiaría.

—Debes confiar en Nikolaj, Crissy —dijo Cleo, que hasta ese instante había permanecido callada—. No es un hombre tonto, sino uno muy sensato. Lo ha demostrado con creces, amiga, por lo tanto, dale una oportunidad.

—Cleo y la tía tienen razón —estuvo de acuerdo su hermana.

—¡NO! —gritó, como si con ello tratase de convencerse a sí misma—. La relación entre Niko y yo está terminada —insistió con la voz ahogada en llanto.

—Estás loca, hija —aseveró la tía Moni.

—Eres egoísta —agregó Cleo.

María Cristina contempló a su amiga con dolor.

—¿Porque quiero protegerlo? ¿Porque no sé qué diablos hacer para estar juntos?

—Quizás eres una cobarde —rectificó Cleo, dura como solo ella podía ser cuando algo le parecía injusto.

—¡Seguro que tienes razón! —exclamó María Cristina a la par que se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano—. Pero ¿te has detenido un instante para tratar de comprender lo que sentí cuando ese demonio amenazó contra la vida de Nikolaj? ¡Fue horrible, Cleo! —Al decir aquello, la mirada de su amiga se cubrió con un vestigio de vulnerabilidad—. Yo no podría vivir con la incertidumbre de que ese tipo en algún rapto de locura pudiese cometer una afrenta irreparable contra quien amo tanto. ¡Me es imposible! —Y volvió a quitarse las lágrimas, esta vez con rabia. Se sentía muerta por dentro y por fuera—. Por favor, déjenme sola.

Las tres se miraron y asintieron. Salieron del apartamento de María Cristina en silencio y se dirigieron al de la tía Moni. Ya dentro, se sentaron y se quedaron mirando el suelo sin saber qué decir. Hasta que Cleo balbuceó:

—Me siento mal por haber tratado de cobarde a Crissy. —Y los ojos se le humedecieron.

—No te inquietes, querida. Ella necesita recapacitar —contestó Moni que también se secaba las lágrimas del rostro.

Habían intentado ser fuertes frente a María Cristina, pero de pronto todas habían bajado la guardia y eran incapaces de evitar que las emociones se manifestasen.

—Pobre Nikolaj —se lamentó Anastasia—. ¿Tienes más pañuelitos de

papel? —preguntó moqueando a Cleo, quien asintió y dejó un paquete sobre la mesita frente a ellas.

—Si lo hubieses escuchado... —murmuró la tía sonándose la nariz—... lloraba como una criatura. Ese muchacho estaba acabado.

Anastasia las miró preocupada.

—¿Qué creen que sucederá ahora?

La tía Moni sacudió la cabeza.

—Si es la persona que creemos, entonces sabemos muy bien lo que ese chico hará.

—Tal vez él sea la solución —musitó Cleo tomando otro pañuelito de la mesa.

—Igual no cantemos victoria —advirtió Anastasia—. Suponemos conocerlo, pero nunca se sabe. Aun así, llamaré ya mismo a María Inés y le pediré una nueva reunión para que me explique cuán enredado sigue todo y qué posibilidades tenemos. Y por supuesto, cómo deberemos proceder ante la amenaza de Matías contra Nikolaj.

—Recordemos que Crissy ha cancelado el alquiler de su apartamento, así que sus pertenencias tendrán que ser extraídas de allí a más tardar en dos días —indicó Cleo—. A propósito —continuó—, hoy en el centro encontré a Daniel Borrás, el colega de Crissy, y me dijo que puede colaborar con su camioneta para hacer la mudanza.

—¡Genial! —Se alegró la tía Moni—. Y entretanto Crissy puede venir a vivir a mi apartamento y quedarse el tiempo que necesite.

—O a mi casa —señaló Anastasia con el móvil al oído.

—Yo tengo mi sofacito extra en el apartamento.

—Lugar para vivir no le va a faltar —afirmó Moni complacida.

—Pero ¿cómo la convenceremos para que salga del apartamento? Seguro que cancelará la anulación del alquiler.

—No creo que pueda, Anastasia. Cuando Crissy avisó a la dueña de que se iba, esta se alegró porque su hijo había terminado la universidad en Buenos

Aires y de un momento a otro regresaría a su ciudad natal.

—Entonces deberemos comunicarle a Daniel que necesitaremos su vehículo para dentro de dos días —sugirió Cleo—. Tenemos que lograr que Crissy vea que los planes originales siguen en pie.

En tanto dialogaban, Anastasia había logrado comunicarse con la abogada por teléfono. Apenas colgó, tomó la chaqueta y la cartera.

—En veinte minutos María Inés me recibe en su escritorio —informó—. Después les cuento las novedades. Ese desgraciado de Matías no se saldrá con la suya.

CAPÍTULO 35

Se sirvió un té y volvió a acostarse en la cama. No había consumido nada a lo largo del día y hacía tres que permanecía encerrada en el apartamento sin recibir a nadie luego de la charla que había mantenido con su madrina y las chicas. Si bien ellas habían tratado de hablar varias veces más, María Cristina les había rogado que la dejaran tranquila. Y gracias a Dios, la habían escuchado. Porque estaba deshecha.

No había sabido nada de Nikolaj durante ese tiempo y le dolía en el alma. Pero era consciente de que no tenía derecho a quejarse ya que, después de todo, era lo que ella había deseado aun cuando no le gustase en lo más mínimo. Y se sentía en extremo culpable. El llanto desesperado de Niko seguía arraigado en su mente y en su corazón, lo cual le había impedido pegar un ojo en esos días. No tenía fuerzas para nada y se sentía por completo desolada. Y estaba hecha un verdadero asco, ya que no se había duchado ni se había cambiado de ropa.

Pero en la quietud de su habitación había aprovechado a reflexionar acerca de la tragedia en la que se hallaba sumergida y, después de mucho, había llegado a la espantosa conclusión de que lo sucedido había sido lo mejor. Porque si la finalidad del encuentro de ambos hubiese sido estar juntos, entonces ¿por qué diablos habían surgido tantos impedimentos? Además, ¿quién podía garantizarle que aun cuando Nikolaj y ella hubiesen comenzado una nueva vida en Dinamarca, Matías no intentaría hacer cumplir sus amenazas en algún momento? Las barreras geográficas podían significar una

dilatación de tiempo, pero no la imposibilidad de concretar un hecho planeado.

Revolvió el té y se limpió una vez más la nariz, esta vez con extremo cuidado. De tanto llorar y moquear, se le había paspado la piel y le dolía como los mil demonios.

El sonido del teléfono celular la sobresaltó, pero al mirar la pantalla y ver que se trataba de María Inés, se abstuvo de atender. No quería escuchar nada acerca de la firma que ya no iba a ser necesaria obtener. Sabía que debía avisarle a su amiga, pero se sentía tan mal, que precisaba un poco más de tiempo para poder llevarlo a cabo.

«Mañana», se prometió mientras sorbía de su té.

De súbito, un olor desagradable impregnó sus fosas nasales y supo de inmediato de dónde provenía. No había sacado la basura ni una sola vez en esos días de encierro, por lo que debía hacer algo al respecto. Sin muchas ganas, se levantó y se dirigió a la cocina, donde tomó la bolsa de plástico y le hizo un nudo. Con esta en la mano, abrió la puerta y caminó con lentitud por el pasillo hacia la pequeña puerta donde los inquilinos de cada piso depositaban los restos embolsados que desechaban. Luego de hacerlo, se volvió para regresar a su apartamento, pero al levantar la mirada, se detuvo y quedó paralizada. Frente a ella se erigía la visión que debía pertenecer a uno de sus sueños más anhelados: un jadeante Nikolaj la observaba con el rostro cansado y con una barba de días.

María Cristina sacudió la cabeza de un lado a otro, en un esfuerzo por hacer volver a su mente a la cordura. Pero la imagen no se esfumó, sino que siguió detenida no obstante el pecho se movía de arriba hacia abajo. Porque ese Nikolaj respiraba.

Los ojos de María Cristina se llenaron de lágrimas y supo de manera irrevocable que nunca en la vida podría olvidar esa mirada triste que le acababa de perforar el alma. Ella era la responsable.

—Niko —balbuceó.

Él se acercó a ella con un sobre entre las manos.

—He venido a hacerte cambiar de parecer —advirtió mirándola con intensidad—. Tu tía me lo ha contado todo.

—¡No! —Se lamentó. Y cubriéndose la cara con las manos, prorrumpió en amargos sollozos.

—No voy a permitir que tu miedo y ese estúpido cobarde entorpezcan nuestra felicidad —puntualizó Nikolaj con firmeza.

María Cristina elevó el rostro y se estremeció al contemplar las lágrimas que profundizaban el color miel verdoso que tanto adoraba. No solo ella sufría como una condenada.

—Si algo te ocurriese, no podría soportarlo —dijo con un nudo en la garganta.

Nikolaj se acercó tanto que María Cristina pudo apreciar con detalle las líneas verdes de sus ojos. Eran tan bellos que la dejaban sin aliento.

—Tú y yo le daremos a ese hijo de puta la batalla que se merece —siseó. Por primera vez fue consciente de la furia que salía a estampidas del cuerpo lleno de músculos que, aunque estaba tan cerca, ni siquiera la rozaba.

—Es peligroso...

—Tú te vienes a Dinamarca conmigo —aseveró con contundencia.

—Matías está loco, Niko. Incluso lo creo capaz de hacer cualquier cosa en tu país.

Él negó rotundo.

—Si hay una orden emitida por un juez contra él, le sería imposible salir de tu país y las autoridades danesas tampoco permitirían su ingreso. Además, ¿desde cuándo le tienes tanto terror?

—Creo que desde siempre. Por eso cuando tú estabas en mi vida, temía tanto por ti.

—Yo *estoy* en tu vida, Crissy. Y no pienso irme de ella. Además, te repito que hablaremos con las autoridades de tu país y del mío.

—Nikolaj, por Dios...

—¡No, Crissy! —gritó y la tomó de los hombros con firmeza—. ¡Por Dios tú! ¿Vas a dejar que él gane? —Ella intentó evitar su mirada, pero él le envolvió las mejillas con las manos para impedirlo—. Si me dices a los ojos que ya no me amas, entonces te dejaré tranquila. —María Cristina se sacudió un poco, pero Nikolaj la ciñó entre sus brazos y sus rostros quedaron a tan solo un par de centímetros de distancia—. ¡Dímelo! —exigió.

Y en ese instante, María Cristina supo que había perdido. ¿Cómo iba a atreverse a expresar tamaña falsedad? Es verdad que tenía miedo, pero mentirosa jamás había sido.

—¿Y la firma? —preguntó en un susurro—. ¿Te has olvidado de que María Inés no la ha conseguido?

De súbito, el rostro de Nikolaj se iluminó y al hacerlo, María Cristina creyó que moriría del amor que inflamó su sangre y que hizo que comenzara a correr a toda velocidad por su cuerpo.

Apartándose con cuidado de ella, extendió el sobre que sostenía entre las manos.

—Aquí la tienes —dijo.

El corazón de María Cristina se detuvo y lo miró enajenada.

—Me estás diciendo que...

Y la sonrisa amplia de Nikolaj provocó el milagro que todos habían estado esperando, incluso ella misma en lo más hondo de su alma. De un plumazo, pulverizó cualquier vestigio de miedo que hubiese quedado retenido en su corazón. Obnubilada, María Cristina no pudo dejar de comparar la presencia de ese hombre con los rayos del sol de la mañana, que, al iluminar las habitaciones de su hogar, dejaban al descubierto todo lo que tuviese que ser barrido y eliminado.

Suspiró.

Ella no era una cobarde, sino quizás una persona temerosa de enfrentarse a la incertidumbre otra vez. Pero Nikolaj había venido para rescatarla. Había impedido que cayese al precipicio de las especulaciones y la había ayudado a

aferrarse a la plataforma de seguridad que él había creado a partir de la certeza de sus sentimientos.

María Cristina avanzó unos pasos.

Y todo regresó a su correcto lugar.

CAPÍTULO 36

Se despertó con el perfume de la colonia que la había embriagado durante tantas horas interminables. Estiró el cuerpo y se giró para arrellanarse en los brazos fuertes que la habían cobijado mientras dormía. Aspiró el olor de la piel del pecho amplio y se sintió en paz. Después del tormento que había vivido, María Cristina no podía creer que Nikolaj estuviese a su lado. Ni bien había caído en sus brazos en el pasillo del edificio, María Cristina había sentido que había vuelto a renacer; que la vida le había brindado una nueva oportunidad incluso cuando había sido tan ciega. Y agradecida hasta la médula, se había jurado que a partir de ese instante no volvería a admitir que nada ni nadie la separase de Nikolaj. Ni siquiera ella misma.

—¿En qué estás pensando? —le susurró la voz que tanto amaba.

—En nosotros y en lo cerca que he estado de perderte —contestó y lamió la piel que se extendía bajo su boca.

Nikolaj la estrechó muy fuerte y, suspirando hondo, le apoyó la barbilla sobre la cabeza.

—Jamás habría sucedido, Crissy.

Cuando ella levantó el rostro, él le dio un suave beso en los labios.

—Agradezco a tu sabiduría por no haberme hecho caso, Nikolaj. Y a tu convicción. Porque han sido las armas que han desarmado mis propias resistencias.

—Y mi amor, Crissy. Es lo más importante que tengo para ti y espero de verdad que lo tengas en claro.

María Cristina le acarició la mejilla con las yemas de los dedos y sonrió.

—Te amo, Nikolaj. Por favor, nunca lo dudes, aun cuando a veces pueda comportarme como una idiota.

—Yo también te amo, mi ángel. —Y volvió a darle un beso, esta vez largo y profundo.

Cuando se apartaron, María Cristina dijo:

—La tía Moni también hizo lo suyo.

Nikolaj y ella rompieron en una carcajada.

—¡Ni que lo digas! —exclamó él—. Cuando me bajé del taxi que me trajo como un bólido del aeropuerto hasta el frente de tu edificio, encontré a tu tía hablando en la vereda con la que, luego me enteré, era tu abogada y amiga María Inés. Cuando me divisaron, te aseguro que me hubiese gustado sacarles una foto para inmortalizar la expresión de sus rostros. Tu tía se abalanzó sobre mí y me dio un abrazo tan fuerte que casi me deja sin aliento en tanto me hablaba en español con extrema rapidez. Al principio me era muy difícil entender lo que intentaba explicarme, pero, gracias a Dios, el inglés de tu amiga María Inés, que según ella era *precario*, me permitió hilvanar algunas palabras que hicieron que pudiésemos comprendernos los tres.

»Cuando María Inés me entregó el sobre con la famosa firma y tu tía hizo lo propio con la llave de tu apartamento, sentí que mi vida volvía a cobrar sentido. Estaba a un paso de ti y de nuestro futuro. Sin dejar de darles un beso a cada una en la mejilla, salí corriendo e ingresé al edificio a toda prisa. Subí las escaleras como un loco y cuando te descubrí sacando la basura frente a mí, creí que estaba viviendo un sueño.

—A mí me pasó lo mismo, mi amor. Pensé que no eras real. Y estoy tan arrepentida de mi comportamiento —aseguró acongojada con la mejilla apoyada en su corazón.

Nikolaj le envolvió la cara entre las manos y la obligó a mirarlo.

—Entiendo por qué lo hiciste, Crissy, pero debes prometerme que confiarás en nuestro futuro de aquí en más.

María Cristina asintió con vehemencia y las lágrimas comenzaron a fluir otra vez, como toda esa larga semana.

—¡Nunca más haré algo tan estúpido! —afirmó.

Nikolaj la besó profundo y comenzó a acariciarle el cuerpo de la misma manera que lo había hecho desde que ambos habían ingresado al apartamento la tarde anterior. Hambrientos, se habían arrojado uno en brazos del otro conscientes de que las barreras entre ellos se habían esfumado como por arte de magia y el amor volvía a alzarse con un grito vencedor. En un remolino de brazos y piernas se habían quitado las ropas y amado con absoluta entrega.

—Déjame verte y saber que eres real —le había dicho Nikolaj al contemplar su cuerpo desnudo con adoración.

María Cristina lo había besado con urgencia y al hacerlo, Nikolaj había perdido el control. Y en medio de la ropa desparramada y olvidada, se habían reverenciado de cada una de las maneras y posturas posibles con las manos y la boca, acariciando, succionando y degustando, en una pasión desenfrenada que solo encontró alivio muchas, pero muchas horas después.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó María Cristina repleta y agotada de satisfacción. Nikolaj la miró y sonrió.

—Confrontar a Matías.

CAPÍTULO 37

—¡Me tienen que ayudar! —gritó María Cristina ni bien entró al apartamento de su tía, quien estaba sentada a la mesa desayunando con Cleo.

—Pero ¿qué pasa, mi amor? —Quiso saber Moni que colocó la taza de café sobre el platito de porcelana.

—¡Nikolaj se fue!

—¿CÓMO? —chillaron las dos a la vez.

—¡Ah, no! ¡Otra vez no! ¿Qué le hiciste ahora, chiquilina? —Moni se levantó de la silla enojada con María Cristina.

Pero esta negó con la cabeza.

—¡No, tía! No se trata de mí. ¡Niko ha ido a enfrentar a Matías!

—¿Qué? —clamó Moni espantada.

—¿No lo pudiste detener? —inquirió Cleo que también se levantaba con un rastro de impotencia en el rostro.

—¡Esperó a que me quedase dormida!

—¡Por Dios! —exclamó Moni y se dirigió deprisa hacia el dormitorio.

Cleo aprovechó el momento para acercarse a su lado.

—Quédate tranquila, amiga. Ni siquiera sabe dónde localizarlo.

—¿Y crees que eso lo detendrá?

En ese segundo, la tía regresó de la habitación con una billetera en la mano mientras se colocaba unos lentes oscuros de sol que le daban aspecto de Mata Hari.

—¡Vamos, chicas!

—¿Adónde? —preguntó Cleo.

—Al negocio de Matías. Queda a pocas cuadras de aquí y, además, es famoso por la ropa que vende, en especial las botas de *cowboys* que tanto gusta a los muchachos. Por lo tanto, no creo que a Niko le lleve mucho tiempo enterarse de a dónde hallarlo.

Dicho esto, las tres salieron con urgencia del apartamento. Eran las nueve de la mañana y no había señales de ningún transeúnte. Hacía tanto calor que la gente parecía haberse quedado dentro de sus casas, lo cual era una ventaja en caso de que ocurriese algún problema entre Matías y Nikolaj. La ciudad no era muy grande y los rumores solían correr como reguero de pólvora.

—Me muero si por culpa de Matías, Nikolaj llega a ser expulsado del país.

—Querida, los hombres tienen diferentes maneras de resolver los problemas y no siempre es a los puños —contestó la tía Moni.

—Ya estamos cerca —agregó Cleo, que caminaba con sandalias de Manolo Blahnik con tacones de doce centímetros, de la misma forma que lo haría si llevase zapatos deportivos. María Cristina admiraba la capacidad de su amiga.

A unos treinta metros del negocio de Matías, se escuchó lo que parecía un bramido de guerra y las tres comenzaron a correr, presintiendo lo peor. En el momento en que llegaban a la puerta, un individuo alto de unos treinta años salía del negocio a toda velocidad.

—¿Qué sucede, joven? —interrogó la tía Moni.

—¡El dueño del negocio, mi jefe, se ha liado a trompadas con un tipo extranjero y están destrozando el lugar! ¡Voy a buscar a la policía que queda a la vuelta!

—¡NO! —gritaron las tres y Cleo sostuvo del brazo al hombre, que la miró primero sorprendido y después confundido.

—Por favor, espera —susurró con la voz sensual que la tía Moni y María Cristina sabían que podía derretir a cualquier ser del planeta que llevase algo entre las piernas. Y ese sujeto no parecía ser la excepción.

—Pero...

—Déjalos que acomoden las cosas entre ellos —ronroneó Cleo—. Ese extranjero que mencionas es el nuevo novio de la exmujer de tu jefe y de seguro están poniendo las cosas en su lugar.

—Tú sabes, definiendo territorio... —agregó la tía Moni, que se sacó los lentes de sol al mismo tiempo que se escuchaban ruidos secos y bufidos salvajes del interior del local.

Aprovechando que sus aliadas entretenían al muchacho, María Cristina ingresó al negocio para tratar de detener la pelea. Lo primero que vio fue la ropa desparramada por todos lados y las cortinas de dos probadores arrancadas y tiradas en el suelo. Algunas sillas yacían volcadas y otras por completo estropeadas. En medio de semejante destrozo, Nikolaj se encontraba sentado a horcajadas sobre Matías y descargaba una serie de trompadas sobre su rostro.

—¡Paren, por favor! —gritó María Cristina, pero ninguno pareció escucharla. Ambos estaban bastante golpeados, aunque Matías parecía ser el que se estaba llevando la peor parte.

—¡Nunca más te acercarás a ella! —tronó Nikolaj con tal furia que asustó a María Cristina.

—¡Ella es mía, vikingo idiota! —respondió Matías escupiendo sangre de la boca.

—¡Ya no!

Y comenzaron a pelear de nuevo como dos luchadores de *wrestling*.

—Dios mío, ¡deténganse! —volvió a gritar María Cristina, pero ambos hombres la ignoraron, absorbidos por las toneladas de adrenalina que circulaban por sus torrentes sanguíneos.

—¡Querida! ¡Mira qué maravilla! —exclamó Moni a su lado. Al girar el rostro se sorprendió al ver que su tía contemplaba la patética escena con una sonrisa en la boca—. Dos hombres peleando por ti, mi amor —dijo embelesada—. ¡Como en las viejas épocas! Tu tío una vez hizo lo mismo por

mí...

—¡Se están matando! —chilló María Cristina en tanto preguntaba desesperada— ¿Dónde está Cleo?

—¿Y qué crees? Afuera, entreteniendo al empleado de Matías. Conoces los encantos de tu amiga... —Moni no pudo concluir la frase, interrumpida por el estruendo que provocaron los cuerpos de los dos hombres al caer contra una repisa repleta de camisas que se desplomó desparramando las piezas alrededor. Al ver que ninguno de los dos había sufrido daño, su tía concluyó — seguro que ese muchacho termina pidiéndole el número de teléfono a Cleo.

María Cristina pensó que se volvería loca. Ni Nikolaj ni Matías parecían querer rendirse y seguían revolcándose y golpeándose como salvajes en el piso entre las pilas de prendas y botas de *cowboys* que tan famoso habían hecho al negocio de su exesposo en la ciudad.

—¡Cleo! —llamó María Cristina a viva voz—. ¡Dile al empleado de Matías que nos ayude a separarlos!

Pero esta no respondió. De repente, ambos luchadores se pusieron de pie y Nikolaj aprovechó ese instante para empujar desde atrás y con todo el peso de su cuerpo al de Matías que cayó contra la pared del probador.

—Tú y yo tenemos que hablar —siseó Nikolaj a su rival, quien, con la mejilla enterrada contra el espejo y los brazos retorcidos a la espalda, se resistía.

—Eres un hijo de puta. ¡Ladrón! —gritó Matías forcejeando, pero las manos de Nikolaj lo aferraban de las muñecas como si fuesen grilletes de hierro.

Con un movimiento brusco, Nikolaj le dio la vuelta y con toda la potencia de su pecho lo arrinconó de espaldas contra la pared.

—No voy a consentir que la sigas acechando, ¿me oyes? —advirtió con la nariz casi pegada a la de su enemigo y mostrando los dientes como un perro rabioso—. Si te quieres hacer el cabrón, hazlo con alguien de tu mismo

tamaño. ¡Aquí me tienes!

—No te voy a dar ninguna explicación a ti, tipito prestado de Europa —contestó rabioso Matías—. ¿Pero quién te crees que eres?

—El hombre que ama a Crissy —respondió rotundo y sin dejar de sostenerle la mirada. Ante sus palabras y el aura de autoridad implacable que Nikolaj irradiaba de forma natural, los ojos de Matías reflejaron una cierta vulnerabilidad—. Y al que ella ama —agregó definitivo—. Y tú lo sabes.

—¡Pues entérate de que yo jamás podré dejar de hacerlo! —dijo este con los ojos, de súbito, llenos de lágrimas—. Nunca hubiese deseado separarme de María Cristina. Ella llenaba mi vida, era mi gran amor y mi luz, pero ahora me siento vacío, furioso y sin rumbo.

—¿Y esperabas que acosándola la harías regresar a tu lado? —cuestionó Nikolaj glacial.

—No lo sé —murmuró Matías con las lágrimas cayéndole por las mejillas —, pero ya no soporto más este dolor que me agobia al ver que ella se me está escapando de las manos.

—Matías. —La voz suave de María Cristina hizo que ambos hombres la mirasen. Uno con pesar y el otro con admiración—. Tendrás que aprender a sanar las heridas —expresó mirándolo con cierta dulzura, como si tratara de encontrar en él al muchacho que alguna vez había amado—. Porque yo ya he elegido...

Ante sus palabras, Matías se la quedó contemplando como si hubiese caído en trance.

Nikolaj lo soltó y se apartó para ponerse al lado de María Cristina. Ella tomó su mano y entrelazó los dedos con los de él.

En medio del silencio y ante lo evidente, Matías agachó la cabeza y abandonó el lugar.

EPÍLOGO

Dinamarca, 15 años después

—¿Qué miras, amor?

—Ven, siéntate —dijo María Cristina y palmeó con suavidad a su lado, sobre el sofá.

Al hacerlo, su esposo le pasó el brazo por el hombro y le sonrió. María Cristina suspiró embobada porque su sonrisa seguía pareciéndole hermosa. Después de quince años de matrimonio, Nikolaj continuaba siendo impactante, con algunos cabellos grises que acentuaban la imagen de hombre estable y sólido, además de conservar una figura privilegiada. Por su parte, María Cristina había engordado algunos pocos kilos, pero mantenía el cuerpo tonificado con las clases de yoga y *latin mix* que tanto disfrutaba.

Nikolaj le dio un beso en la mejilla y le susurró al oído:

—Sigues siendo una preciosura para mí y me haces el hombre más feliz del mundo, mi ángel.

Ante sus palabras, María Cristina levantó la mirada hacia el cuadro que Nikolaj había pintado hacía más de veinte años y que reposaba en la pared principal de la sala. Y no pudo dejar de emocionarse. Su forma de llamarla respondía a ese ser alado que Nikolaj hacía tanto tiempo había creado y que aseguraba era ella a quien él había detectado antes de conocerla.

—Y tú a mí. El tiempo ha pasado demasiado rápido, Niko. Hemos aprendido de las buenas y de las malas épocas, pero siempre unidos.

Los dedos largos de la mano fuerte le acariciaron el brazo con enorme

suavidad.

—Desde el primer instante que tú y yo hablamos, supe que mi rol sería el de acompañarte y cuidarte, Crissy. Percibí muy hondo dentro de mí que tu alma se expandiría y que yo sería la persona que estaría a tu lado para poder ayudarte a hacerlo.

—¿Todo eso captaste aquel día en que te mandé el bochornoso correo desde el laboratorio?

Nikolaj sonrió.

—Bueno, en realidad cuando fui consciente de que lo nuestro iba a ser posible.

—Pues lo has hecho bien, cariño, porque has sido como un menhir sólido e inamovible, dispuesto a soportar lo que fuese necesario para que pudiese ser feliz.

Nikolaj la abrazó más fuerte y le dio un beso lleno de ternura en la boca, que demoró un rato en sus labios hasta que unas voces los interrumpieron.

—¡Papá! ¡Crissy! —exclamaron sus hijos cuando ingresaron al comedor.

Iben, la mayor, tenía veintitrés años y estudiaba Sociología con orientación en Psicología en la facultad. Por su parte, Jørn de veinte, había comenzado la carrera de Astronomía y David, de dieciocho, planeaba ingresar a Medicina el año entrante.

Los tres jóvenes se sentaron alrededor de ellos: los dos más grandes en dos silloncitos que hacían juego con el sofá y David sobre la alfombra.

—Llegamos en el momento justo. —Se maravilló Iben mirando a sus hermanos que asintieron de inmediato y clavaron la mirada en el álbum de fotos que reposaba sobre la falda de María Cristina, donde las memorias que los cinco habían construido esperaban a ser recordadas una vez más.

Cuando María Cristina abrió la primera página, volvieron a reír con las fotos del casamiento de Nikolaj y ella en el ayuntamiento de Aarhus, llamado Casa Roja. Las imágenes la mostraban con un vestido de color coral que le marcaba la figura espigada y unos zapatos elegidos por su amiga Cleo de

color arena con tacos de diez centímetros de alto. La cabellera repleta de bucles rubios le caía suelta por la espalda y llevaba con orgullo un ramo de rosas blancas y coral, con un toque de delicadas *gypsophilas*, el cual había sido hecho por sus propias manos.

—Eras la novia más linda —aseguró Iben sin dejar de contemplar las fotos.

—El buqué era precioso —comentó Jørn.

Nikolaj asintió con la cabeza.

—Recuerdo que Crissy se levantó a las seis de la mañana para poder terminarlo a la hora adecuada.

—Me sentía muy nerviosa, mi amor. La tía Moni, Anastasia, mis tres sobrinos y Cleo estaban próximos a arribar a casa provenientes del aeropuerto y necesitaba tener todo listo para poder recibirlos como se merecían —aclaró María Cristina.

—¿Es verdad que la boda tenía que llevarse a cabo dos minutos después de las dos de la tarde? —Quiso saber David, que apenas tenía recuerdos del casamiento debido a que había sido muy pequeño en aquel entonces.

—Sí. Era uno de los pocos horarios que quedaban ese día en el registro civil y lo tomamos sin dudar —contestó Nikolaj.

—Pero ¿quién puede contar los minutos tan a la perfección? —cuestionó David.

—Pues aquí las cosas son así —respondió Jørn con una risita baja.

—¿Se acuerdan de la pareja que estaba primero que ustedes?

Todos rompieron en carcajadas ante el comentario de Iben. Aún seguían recordando a ese par con los años.

Nikolaj y ella habían llegado al ayuntamiento con los tres niños vestidos de forma impecable. Nikolaj, enfundado en un traje de color gris con camisa blanca y moño negro, había llevado de la mano, muy orgulloso, a María Cristina. A los pocos minutos se habían unido Anastasia, Cleo, la tía Moni y los tres sobrinos, quienes también se habían vestido con todas las galas.

Mientras habían estado esperando en la sala de espera, habían arribado una

mujer y un hombre enormes quiénes, con varias bolsas de supermercado en la mano, se habían sentado en la sala de espera y se habían puesto a comer un paquete de galletas. Los niños los habían observado curiosos hasta que María Cristina y Anastasia con un gesto en las miradas les habían hecho entender que dejasen de hacerlo. Si bien los pequeños habían mirado en otra dirección, Larita, escondida detrás de las piernas de su madre, había seguido espiando a la pareja.

A las dos de la tarde, la asistente del juez de paz vestida de negro impecable había abierto la puerta de la sala de ceremonias y por los respectivos nombres había llamado a los miembros de la primera pareja que casarían. Para sorpresa de todos, el hombre y la mujer sentados junto a ellos se habían apresurado a guardar las galletas y, cargando los bártulos, habían ingresado al recinto. Exactamente dos minutos después, la puerta se había vuelto a abrir para dar lugar a los recién casados que, con las bolsas aún en las manos, saludaron con una escueta inclinación de cabeza a la asistente y, masticando, se habían marchado en silencio.

Cada uno de los presentes se había quedado pasmado observándolos con la boca abierta, hasta que la voz de la mujer gritando «¡María Cristina Cipriani y Nikolaj Skovlund!», los había regresado a la realidad.

En medio de las risotadas y a medida que las hojas del álbum iban pasando, María Cristina contemplaba con una sonrisa a sus cuatro tesoros. Habían transcurrido muchos años desde que ella se había lanzado a la más insólita de las aventuras en donde había tenido que aprender a ser parte de las vidas de Nikolaj y los niños.

Atrás había quedado Matías a quien, luego de la tremenda pelea que Nikolaj y él habían tenido en la tienda de ropas, jamás había vuelto a ver. Varios años más tarde, la tía Moni y Cleo le habían contado que se había casado y que, fruto de ese matrimonio, había tenido un hijo.

Por su parte y a lo largo de varios años, María Cristina y Nikolaj habían abordado varias veces el tema sobre la posibilidad de tener un hijo o no. El

choque cultural y el desarraigo habían ocupado demasiado del tiempo y de la energía de María Cristina, lo cual había hecho muy difícil tomar una decisión al respecto. No solo había tenido que aprender el complejo idioma danés, sino que además había debido insertarse en una sociedad muy diferente que mantenía una cierta reserva hacia los extranjeros. Por ende, durante muchos años María Cristina había debido exigirse al extremo para poder demostrarle al pueblo danés que ella era una persona con la que se podía contar. De esta manera, había aprobado los exámenes de la lengua danesa con las puntuaciones más altas y años después había obtenido el diploma de la carrera de pedagogía también con muy buenas calificaciones. Así, cuando María Cristina había conseguido empleo en el gabinete pedagógico de una escuela a un año de haber obtenido dicho diploma, la familia entera había festejado a lo grande. Y era donde ella continuaba trabajando al día de la fecha.

También el bienestar de Iben, Jørn y David había puesto en puntos suspensivos la decisión de tener un cuarto hijo. Los tres pequeños habían tenido que poner mucho de su parte para darle la bienvenida a una nueva mujer en sus vidas, y si bien desde el primer momento la habían aceptado con todo el corazón, construir una relación basada en la confianza y la buena comunicación había requerido de mucha atención y dedicación de ambas partes para poder aprender a comprenderse en un marco cultural tan diferente. Y cada vez que María Cristina reflexionaba sobre eso, no podía evitar recordar una anécdota que le resultaba muy graciosa:

Iben, Jørn y David habían sabido desde el principio que ella detestaba la palabra “madrastra”, más aún cuando se había enterado de que los daneses le decían *papmor* a una madrastra y que literalmente quería decir *madre de cartón*. Ante el refunfuñe de María Cristina, los tres niños se habían reunido en su habitación para deliberar al respecto hasta que luego de un rato se habían presentado ante Nikolaj y ella para comunicarles que a partir de ese momento María Cristina iba a ser llamada con todo cariño: *papkassemor*, es

decir, *mamá cajita de cartón*. Ante los tres chavales parados frente a ella que la habían contemplado con los ojos llenos de orgullo y ansiedad, María Cristina había claudicado con una enorme sonrisa, lo cual le había valido un enorme abrazo de los niños con la carcajada de Nikolaj a su lado.

Así que, en la actualidad, su marido con cuarenta y siete años y ella con cuarenta, habían delegado la decisión final a la madre naturaleza. María Cristina todavía contaba con un par de años por delante para poder quedar embarazada, pero tenía muy en claro que en caso de que no llegase a producirse, no iba a significar una tragedia. Iben, Jørn y David eran sus hijos soñados, los amaba con el alma y ellos se lo retribuían de igual manera. Una vez Jørn, cuando tenía dieciséis años, le había dicho algo que había echado por tierra cualquier duda o resquemor acerca de su rol como *papkassemor*:

—Crissy, te amo de verdad como a una madre. Yo era tan pequeño cuando tú llegaste, que no recuerdo ningún tramo de mi vida sin ti.

La viva voz de David la trajo al presente.

—¡Adoro esta foto, Crissy! —exclamó señalando con el dedo una fotografía en donde su padre Carlos reía y abrazaba a su madre, quien con una mueca de enorme satisfacción sostenía en las manos un jarrón repleto de flores.

Una profunda nostalgia invadió a María Cristina al contemplar esos rostros sonrientes. Carlos y Alfonsina, para su desgracia, habían muerto hacía seis años. Primero había fallecido su padre de un paro cardíaco y después lo había seguido su madre, que no había podido superar la ausencia de su queridísimo esposo.

Perder tan rápido a sus padres había sido un golpe muy duro para María Cristina, ya que los sólidos y amadísimos pilares que ellos habían significado, sostenedores de gran parte de su identidad, habían desaparecido. Y si bien había sufrido su ausencia con un profundo dolor, también había aprendido a aceptar que los nuevos cimientos que ella tendría que empezar a construir habrían de sustentarse en ella misma. Y en su familia. El amor y el apoyo

incondicional de Nikolaj y los niños serían fundamentales para ayudarla a lograr ese propósito.

Suspiró y detuvo la mirada en Iben, que parecía muy concentrada observando la imagen ubicada al lado.

—¿Qué llama tu atención, hija? —Quiso saber.

Con la yema de los dedos la jovencita tocó la superficie del papel.

—Me encantan estas parejas.

María Cristina sonrió.

Un grupo de personas sentadas a una mesa cubierta con un mantel blanco, que comían al lado de un bellissimo arroyo aparecían en esta. De un lado se apreciaban la tía Moni y Vicente y del otro a su amiga Renata con su esposo Guido y la hija de ambos, llamada Jimena. En la punta, se la veía a Cleo muy sonriente con Ricardo, su pareja.

—¡Cuéntenos un poco de las historias de ellos! —dijo David entusiasmado

—Pero si se las saben de memoria.

—Por eso queremos oírlas otra vez.

María Cristina respiró hondo y comenzó una vez más a relatarles las vidas de las tres parejas

Cuando faltaba poco para dejar su país, María Cristina había invitado a pasar unos días al campo de sus padres a Vicente, a Renata y a Guido, quienes habían dicho que sí con muchísimo gusto. Guido había sido un amigo de la infancia de Renata y ambos se habían vuelto a encontrar después de muchos años. Al hacerlo, el fuego del amor había estallado entre ellos y se habían puesto de novios casi de inmediato.

Hecha la invitación, los tres rosarinos habían llegado a Paraná, y María Cristina, como siempre había soñado, había presentado a la tía Moni al famoso Vicente, el padre de Renata. Y para su gran alegría, apenas Moni y Vicente se habían visto, habían caído enamorados como dos tortolitos.

Si bien en un principio Vicente había tenido que luchar un poco para echar por tierra los pruritos de Moni acerca de tener un novio a tan avanzada edad,

la frescura y la decisión de él habían terminado por hacerla claudicar y al final Moni se había entregado al amor incondicional de ese hombre, que la llenó de atenciones a partir de ese instante.

A su vez, Renata y Guido también se habían casado muy enamorados y dos años después habían recibido la gran bendición de tener una bellísima hija, de unos ojos verdes increíbles, a la que habían bautizado Jimena y cuya madrina había sido María Cristina.

Por su parte, Cleo también le había dado una enorme sorpresa. El empleado de la tienda de Matías, aquel que su amiga había retenido en la puerta cuando había intentado ir a buscar a la policía para detener la pelea entre Nikolaj y Matías, había caído rendido a los pies de ella luego de una historia de idas y venidas muy particular entre ambos y le había pedido ser su pareja. Ese chico era Ricardo, quién veneraba a Cleo y con quién su bella amiga planeaba tener un hijo.

—Así que como verán, queridos chicos —indicó Nikolaj—, María Cristina pudo venir a estas tierras sin tantos remordimientos porque sus seres queridos habían quedado en muy buenas manos.

María Cristina asintió, porque lo que decía su esposo era la pura verdad.

—¿Podemos ver la foto de la familia de la tía Anastasia en el jardín de su casa? —propuso Jørn a continuación.

Iben hojeó el álbum hasta que la encontró.

—Aquí está —dijo señalando con el dedo.

Los cinco pares de ojos se clavaron en una fotografía bastante reciente de una navidad festejada en el jardín de la casa de la hermana de María Cristina en donde los presentes, vestidos de forma muy elegante, se mostraban muy sonrientes mientras dos perros dóberman de color marrón los miraban con curiosidad.

Anastasia aparecía abrazada a un nuevo novio que, según le había dicho en una reciente charla telefónica, la hacía muy feliz, pero no había querido explayarse demasiado porque esperaba a que la relación hubiese sido

declarada por completo oficial.

A un costado se la veía a Larita, bellísima con su metro ochenta de altura, al lado de su novio Achi, un joven muy simpático y también muy alto, que, según su sobrina, eran el uno para el otro. Lara era diseñadora de modas y estaba en plena organización para lanzar su propia marca de ropa al mercado, en tanto Achi estudiaba relaciones empresariales.

Al lado de Lara estaba Xavier, que le daba un beso a su esposa Belén. El niño travieso se había transformado en un jugador de rugby muy famoso en su país. Se había casado muy enamorado de la joven, una comedianta también muy conocida, que era una persona muy bella no solo por fuera sino en especial por dentro. Xavier y Belén llevaban dos años de matrimonio y acababan de dar la maravillosa noticia a la familia de que estaban esperando un bebé.

En el medio y con sus dos metros de altura, se destacaba Axel que le daba de comer en la boca a su querida Brenda, una mexicana preciosa. Semejante oso al lado de la muchacha mucho más pequeña que él, generaba en la gente que los observaba mucha ternura. Ambos eran médicos y pensaban viajar y trabajar en sus dos países natales y también en la India.

—No veo la hora de que un día podamos estar todos juntos —expresó Iben con nostalgia.

—Y yo, mi amor —contestó María Cristina pensando en que su hija le había adivinado los pensamientos.

—Pronto —le susurró Nikolaj al oído y María Cristina asintió con un mohín de esperanza.

—Y aquí está la abogada salvadora —dijo Jørn apuntando a la fotografía de abajo.

—¡Gracias a ella estamos casados! —exclamó Nikolaj con fervor.

En la imagen, María Inés sonreía junto a María Cristina.

—Logró lo que parecía un imposible —aseguró llena de un profundo agradecimiento hacia otra de sus grandes amigas—. Es más, cuando pudimos

presentar los papeles con la tan mentada firma a las autoridades danesas, estas mandaron a felicitar a María Inés por el impecable trabajo que había llevado a cabo. Nikolaj y yo le debemos demasiado y nunca podremos agradecerle lo suficiente.

—Y jamás quiso recibir un centavo —aclaró su esposo.

—Es pura generosidad. —La voz de Jørn acompañó el sentimiento de los allí presentes.

Los cinco siguieron viajando a través de los distintos recuerdos, hasta que al dar vuelta una de las últimas hojas del álbum, apareció una foto que hizo que María Cristina y Nikolaj la contemplaran con un brillo especial en los ojos.

—Esta es muy especial —musitó ella.

—También para mí —concordó su esposo con dulzura.

Nikolaj y María Cristina, abrazados y muy sonrientes, se hallaban parados al lado de un vehículo debajo del árbol de la mora en el campo de sus padres. Y Nikolaj vestía la chaqueta de color pardo que su padre Carlos le había regalado la noche en que habían anunciado la boda.

No pudo contener las lágrimas al recordar ese instante. Había sucedido un par de años después de haberse casado con Nikolaj en un viaje que ambos habían realizado a Argentina durante la estación invernal. Carlos y Alfonsina habían invitado a toda la familia a comer al campo para festejar el reencuentro. Y para llegar al predio, Nikolaj y María Cristina habían utilizado el coche de ella, que nunca había deseado vender.

Sentado al volante, Nikolaj, enfundado en la chaqueta de color pardo debido al frío que hacía, había hurgueteado en uno de los bolsillos de la prenda hasta que había extraído un par de lentes con aumento que se había apresurado a colocar. Como María Cristina había descubierto poco tiempo después de la boda, Nikolaj sufría de una leve miopía en los ojos que le exigía usar gafas para leer y manejar.

Hecho esto, habían partido de inmediato y cuando habían arribado al lugar,

su esposo había aparcado el vehículo debajo del árbol de mora que se encontraba a la entrada de la casa. Apenas se habían bajado, Nikolaj se había apresurado a dar la vuelta por detrás del coche para alcanzarla a ella y apoyarla con suavidad contra el vehículo, donde había aprovechado a darle un gran abrazo.

Y en ese instante, María Cristina lo supo. Estaba viviendo la circunstancia exacta que había soñado varios años atrás y que gracias a esta había podido reconocer a Nikolaj cuando había aparecido en su vida un año y medio después. Y para immortalizar ese momento para siempre, María Cristina había tomado una *selfie* con su teléfono.

«Nikolaj», pensó María Cristina y suspiró.

Su Nikolaj era un capítulo aparte en su vida. Uno muy especial y único. Era el hombre de su vida y la persona por la cual agradecía al universo cada día y cada instante por haberla conducido a él.

En los quince años que llevaban juntos, Nikolaj jamás la había hecho sufrir. Podían tener discusiones como cualquier pareja, algunas de las cuales y sobre todo en los primeros años de casados, bastantes fuertes y que habían culminado con los dos durmiendo en habitaciones separadas o moqueando en algún rincón de la casa. Pero, gracias a Dios, nunca habían durado demasiado, porque sencillamente Nikolaj y ella no podían evitar arrojarse uno en brazos del otro.

Él era un hombre sólido, lleno de fortalezas, fiel al extremo, maravilloso padre y un compañero de viaje inigualable. Al menos para María Cristina. Y lo que más le gustaba era el diálogo que podían tener.

Hablar con Nikolaj era una verdadera experiencia. Tenía una bella sabiduría que se había acentuado con los años y su positividad la había sacado varias veces de algunos baches profundos en los que había caído cuando todavía no había logrado dejar de sentirse una extraña en el nuevo país. Además, era sensual, dedicado y generoso en la vida sexual, lo cual la colmaba. Y por eso, más de una vez se había preguntado cómo diablo había llegado un hombre así

a su vida.

—Yo me he hecho la misma pregunta sobre ti —interrumpió la voz de él.

María Cristina lo miró y le devolvió una sonrisa radiante. Una vez más y como de costumbre, Nikolaj percibía lo que estaba pensando.

—Me dejas desnuda —susurró, tratando de que los jóvenes no la escuchasen y que siguiesen entretenidos con el álbum familiar.

—Esta noche, mi amor —le contestó al oído.

—¡Paren, paren! —exclamó Iben con una mueca de diversión. Nikolaj y María Cristina la miraron y Jørn y David hicieron lo mismo por su parte—. Necesito hacerles una pregunta.

—¿A ver? —Quiso saber Nikolaj.

—Me gustaría saber cuál es el secreto para que una pareja, después de tantos años, aún siga tan enamorada y feliz como la de ustedes. No es muy común ver algo así.

—Yo creo que es más normal de lo que suponemos —contestó Nikolaj—. Lo que pasa es que lo engorroso siempre es lo más visible.

—Pero a ver, ustedes que siempre han sido mi ejemplo, ¿cómo lo han logrado? —insistió la joven con los preciosos ojos almendrados.

Nikolaj miró a su esposa y le acarició la mejilla.

—Lo que ha funcionado entre Crissy y yo no es solo el amor enorme que nos tenemos, sino también el hecho de que nos hemos preocupado el uno por el otro.

—¿No es lo que todas las parejas hacen? —interrogó Jørn cuya curiosidad parecía haberse despertado con las preguntas de su hermana.

—Claro, pero a lo largo del tiempo puede ocurrir que, si no se cuidan esos aspectos, paulatinamente lleguen a perderse —contestó María Cristina.

Nikolaj la tomó de la mano y entrelazó los dedos con los suyos.

—Los dos hemos entendido que cada integrante de una pareja necesita obtener algo en la vida, porque tanto uno como el otro están transitando un viaje hacia algún lugar de su propia historia. Por eso, una relación de pareja

puede perdurar, o al menos así lo vemos Crissy y yo, si cada una de las partes contribuye al desarrollo de la otra. No se trata de impedir, sino de disfrutar del viaje de los dos, aunque a veces el ser amado pueda estar necesitando permanecer más en sí mismo que compartir con el otro. Son facetas que pueden llegar a ser muy enriquecedoras si se tiene paciencia.

—Tú siempre has sido el más tolerante, mi amor —dijo María Cristina con una sonrisa de oreja a oreja y Nikolaj rompió en una carcajada.

—O sea que no hay que ser egoísta —agregó David, que parecía sumergido en sus propias reflexiones.

—Aunque suene a cliché, es por completo válido —contestó su padre—. A veces, la acción del ego es inevitable, pero Crissy y yo luchamos cada día para que el ego de uno no se interponga en el crecimiento del otro y sea el amor el que tome su lugar. Yo de verdad pienso que cuando uno o los dos miembros de una pareja comienza a percibir que, por las razones que sean, su par está entorpeciéndole su desarrollo y evolución, entonces la fractura en la relación será casi inevitable.

—¿Es cuando uno comienza a preguntarse por qué tiene que permanecer al lado de esa persona?

—Claro, Jørn —respondió Nikolaj—. Nuestra pareja ha sido y sigue siendo un complejo universo de libertad, compromiso, soporte, unión y mucho amor. Y Crissy y yo agradecemos cada instante por habernos encontrado y por habernos puesto de acuerdo para constituir nuestra familia.

—Y si María Cristina o tú, papá, se enfermara de algo irremediable, ¿no significaría que uno detendría el desarrollo del otro?

—Si Crissy cayese enferma de gravedad ajena a su voluntad, ¿entonces por qué debería castigarla pensando y sintiendo de esa manera?

Iben asintió y preguntó con ansias:

—¿Puede uno darse cuenta de que la persona que tenemos al frente es la adecuada?

María Cristina no pudo evitar emitir una risa baja.

—Si bien la mente puede jugar unas cuantas malas pasadas —dijo recordando cuando casi había perdido a Nikolaj por sus temores—, te aseguro, hija, que el corazón llega a afirmarte de todas las maneras posibles que a quien has hallado es tu gran complemento.

—Es lo que sentí cuando te descubrí, Crissy. Lo hemos logrado —expresó Nikolaj con los ojos radiantes de amor. La estrechó entre sus brazos y con mucha ternura le susurró al oído—. Tenía que ser yo, mi ángel.

María Cristina le envolvió la cara con las manos y luego de darle un beso, contestó:

—¡Ídem, mi amor!

Y entre risas, los tres hijos se unieron a ellos en un multitudinario abrazo.

FIN

NOTA DE AUTORA

Espero que hayas disfrutado de la historia de María Cristina y Nikolaj.

Me gustaría contarte que esta pareja existe en la vida real (aunque se llamen de manera diferente) así como también la mayoría de los personajes que los acompañan.

Como significa mucho para mí, me atreví a recrear esta hermosa historia de amor para dar vida a mi relato.

Si quieres saber más sobre mi carrera como escritora y los libros que ya tengo publicados en Selección BdB, de Penguin Random House, me encantaría invitarte a que te pases por mi blog:

<https://chrisdewitromance.wordpress.com>

También puedes encontrarme en Facebook:
Chris de Wit Romance

<https://www.facebook.com/chrisdewitromance/>

Desde ya, muchísimas gracias.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las infinitas gracias a:

Mi amada familia (la de aquí y la de allá)

Mi querida Lola Gude y todo el equipo de Selección BdB.

Mis queridos lectores.

Mis entrañables compañeros y amigos escritores.

Mis lectoras cero: Juana, Viviana, Silvia y Silvina

Susana y su enorme generosidad

María Inés y Marcelo.

Mis amigos (¡Chicas!)

Ana, Águila Blanca y el manantial.

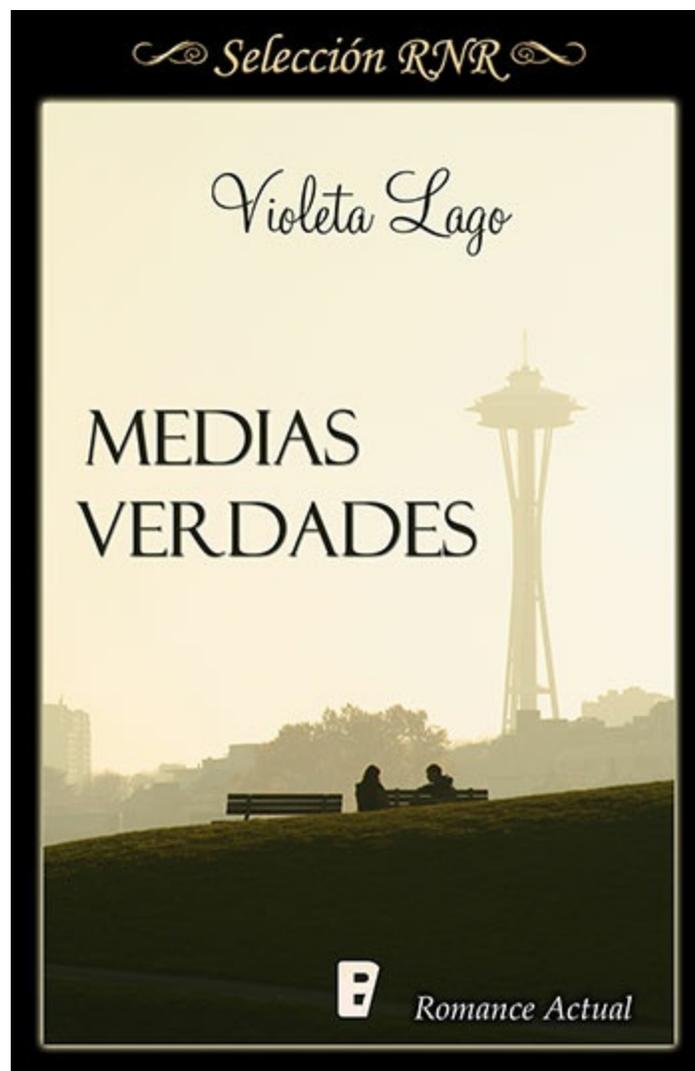
Si te ha gustado

Tenía que ser yo

te recomendamos comenzar a leer

Medias verdades

de *Violeta Iago*



PRÓLOGO

«Dos páginas más y termino», pensó Kate sin apartar los ojos de la pantalla del ordenador, mientras se masajeaba las sienes. Tenía un terrible dolor de cabeza. Sentía náuseas, y una persistente sensación de tirantez en la parte baja del abdomen llevaba molestándola largo rato. Los tres primeros meses de embarazo casi no habían hecho mella en su cuerpo. Apenas se le notaba la prominencia del vientre y lo único perceptible a la vista era un ligero aumento del tamaño de los senos, que algunas compañeras confundían con una reciente mamoplastia. ¡Si ellas supieran! En seis meses tendría en brazos a su *gordito*. Un pequeño bebé llorón, que sería suyo y de Matt. Si era niño se llamaría Matthew, como su padre. Y si era niña, Audrey, como su bisabuela paterna.

Kate pensó en su madre. «Tengo que llamarla para contárselo», se dijo. «No. Mejor se lo diré cuando vengan la próxima semana a pasar unos días con nosotros. Le va a encantar ser abuela».

Estaba a punto de terminar el informe. Solo una página más y se podría marchar. Había quedado con Matt en que iría a comprar cosas para el bebé al salir de trabajar, pero se encontraba muy fatigada; por eso había decidido volver a casa sin pasar por el centro comercial. Aún tenían tiempo de sobra para hacerse con todo el ajuar infantil. Otro día se acercarían los dos, y entonces elegirían juntos la cuna, el carrito de paseo, la silla para el coche... y comprarían esos patucos blancos tan bonitos que vieron en el escaparate de *Baby's Dreams*.

«Bien. ¡Acabé!», pensó Kate, mientras guardaba el documento y cerraba el ordenador.

Recogió su mesa, agarró el bolso y la chaqueta, y se dirigió al despacho de Stephen, su inmediato superior. Cuando estuvo frente a la puerta, tocó con los nudillos y acto seguido la entreabrió para no molestar.

—Steve, ¿puedo irme hoy un poco antes? Me duele muchísimo la cabeza.

—¿Has terminado con eso? —le preguntó él.

—Está todo el informe mecanografiado. Mañana vendré más temprano para revisarlo, pero ahora mismo me encuentro realmente mal —contestó Kate.

—Anda, vete y descansa. Te veo mañana.

—Gracias. Te debo una. Hasta mañana.

Recogió su Volkswagen Beetle blanco del aparcamiento y tomó rumbo hacia la autopista en dirección a su casa.

Conducía de forma mecánica, puesto que se sabía el camino de memoria, al tiempo que pensaba en Matt. A él le hacía ilusión ser padre. Ciertamente es que le quitaría tiempo de trabajo, porque parte de la mañana tendría que dedicársela al bebé. Pero cuando el niño estuviera dormido, podría seguir pintando sus cuadros. Solo tenían que asegurarse de comprar un intercomunicador con suficiente alcance para que llegase hasta el estudio de pintura situado en el jardín.

Estacionó el coche en la puerta del garaje a sabiendas de que Matt estaría en casa. Esa misma mañana le había dicho que no la acompañaría en las compras porque tenía que terminar varias pinturas para una exposición en una galería de arte en Jersey.

Cogió sus cosas del Beetle, abrió la verja del jardín y se dirigió directamente hacia el estudio. Al llegar, encontró las persianas bajadas y la puerta cerrada. En seguida se preocupó. ¿Y si estaba enfermo? Ella tampoco se encontraba bien, así que imaginó que quizá habían comido algo en mal estado la noche anterior. Entró por la parte trasera de la casa, dejó el bolso en la encimera de la isleta central de la cocina, y se fue hacia el dormitorio que compartían.

Al doblar la esquina del pasillo le pareció oír voces. «Puede que se haya tumbado para descansar y se habrá dejado la radio encendida antes de quedarse dormido».

Se acercó a la puerta y la abrió con sumo cuidado para no despertarle.

El espectáculo que presenció hizo que se quedase petrificada, con la mano aún en el pomo y los ojos abiertos como platos.

Efectivamente, Matt estaba en la cama. Pero no solo. A su lado, o mejor dicho, sentada a horcajadas encima de él, y ambos desnudos, había una pelirroja que no cesaba de moverse y de gemir. Y los sonidos emitidos por Matt tampoco eran precisamente de desagrado.

Las llaves de casa, que aún sujetaba, se le cayeron de la mano, provocando un pequeño estruendo al chocar contra el suelo, lo que hizo que la pelirroja girase la cabeza y Matt se incorporase.

—¡Kate! —gritó Matt, sorprendido—. ¿Qué demonios haces aquí? ¿No se supone que tenías que ir a comprar cosas para el bebé? —añadió mientras se zafaba de la pelirroja e intentaba levantarse de la cama.

La mujer que había con él se tumbó, tapándose los senos con la sábana, a la vez que mostraba en sus labios una malvada sonrisa de satisfacción.

Kate, confusa, soltó la puerta, se agachó a recoger las llaves y volvió sobre sus pasos hacia el salón. Matt salió tras ella mascullando blasfemias, al tiempo que se iba poniendo los pantalones por el pasillo.

—Kate, escucha. Esto no es lo que parece. Es una amiga que ha tenido un mal día y...

Ella se volvió, echando fuego por los ojos.

—¿Un mal día? —le replicó furiosa—. Matt, te voy a explicar lo que es un mal día. Un mal día es aquel en el que yo trabajo durante catorce horas seguidas para poder pagar las facturas de esta casa y que *tú* puedas seguir jugando con tus pinceles. Un mal día es cuando me he pasado la noche entera vomitando por un embarazo que ya no sé si deseas realmente, mientras tú ni siquiera has cambiado de postura en la cama. Un mal día es ese en el que vuelves a casa con la intención de dar una sorpresa a tu pareja, te lo encuentras metido en la cama echando un polvo con una puta de pelo rojo, y te das cuenta de que no sabes cuánto tiempo se lleva repitiendo esa situación. ¡Eso es un mal día! —No bien terminó de decirle todo se sentó en el sofá y se

abrazó a uno de los cojines granates con forma de caramelo, dándole rabiosos golpes con el puño.

—Estás siendo injusta, Kate —contestó él—. Yo soy quien se pasa aquí todo el tiempo encerrado mientras tú andas con comidas, cenas de trabajo y viajes comerciales —le reprochó, alzando cada vez más el tono de voz—. Nunca tienes en cuenta mi opinión. No puedo hacer nada en esta casa sin contar con tu aprobación.

—¡Es mi casa! —bramó ella airada—. Era mi casa antes de que tú te mudases aquí porque no tenías dónde caerte muerto, y sigue siendo *mi* casa. Además, siempre he tenido en cuenta tu opinión. Si no fuera así, no tendrías un estudio en el jardín donde debería ir un cenador, ni una habitación exclusivamente para guardar tus obras acabadas que, por cierto, cada vez son más escasas y feas, aunque acabo de descubrir la razón.

El tono de voz de ambos se iba elevando cada vez más y más, y el ambiente empezaba a caldearse en exceso.

—¿Y yo qué? —protestó Matt—. Nunca he sido importante para ti, nunca has tenido en cuenta ni mis sentimientos ni mis necesidades. Sí. Estaba con otra mujer... ¡porque contigo echar un polvo es como estar con una barra de hielo! Eres fría en la cama, nunca te apetece tener sexo. Yo soy un hombre y tengo unas necesidades físicas que tú no cubres en absoluto.

Kate estaba perpleja. Se encontraba allí sentada, escuchando esas acusaciones, cuando pensaba que todo en su vida era maravilloso. Entonces estalló, se levantó del sofá y se dirigió de manera impetuosa hacia él.

—Vete a tomar por culo, Matt. Coge a tu puta y tus cosas y vete de aquí. No quiero volver a verte. Eres un jodido muerto de hambre y seguirás siéndolo toda la vida. ¿Y tú te consideras un artista? Si no eres capaz siquiera de expresar tus sentimientos con las personas, mucho menos lo harás sobre un lienzo. Eres una mierda de pintor, una mierda de hombre y...

En ese momento, la mano de Matt estalló sobre su cara y le propinó una sonora bofetada. Aquello la dejó muda de la impresión. Se cubrió la mejilla

donde había recibido el golpe y dio un paso atrás mirándole estupefacta.

—Kate... —susurró Matt—. Lo... lo siento, cariño. No quería hacerte esto. Yo... Estaba enfadado por lo que has dicho y he perdido los nervios. Mi vida, yo... —seguía diciendo mientras se acercaba despacio a ella e intentaba cogerle la mano que tenía puesta en el rostro.

—No. No te acerques siquiera. Vete, Matt. Vete —siseó fríamente al tiempo que retrocedía para evitar su contacto—. No quiero verte jamás. Recoge tus cosas y lárgate. Me voy a dar un paseo, pero volveré en una hora. Cuando regrese no quiero que estés aquí, y no me apetecería encontrar rastro de que has vivido a mi costa en esta casa durante todo este tiempo.

—Pero, Kate... ¿Qué va a ser de nosotros? ¿Qué va a ser de nuestro hijo? —preguntó Matt mientras mostraba una fingida inocencia.

—Mi hijo, Matt. A partir de este instante, mi hijo no tiene padre ni lo tendrá nunca —le replicó dándose la vuelta.

—¡Esto no va a acabar así! —rugió al verla salir por la puerta—. ¡Nadie me pone de patitas en la calle! ¿Me oyes? ¡Nadie!

Kate escuchaba sus gritos de fondo, de camino hacia el coche. Abrió la puerta, se metió dentro y cerró dando un portazo. Puso la llave en el contacto y arrancó. El dolor de cabeza que arrastraba durante toda la mañana se hizo más intenso, mientras reprimía sus ganas de llorar, no sabía si de pena o de rabia.

Se incorporó a la autovía en dirección al centro, sin dejar de darle vueltas a la cabeza, mientras se anegaban sus ojos. ¿Cómo había podido pasar eso? Sus pensamientos estaban muy confusos. Eran felices, ella le daba todo a Matt. Trabajaba muchas horas para que él pudiera seguir pintando y se hiciera un nombre en el mundo del arte. Le mantenía en su casa sin obligarle a compartir los gastos, pagaba sus viajes, su ropa, sus materiales... y él le devolvía todas esas atenciones acostándose con otra mujer. Le había dicho que era «fría en la cama», cuando ella estaba siempre a su entera disposición, aunque no tuviese ganas. Todo por retenerle a su lado porque le amaba.

«¿Le amaba realmente?». Kate no cesaba de hacerse esa pregunta en su interior. «¿Le había amado alguna vez? ¿O estaba con él por la necesidad de sentirse acompañada?».

Las lágrimas le producían una visión cada vez más borrosa y quitó una mano del volante para limpiarlas.

No lo vio venir. De manera inconsciente, el coche se ladeó hacia la izquierda y aquel todoterreno gris se le echó encima. Cuando quiso reaccionar ya era tarde. El otro vehículo había golpeado al Beetle en la parte trasera y ella se estaba saliendo de la calzada.

Al estrellarse contra el quitamiedos y empezar a girar dentro del habitáculo, sus pensamientos se dirigieron al bebé que estaba esperando.

«¡Mi *gordito!*», se lamentó apenada. «No sé si llegarás a ver el mundo...».

Y en ese momento todo se volvió oscuridad y silencio para Kate.

A veces, cuando algo inesperado llega a tu vida... hace que tu vida se transforme en algo inesperado.



María Cristina Cipriani es una joven investigadora que trabaja en un laboratorio de semillas. Un día, y a pedido de su jefe, se comunica a través de su ordenador con ingenieros de diferentes partes del mundo, entre ellos, con uno con el cual sufre un altercado que la deja ardiendo de rabia. Decidida a no olvidar el hecho, María Cristina envía a ese sujeto un correo donde, entre otras cosas, le hará saber que es un maleducado.

Pero la respuesta de Nikolaj no se hace rogar y cuando llega, deja a María Cristina con la boca abierta.

Nikolaj Skovlund es un ingeniero electrónico cuya vida ha caído en un profundo pozo y se siente más muerto que vivo. Una mañana, al abrir su correo, se topa con un mensaje que proviene de la mujer con la que el día anterior apenas había intercambiado unas palabras, pero que, en ese instante y de forma sorpresiva, lo agrade muy enojada. Sin poder creer en lo que está sucediendo, Nikolaj se promete poner en su lugar a esa loca.

Lo que no se imagina es el arrollador desafío al que deberá enfrentarse una vez que su mensaje atraviese medio planeta y llegue a manos de ella.

Tenía que ser yo es una historia de amor que te hará suspirar de emoción.

Chris de Wit Nací en Córdoba, Argentina pero crecí en Paraná, Entre Ríos. Allí ejercí mi profesión de ingeniera agrónoma por muchos años hasta que emigré de mi país para casarme con mi esposo, que vive en Dinamarca. Tenemos dos hijos maravillosos, y gozamos de la compañía de nuestra perra y tres gatos. Hace unos años, me licencié como pedagoga y trabajo en una escuela, donde también doy clases de teatro y español. Medito y estoy muy conectada con la cultura maya. Desde muy pequeña he sido una voraz lectora de libros de diferentes géneros, pero es en el año 2010 donde descubro el género de la novela romántica y me apasiono completamente con él. Al poco tiempo, decido escribir mis propias historias.

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2018, Chris de Wit

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-004-2

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

TENÍA QUE SER YO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

EPÍLOGO

NOTA DE AUTORA

AGRADECIMIENTOS

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE CHRIS DE WIT

CRÉDITOS

NOTAS

- [1] Técnica mediante la cual se produce la separación de biomoléculas de acuerdo a la movilidad de estas en un campo eléctrico.
- [2] Universidad Nacional de Entre Ríos.
- [3] Península que constituye la parte occidental de Dinamarca y que se conecta con el resto del continente europeo.
- [4] Zapatos con un tacón muy fino que mide más de 10 centímetros.
- [5] Planta cuyas flores son muy usadas en arreglos florales. Se la conoce comúnmente como nube, velo de novia o gisófila.
- [6] Fenómeno por el cual se originan células con tres o más juegos completos de cromosomas de la misma o de distintas especies.
- [7] Planta herbácea de la familia Poaceae, muy utilizada como forraje para el ganado.